

OLIVIA KISS

Nuestro amor de película



OLIVIA KISS

Nuestro amor de película



Nuestro amor de película
Olivia Kiss

Sinopsis

Kamal Aydin es el actor más famoso de Turquía. Ha protagonizado los culebrones más populares y las portadas de cientos de revistas del corazón. Su vida es una sucesión de viajes, fiestas y una mujer diferente cada noche. Esa es la mejor manera de cumplir la promesa que se hizo una década atrás: no volver a enamorarse; no permitir que nadie vuelva a romperle el corazón.

Ayla Erdem acaba de regresar a Turquía, después de triunfar en Hollywood y estrellarse en todo lo demás. Es el fichaje sorpresa de la nueva telenovela de moda, «Enamorada de mi enemigo», donde compartirá protagonismo con alguien a quien conoce muy bien... aunque lleve una década sin verlo.

Kamal y Ayla tendrán que interpretar a dos personajes que se odian, pero coquetean; que un día estuvieron enamorados y no lo han olvidado. Ya sabemos que la realidad siempre supera a la ficción, pero ¿logrará el amor traspasar la barrera de las cámaras y hacerse real?

1

Un gemido profundo rasgó el cielo de Estambul en una noche de verano. En la azotea de un hotel de la zona de Besiktas, el actor más famoso del país, Kamal Aydin, celebraba su treinta y tres cumpleaños y el comienzo de sus vacaciones en una misma fiesta. Las botellas de champán se vaciaban a un ritmo vertiginoso, los canapés desaparecían de las bandejas de plata y una actriz morena se levantaba de entre las piernas de la estrella de la televisión, donde había pasado un rato arrodillada.

—Un placer conocerte, Kamal —le dijo, con coquetería, mientras se retocaba el pintalabios, que había quedado bastante perjudicado después del orgasmo del actor.

—El placer ha sido mío.

La despidió con un guiño de ojo y se aseguró de que nadie hubiera sacado un teléfono móvil indiscreto que podría llevar a Kamal a las portadas de las revistas de corazón de la semana siguiente. Se recolocó la entrepierna y se levantó de un salto. Rescató de encima de una mesa un emparedado de carne y pepino, y se lo comió en dos bocados. Había tomado un par de copas al llegar, después de soplar las treinta y tres velas de su tarta, pero se sentía despejado, así que pidió a un camarero un *gin-*

tonic y dejó sus gafas de sol sobre una hamaca junto a la piscina. Ya hacía un rato que se había hecho de noche y era algo ridículo que se escudara detrás de las gafas como cuando los *paparazzi* lo perseguían por los aeropuertos. Miró a su alrededor y sonrió. Ninguno de los que estaban allí eran realmente sus amigos —nunca había tenido demasiado interés en hacer amigos en el mundo del espectáculo—, pero lo pasaba bien con ellos. Eran divertidos, relativamente leales y lo idolatraban. No necesitaba mucho más. Se llevó dos dedos a la boca y lanzó un silbido al aire.

—¡Tíos! ¡¿Un baño?! —Y mientras lanzaba la propuesta, se quedó desnudo al borde de la piscina y se tiró de cabeza al agua.

Dios... La vida era perfecta.

2

Los treinta y tres años de vida de Kamal Aydin habían estado llenos de giros imprevistos. Toda su existencia era un giro imprevisto, en realidad. Había nacido a mediados de los años ochenta en una aldea perdida de la Capadocia, en una cabaña sin luz ni agua corriente; casi podría parecer que había nacido en otro siglo. Su padre había abandonado a su madre poco después de que él naciera —no guardaba ni un solo recuerdo de su progenitor... ni ganas que tenía—. La madre de Kamal enfermó cuando él tenía once años y, aunque trató de ocultárselo durante meses, ella era muy consciente de que le quedaba poco tiempo de vida y se encargó de pedirle a su hermana que se hiciera cargo de Kamal. El mismo día del entierro de su madre, un Kamal desolado de doce años se trasladó a Ankara con sus escasas posesiones metidas en dos bolsas de lona. Su tía era una mujer cariñosa, pero estaba casada con un mal tipo. Kamal presencié palizas cuando era demasiado pequeño para saber cómo proteger a su tía, y las recibió cuando era demasiado mayor para soportarlo. A los quince años se fugó y no volvió a mirar atrás. Años después, cuando ya tenía a su alcance recursos para investigarlo, supo que su tío había acabado dando con sus huesos en prisión y se alegró por ello.

Las opciones de vivir en las calles de Ankara para un chico de quince años eran escasas, pero a Kamal lo salvó su pasión. Y su pasión, desde que había descubierto en plena pubertad la televisión en casa de sus tíos, era el cine. Después de sobrevivir un par de semanas robando fruta en puestos callejeros y durmiendo en un cajero automático, se plantó en los estudios de cine más conocidos de la capital turca y se ofreció a trabajar en cualquier puesto que le ofrecieran. Unos años después, el propio estudio le pediría que maquillara un poco en las entrevistas la historia de sus comienzos para que no pareciera que apoyaban la explotación infantil, pero el caso es que... le dieron un trabajo. Le pagaban una miseria, pero era suficiente para comer, dormir en un cuarto interior compartido y permanecer lejos de aquella casa en la que habían hecho cualquier cosa menos acogerlo. Cuando una tarde le encargaron guiar por los estudios a un actor bastante conocido que llegaba tarde a una reunión con sus productores, él le confesó que su sueño era llegar a actuar algún día. Aquel actor, que pasaba de los sesenta años y a Kamal le pareció casi un abuelo, le recomendó que se formara. Que tomara unas clases de actuación y se fijara en los rodajes que tenía el privilegio de presenciar. Y que aprendiera de los mejores.

Cuando cumplió diecisiete años, Kamal reunió los ahorros suficientes para cumplir su sueño. Se matriculó en la escuela de

interpretación más conocida de Turquía y se trasladó a Estambul casi con una mano delante y otra detrás. Llevaba años haciendo trabajos físicos en el estudio de Ankara, así que aparentaba más edad de la que tenía. Y más músculos que el común de los mortales. Además, había heredado los ojos oscuros de su madre y llevaba el pelo muy largo, al principio porque no había tenido tiempo ni dinero para ir a una peluquería a cortárselo; con los años, como una opción personal, hasta que aquella melena castaña se convirtió en una seña de identidad.

Lo que llegó a partir de ese momento era una historia que toda Turquía —y medio mundo— conocía. Los primeros pequeños papeles en series y películas. El bombazo que supuso su primer papel protagonista, a los veintiséis años, que llevó a las series turcas a dar el salto internacional. Las ofertas millonarias. Los proyectos cinematográficos. Las portadas de revistas de moda. Los fotógrafos escondidos en cada esquina en busca de una exclusiva. La fama. El éxito. El prestigio. El dinero. Las mujeres.

Kamal tenía la vida que siempre había soñado. Quizá solo alguien que hubiera nacido en una cabaña sin luz ni agua corriente sabía valorar en su justa medida el absoluto privilegio de disponer de una mansión de trece habitaciones con vistas al Bósforo y, sin embargo, pasar la mitad de las noches en alguno de los hoteles de lujo de la ciudad. El mundo se había vuelto tan loco que, solo a cambio de que se hiciera un par de fotos en sus

habitaciones y las subiera a las redes sociales, le dejaban usar gratis cualquiera de las *suites*.

Cuando la fiesta empezó a decaer, eso fue justo lo que hizo: retirarse a la lujosa habitación que habían puesto a su disposición y echarse a dormir. Cumplir treinta y tres años estaba muy bien, pero tener por delante seis semanas de vacaciones... eso era la hostia.

3

Kamal dedicó cuarenta de sus cuarenta y tres días de vacaciones a disfrutar de la vida hedonista. Aceptó la invitación de un *resort* de las islas Maldivas para un evento con *influencers* y se quedó allí, disfrutando del sol y la tranquilidad durante más de una semana. Viajó a París para una sesión de fotos —había visto a suficiente gente deslomarse trabajando como para no considerar que posar un par de veces en calzoncillos fuera una interrupción en sus vacaciones—, a Londres para actualizar su armario y a Buenos Aires para hacer turismo. Pasó la última semana sin salir de su mansión, aprovechando las buenas temperaturas para tostarse al sol, bañarse en el hidromasaje del jardín... y recibir a alguna *amiga* que hiciera menos solitarias sus noches.

En el día número cuarenta y uno, sus vacaciones se estropearon. Se estropearon por todo lo alto. Por todo lo bajo. Una visita de Murat, su representante desde hacía ocho años, lanzó por los aires esa tranquilidad de la que disfrutaba desde hacía mes y medio.

—Sírreme un *whisky*, Kamal, y si me permites un consejo... sírvete uno para ti también, anda.

—Joder... —Kamal obedeció y abrió una de las mejores botellas de su mueble-bar—. Me estás asustando.

—¿Empiezo por la buena noticia o por la mala?

—Por la buena. Que haya un momento de paz, al menos.

—La buena noticia es que me acaban de llamar de la productora. El rodaje sigue según lo previsto, empieza este sábado y...

—¿Y... qué?

—Y te han duplicado el sueldo pactado.

—¿Perdona? —Kamal abrió los ojos como platos. El contrato que había firmado con la productora año y medio atrás incluía un salario astronómico pero fijo; ni siquiera sabía que hubiera alguna posibilidad de negociarlo—. ¿Qué es lo que quieren? ¿Un desnudo frontal? Porque, si es así, no tenías que alarmarme tanto. ¡Yo encantado!

—¿Estarías dispuesto a vender tu rabo por dinero?

—¿Venderlo? ¡En todo caso, alquilarlo! Seguiré necesitándolo para pasar las noches con las chicas de mi agenda. —Kamal hizo un gesto obsceno con la mano en la entrepierna de sus pantalones y a Murat le dio la risa sin que pudiera evitarlo.

—Vale, me queda claro, pero... no es eso. La productora ha querido atarte porque tienen miedo a que salgas corriendo cuando conozcas el nombre de tu nueva compañera de reparto.

—¿Nueva compañera? —Kamal frunció el ceño; estaba confirmada como protagonista desde hacía meses Melek Bozkurt, una actriz rubia de aspecto exótico con la que Kamal se llevaba muy bien... y con la que había compartido más de una sesión de *fitness* en posición horizontal—. ¿Qué ha ocurrido con Melek?

—¿Tú no lees la prensa o qué?

—Me he pasado más de un mes fuera de Turquía y llevo una semana ahora descansando antes de que me exprimáis la sangre en el rodaje. ¿Qué ha ocurrido?

—Tuvo un accidente de esquí acuático hace tres semanas y se ha roto la tibia y el peroné. Tiene para más de seis meses y el rodaje no se puede retrasar tanto.

—¡Vaya putada! Luego le mandaré un mensaje de ánimo. —Kamal reconectó con el tema principal de la conversación y una alarma interna empezó a parpadear—. ¿Quién es su sustituta?

—Deja el vaso sobre la mesa, anda.

—No se me va a caer, puedes estar tranquilo.

—No es eso. Es miedo a que me lo lances a la cabeza, porque ya le he asegurado a la productora que no habrá ningún problema. —Murat suspiró y tuvo que recordarse a sí mismo que el veinte por ciento del

contrato de Kamal era motivación suficiente para echarle valor—. Es Ayla.
Ayla ha vuelto, Kamal.

Alguien tendría que limpiar la mancha de *whisky* que se impregnó en la alfombra blanca después de que el vaso de Kamal se hiciera añicos contra el suelo.

4

Ayla Erdem fue la mejor amiga de Kamal cuando ambos llegaron a Estambul soñando con ser actores antes incluso de cumplir la mayoría de edad. Fue su primer amor cuando descubrieron que aquello que sentían ya no se podía llamar solo amistad. Fue la única mujer a la que un día soñó ponerle un anillo en el dedo. Y fue la responsable de que se le rompiera el corazón en mil pedazos y que llevara una década sin plantearse recomponerlo porque... ¿para qué? ¿Para arriesgarse a que volvieran a destrozárselo?

Kamal y Ayla coincidieron el primer día de las clases de interpretación. Fue un disparo directo al corazón, porque la escena que el profesor les pidió que representaran fue un beso que para cualquiera de los dos era el primero, aunque fuera fingido. Ayla solo tenía dieciséis años y una familia muy tradicional, que a regañadientes había aceptado pagarle el curso de interpretación; Kamal había estado demasiado distraído buscándose la vida en los años anteriores como para pensar en mujeres. Acabaron aquella escena entre risas y enseguida se hicieron amigos. Compartían un té en los descansos entre clases, charlaban de sus orígenes

familiares tan diferentes y recorrían las calles de Estambul, maravillados por su belleza y soñando muy alto.

Cuando uno de los compañeros de piso de Kamal se marchó a vivir a otra ciudad, Ayla ocupó el puesto libre. Tuvo que mentirles a sus padres, que pensaban que compartía apartamento con otras cuatro chicas, pero Kamal se había convertido ya en una pieza tan imprescindible en su vida que no podía plantearse vivir en otro lugar. Una noche de invierno, en medio de una tormenta de nieve que azotó a la ciudad, ellos se quedaron atrapados al otro lado del Bósforo. Habían ido a la parte asiática a comprar unas telas que a Ayla le apetecían para decorar su dormitorio y la tormenta los había sorprendido. Para cuando quisieron regresar, los puentes estaban cortados y el tráfico de *ferries*, interrumpido. Tuvieron que buscar una habitación en un hostel que pudieran permitirse con las pocas liras que llevaban encima y allí, sentados sobre un camastro cutre que no parecía el mejor escenario para el comienzo de una historia de amor, sellaron algo que sí iba a serlo.

Se amaron con inconsciencia, con imprudencia, con la entrega de quien aún no sabe que un corazón roto puede doler demasiado. No se guardaron nada antes de entregarse uno al otro.

Los meses pasaron, uno tras otro, hasta convertirse en años. Empezaron a ser conocidos en la escuela de interpretación. Por su talento,

que era indudable; no había ejercicio teórico o práctico que se les hiciera demasiado difícil. También por su belleza; por separado eran dos personas que parecían diseñadas por un arquitecto de la perfección estética. Y juntos... juntos simplemente eran la bomba.

Trabajaron como extras en más películas y series de las que podrían mencionar. Cada pequeño papel que iban consiguiendo mientras terminaban sus estudios lo celebraban con champán barato y una catarata de besos. En cuanto se lo pudieron permitir, buscaron un piso al que irse a vivir juntos; sacrificaron metros cuadrados por la belleza de la zona de Sultanahmet y se trasladaron a una pequeña buhardilla que era demasiado fría en invierno y demasiado calurosa en verano, pero incluso tener que atravesar marabuntas de turistas cada mañana al salir del portal compensaba a cambio de quedarse dormidos observando la belleza de los seis minaretes de la Mezquita Azul.

Dos mil siete fue el año que los subió a lo más alto. Kamal consiguió un papel secundario pero con bastantes intervenciones en una serie de bajo presupuesto que acabó convertida en el *boom* de la temporada. Su personaje era un conquistador rebelde y déspota que enamoró al público. El primer día que Kamal degustaba un zumo de granada que acababa de comprar en un puesto callejero y dos adolescentes se acercaron a él para

pedirle un autógrafo sintió vértigo. Vértigo... y también un vuelco en el estómago de la pura emoción.

Ayla tardó un poco más en triunfar, pero, cuando lo hizo, fue arrollador. Un director de *casting* se enamoró de ella con solo una prueba para la que sería la película turca del año: la de mayor presupuesto, proyección internacional y prestigio. El rodaje acabó siendo largo y pesado, pero el resultado fue arrollador. Kamal lloró en la proyección privada al comprobar el talento natural, aderezado con mucho trabajo, que Ayla desprendía en cada escena. En las primeras semanas tras el estreno, su fama subió como la espuma; poco después, era su reputación la que se disparaba.

Kamal y Ayla, al contrario de lo que cualquiera podría pensar, seguían llevando una vida sencilla. Continuaron viviendo durante más de un año en la buhardilla de Sultanahmet y se les encogió el corazón el día que tuvieron que abandonarla; con la fama que ambos habían adquirido, salir a la calle se había convertido en tal asedio por parte de los fans que prefirieron buscar la privacidad y la calma de una pequeña urbanización de las afueras.

Las revistas les dedicaban páginas y páginas de papel cuché. Eran la pareja de moda, la viva imagen del amor, el sueño aspiracional de adolescentes y adultos. Cuando la Academia de Hollywood confirmó que *Réquiem por una época*, la película de Ayla, estaba nominada a mejor cinta

en habla no inglesa, lo celebraron bañándose desnudos en la piscina de su nueva casa y bebiendo champán uno sobre el cuerpo del otro.

Viajaron a Hollywood sin poder imaginar siquiera que allí empezaría a agrietarse una relación que llevaba más de cinco años siendo perfecta. En una *suite* del hotel Bel-Air, vestidos con los trajes de firma que les habían prestado las marcas y aconsejados por un equipo de estilismo, tuvieron que parpadear varias veces para creerse a dónde habían llegado.

La película de Ayla no ganó el Óscar, pero tuvo una acogida unánime por parte de la crítica: el guion era espectacular; la realización, perfecta; pero lo que todo el mundo destacó fue la interpretación de Ayla. Concedió decenas de entrevistas, le hicieron cientos de fotos y el teléfono de su representante echaba humo. Kamal y ella empezaron a agobiarse y decidieron que lo que necesitaban eran unas vacaciones. Él tenía unas semanas libres antes de volver a empezar el rodaje de la siguiente temporada de su serie, que iba ya por los doscientos y pico capítulos y no decaía ni en audiencia ni en fanatismo. Ayla consiguió que su agente le permitiera tomarse diez días de respiro. Se hicieron con un par de gorras y gafas de sol para pasar desapercibidos, alquilaron un Mustang descapotable y recorrieron durante más de una semana los magníficos paisajes de la costa oeste. Tomaron el sol en el Big Sur, se perdieron en los muelles de Santa Mónica, hicieron senderismo entre secuoyas más al norte del estado y

reservaron tres noches en un hotelito con encanto en San Francisco. Fue tal su emoción, la de dos chicos que eran aún poco más que unos niños que apenas habían salido de Turquía, cuando se encontraron atravesando el Golden Gate que lo hicieron cantando a gritos *San Francisco*, de Scott McKenzie.

Y en su último día allí, antes de regresar a la vorágine de trabajo que les esperaba, Kamal hizo algo que llevaba años anhelando: hincó la rodilla en tierra, en la cubierta casi vacía de un barco en el que estaban recorriendo la bahía, y le pidió a Ayla que le hiciera el enorme honor de pasar el resto de su vida con él. Ella lloró, lo abrazó y luego le susurró en el oído.

—Sí, sí... ¡Por supuesto que sí!

Kamal deslizó en su dedo anular un anillo de platino y brillantes que había comprado unos días antes en la mejor joyería de Los Ángeles y sintió, en ese instante, que todos sus sueños se habían hecho realidad.

Pero la alegría duró poco. Cuando regresaron a Los Ángeles, el agente de Ayla prácticamente la secuestró: quería discutir con ella las diferentes ofertas que no dejaban de llegarle. Kamal no quiso sentirse ofendido al verse excluido de aquellas reuniones, pero lo cierto era que, por primera vez, no era él quien estaba al lado de Ayla decidiendo juntos el que sería su futuro. El de ambos.

Pasaron un par de días, en que Kamal notó a Ayla tan fría que le costaba reconocerla; o quizá, más que fría, lo que estaba era nerviosa. Ellos siempre habían hablado de cualquier cosa, no se habían guardado secretos y no recordaban más de dos o tres discusiones —siempre tontas, siempre merecedoras de una magnífica reconciliación—. Así que fue Kamal quien decidió hablar, en uno de los poquísimos momentos en que lograron quedarse a solas en aquella *suite* de Los Ángeles a la que había empezado a cogerle manía.

—Ayla, ¿vas a contarme ya qué es lo que ocurre o sigo poniéndome en lo peor?

—Kamal, yo... —Que Ayla se echara a llorar al instante no ayudó a que él se relajara—. Me han ofrecido un papel aquí.

—Te han ofrecido doscientos papeles aquí, al parecer.

—Es... algo más que una película.

—¿Una serie? —le preguntó él, algo extrañado, pues en aquellos tiempos protagonizar series para la televisión aún no tenía el prestigio que acabaría por adquirir en años posteriores.

—Una saga de películas. La adaptación cinematográfica de *Renacida para la venganza*. ¿Sabes? Basada en esa serie de libros que todos los adolescentes llevan años leyendo.

—¿Cuántas películas son?

—En principio..., tres. Pero, si funcionan en taquilla, y todo apunta a que lo harán, puede hacerse una secuela y tal vez también una precuela.

—¿Has firmado?

—No quería hacerlo sin hablar antes contigo, pero...

—Pero quieres hacerlo.

—Sí.

—¿Cómo no vas a querer? —Kamal sonrió, aunque sabía que no era del todo una buena noticia para él; pero la quería tanto que cualquier éxito de Ayla no podía hacer otra cosa que alegrarlo—. ¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo sería?

—Al menos cuatro años aquí. Entre preproducción, rodajes, promociones, giras... La idea de Benjamin, el agente que va a llevar mi carrera en Estados Unidos, es que...

—Que no regreses ya a Turquía.

Ella solo fue capaz de asentir, porque el nudo que tenía en la garganta había adquirido tal tamaño que le impediría hablar sin derrumbarse.

—¿Y en qué lugar me deja eso a mí? —se atrevió a preguntar Kamal.

—Yo... querría que te quedaras conmigo. Pero no tengo derecho a pedírtelo, Kam. He hablado con Benjamin y, con tu inglés..., es casi

imposible que consigas algo más allá de papeles muy secundarios y, por supuesto, siempre encasillado como terrorista o algo similar. —Ayla puso los ojos en blanco—. No puedo pedirte que renuncies a la serie que te ha lanzado al estrellato en Turquía.

—¿Pero sí puedes pedirme que renuncie a ti?

—Tal vez... —Ayla se llevó las manos al anillo que no se había quitado de su anular izquierdo en días y Kamal entró en pánico—. Tal vez lo mejor sea aplazar la boda por un tiempo. Quizá...

—Si hablas de aplazarla y no de cancelarla, ¿por qué cojones te estás quitando el anillo?

—No lo sé.

Lo que siguió a aquella conversación fueron días de reproches por el día y mucha pena por las noches. De cuerpos desnudos que se entrelazaron con la esperanza de memorizarse para el día en que no se tuvieran. De lágrimas, besos y rencores. Fue el adiós a lo más bonito que les había pasado jamás.

El avión que Kamal tomaría solo, en el que viajaría durante trece horas con un asiento vacío al lado que sería un recordatorio permanente de que Ayla había preferido no regresar, salía a última hora de la tarde del aeropuerto de LAX. Pero él no quiso esperar a la despedida; no tuvo valor para enfrentarse a un momento en que sabía que suplicaría, que se

humillaría ante una mujer que, en realidad, no le había ofrecido la menor posibilidad de seguir adelante con un compromiso que para él sería de por vida: ni volver a Turquía; ni permitir que él se quedara en los Estados Unidos; ni apostar, aunque solo fuera por un tiempo más o menos largo, por una relación a distancia. Así que se marchó mientras ella aún dormía. Dejó la mitad de sus pertenencias en el armario de aquella *suite* y su corazón entero entre las sábanas.

Cuando, después de unas horas infernales recorriendo arriba y abajo la terminal de salida del Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, escuchó la llamada al embarque de su vuelo, Kamal había tomado dos decisiones a las que no dejó de ser fiel ni un solo día en más de una década: jamás perdonaría a Ayla y jamás volvería a enamorarse.

5

Kamal jamás lo reconocería en voz alta —preferiría arrancarse las muelas sin anestesia que hacerlo—, pero estaba nervioso el primer día de rodaje de *Enamorada de mi enemigo*. Hasta el jodido título de la serie, que le había parecido comercial y con gancho cuando firmó el contrato, parecía una broma de mal gusto ahora que estaba a punto de reencontrarse con su más célebre enemiga, que era a su vez la única mujer de la que había estado enamorado jamás.

Llegó al rodaje escudado en sus gafas de sol de estilo aviador, esquivando sin una sonrisa siquiera a los fans que lo esperaban a las puertas del estudio de la productora. Había dormido fatal aquella noche, nervioso por lo que lo esperaba al día siguiente, y haber desayunado un vodka con limón puede que no hubiera sido la mejor idea de su vida. Solo quería ver a Ayla, pero no con el ansia con que la esperaba cuando eran poco más que unos niños que compartían ilusiones y amor en una pequeña buhardilla de Sultanahmet. Quería verla para sacarse de encima ese trámite, para romper el tabú de que «la pareja de moda» de una década atrás se reencontrara y también... También para que ella comprobara de primera mano que él era

en aquel momento el actor más cotizado de Turquía, el hombre más deseado en media Europa, y ella... De ella no se acordaba nadie.

Tuvo una breve reunión con el equipo de guion en la que apenas estuvo concentrado, pero le importó poco porque, si algo había demostrado desde que había empezado su carrera, era que tenía un don para meterse en un papel y memorizar guiones en cualquier circunstancia. Hasta la prensa se había enterado alguna vez de cuántos había estudiado tirado en una hamaca con un mojito en la mano y una rubia... bueno, haciéndolo disfrutar.

Y entonces llegó el momento de la verdad. La puerta del despacho del director de la serie, Eymen Çelik, se abrió y Kamal no necesitó darse la vuelta para saber quién acababa de entrar por ella. Quizá era su olor, que él tenía memorizado en la pituitaria y nunca lo había abandonado. O quizá era algún instinto, hilo rojo o lo que coño fuera que los mantenía unidos incluso cuando él lo único que quería era que un océano siguiera separándolos. No se giró. Tendría que ser ella quien se acercara. Algo de dignidad le había dado tiempo a construir a Kamal en una década.

—¡Ayla! —El director sí se levantó, claro. La abrazó, le dedicó un par de cumplidos y carraspeó antes de presentarla—. Sería algo ridículo que te pregunte si conoces a Kamal, pero...

—Kamal... —lo saludó, con una voz que él reconoció enseguida como ligeramente temblorosa.

Y Kamal, a pesar de que llevaba horas, días incluso, planeando una reacción que le dejara claro a Ayla que diez años habían cerrado la herida —¿Qué herida? ¡No había ninguna herida!—, pero que no habían borrado el odio... supo en ese momento que lo mejor era saludarla como le pedía su instinto. Con indiferencia (fingida), una sonrisa (falsa) y los dientes apretados.

—Ayla, ¿qué tal? —La sonrisa se volvió mueca y, en cuanto se dio cuenta, Kamal la convirtió en una línea recta.

—Bien, yo...

—Era una pregunta de cortesía. No me interesa la respuesta.

—Ah.

—Bueno, chicos... —El director carraspeó al darse cuenta de que estaba a punto de generarse un pequeño conflicto entre las dos estrellas de su serie; y a él le interesaba que se llevaran bien al menos durante los dos meses que iba a durar el rodaje de la primera temporada—. Pasado mañana comenzamos. Tenéis los guiones en vuestros buzones de correo, ¿verdad?

—Sí —respondió Kamal con voz firme, y escuchó a su lado la voz apenas audible de Ayla confirmando lo mismo.

—Los dos sois grandes profesionales, así que no creo que haga falta que os diga que espero de vosotros que actuéis con toda la química en pantalla que el público está deseando encontrar. ¿Os sentís preparados?

—Nací preparado —respondió Kamal, mientras esbozaba aquella sonrisa matadora que había enamorado a toda Turquía, a media Europa y al mundo en general.

—Yo... te agradezco mucho la oportunidad, Eymen. Sé que ha sido una apuesta personal tuya que yo sustituyera a Melek y... ya no esperaba una oportunidad así a estas alturas. —Ayla titubeaba al hablar, en parte porque volver a ponerse delante de las cámaras le ponía un peso sobre los hombros que le agradaba y la aterrorizaba a la vez... y en parte por la presencia de Kamal.

—Tú sabes lo buena actriz que eres, Ayla. Tú... y medio mundo.

Ella se despidió con una sonrisa e hizo repiquetear sus tacones por los pasillos del edificio principal del estudio. Necesitaba con urgencia llegar a su coche antes de que Kamal pudiera alcanzarla... en caso de que él tuviera el menor interés en hacerlo, claro.

Que no fue el caso.

6

AYLA: Ali, ¡¿qué demonios estás haciendo aquí?!

KAMAL: Me temo, Zehra, que soy tu nuevo compañero de trabajo.

AYLA: Eso... Eso no es posible.

KAMAL: ¡A ver si te crees que a mí me hace gracia trabajar con la única mujer del mundo a la que odio!

AYLA: Ah, claro... La única mujer a la que odias. ¡No habríamos llegado hasta aquí si no quisieras demasiado a todas las demás!

KAMAL: ¡Ni si tú no te hubieras empeñado en despreciarme como principal objetivo de tu vida!

«Enamorada de mi enemigo», temporada 1, capítulo 1.

Ayla llegó a pensar, durante aquel primer día de rodaje, que no sería capaz de soportarlo. Se preguntaba qué demonios tenía en la cabeza el día que aceptó aquella propuesta. Más aún, se preguntaba qué demonios había tenido en la cabeza la tarde lluviosa en que, después de salir de una sesión de cine a la que había ido sola, decidió que quería volver a ponerse delante de las cámaras.

No estaba nerviosa por si no sabía hacer su trabajo o por si olvidaba el guion. Desde que era muy niña, actuar era algo instintivo en ella, le salía solo; nunca había necesitado prepararse las escenas más difíciles, rara vez había que repetir por su culpa. Y, con respecto a los guiones, los había estudiado con tanto ahínco desde que se los habían enviado que era imposible que perdiera pie.

No, ninguno de esos eran los problemas que atormentaban a Ayla en aquella primera jornada de rodaje. Era Kamal. Siempre era Kamal. Si volver a ponerse delante de una cámara después de cinco años de ausencia justificaba que le temblasen un poco las rodillas, hacerlo delante del único hombre del que había estado enamorada en toda su vida y que actualmente la odiaba con toda su alma... estuvo a punto de provocarle un infarto.

Por si eso fuera poco, la serie empezaba por todo lo alto. Ayla jamás habría aceptado aquel papel si hubiera sabido que Kamal era el actor elegido para darle réplica. Los productores habían sido muy inteligentes, eso no podía negárselo. En cuanto supieron que ella estaba interesada en volver a actuar, le ofrecieron un papel protagonista, sustituyendo a una actriz que había sufrido un accidente. Ni ella se preocupó de preguntar quiénes eran el resto de actores del reparto —sería demasiada casualidad que Kamal estuviera en el elenco, ¿no?— ni ellos corrieron el riesgo de darle el nombre del actor más famoso del país. Quizá sospechaban que no

aceptaría si lo hubiera sabido. Ayla, desde luego, lo tenía claro: jamás se habría atrevido a darles aquel «sí» titubeante que pronunció en las oficinas principales de la productora si la hubieran informado. Y luego, cuando se enteró... Quizá algo quedaba ahí de su orgullo profesional, de aquel ego desmedido que alguna vez la habían acusado de tener, porque no quiso echarse atrás. Porque soñaba con volver a actuar, pero también porque no quería que Kamal supiera que aún tenía la capacidad de afectarle.

Claro que, si él no era tonto, y Ayla sabía que no lo era, tenía que haberse dado cuenta en aquella primera jornada de rodaje de la capacidad que tenía para hacerla temblar...

El argumento de la serie no ayudaba. *Enamorada de mi enemigo* era el título que habían decidido darle a aquella historia. Los protagonistas eran Ali (interpretado por Kamal) y Zehra (el papel que le habían dado a ella), un exmatrimonio que volvía a encontrarse después de cinco años de alejamiento porque él fichaba por la empresa en la que llevaba algunos años trabajando ella. Durante esa primera temporada, la única que estaba escrita por el momento, ya que no se renovarían si no funcionaba bien en audiencia, los personajes se pasaban la mitad del tiempo discutiendo... y la otra mitad, coqueteando. Hasta que al final se enamoraban, claro. Nunca había sido demasiado difícil predecir las tramas de los culebrones turcos, aunque Ayla no había negado jamás que le encantaban; unos cuantos la habían tenido

enganchada delante de la tele durante horas y horas. Solo había dejado de verlos después de que su vida se tambaleara y le diera pavor la idea de encontrarse a Kamal cada noche, durante cuarenta minutos, al otro lado de la pantalla.

Había demasiadas malditas similitudes entre las vidas de Kamal y Ayla y las de los personajes a los que interpretaban. Al menos en el punto de partida, claro; lo de coquetear y enamorarse no tenía pinta de ir a ocurrir jamás. Pero no dejaban de ser dos personas que llevaban años sin verse — en su caso, el doble que los de ficción, nada menos que diez años— y se reencontraban casi por sorpresa por motivos laborales. Solo esperaba que, entre ellos, siguiera imperando la ley del silencio y no acabaran enzarzados en discusiones como la que había tenido que interpretar ese día, porque eso sí que no se veía capaz de soportarlo. Ayla era dolorosamente consciente de que Kamal la odiaba, pero, en realidad, nunca habían discutido. Su crisis de pareja había durado algo así como setenta y dos horas. Una decisión dolorosa, una conversación llena de lágrimas, un adiós piel con piel y la desaparición de Kamal de una cama de madrugada. Después de eso llegaron muchas dudas, Ayla lo sabía, pero nunca había cogido el teléfono para llamar a Kamal. O sí lo había cogido, pero no se había atrevido a marcar su número, porque sabía que le había fallado, que había elegido su profesión por encima de su relación, que lo había dejado en la estacada y había

traicionado aquel juramento que se habían hecho mil veces de que estarían juntos para siempre. Se habían hecho mucho daño, sí, pero... jamás se habían gritado.

Quizá por eso, por el impacto que le produjo verlo gritándole, odiándola, aunque ambos estuvieran interpretando un papel, estaba tan afectada después de aquella primera sesión de rodaje. Tanto que no pudo aceptar la invitación del equipo para ir a tomar algo al salir; sabía que Kamal estaría allí y también sabía que sus emociones no aguantarían ni un sobresalto más de los que ya llevaba encima.

Todo le resultaba extraño. Todo. Volver a estar en un rodaje. Volver a tener delante a un Kamal que parecía un hombre diferente a aquel chico al que había dicho adiós en la *suite* de un hotel de Los Ángeles. No es que lo pareciera; obviamente, lo era. Ella tampoco era, a los treinta y dos años, la misma chica que con veintidós había soñado con ver su nombre en una estrella del Paseo de la Fama de Hollywood.

Ni siquiera Estambul le parecía la misma ciudad. Hacía apenas tres semanas que había llegado —en su apartamento de alquiler aún estaban la mayor parte de sus posesiones metidas en cajas— y sentía que, una década después, aquella era otra ciudad. Cuando aterrizó en el aeropuerto de Ataturk, tuvo pánico a que la reconocieran. Había sido, probablemente, la cara más conocida de Turquía durante algunos años. Pero debía de ser

verdad ese dicho de que los periódicos de hoy llenan los cubos de basura de mañana, porque lo único que había notado en las tres semanas que llevaba en su país era alguna mirada un poco más profunda de lo normal por parte de desconocidos, pero más en el sentido de «Esa cara me suena de algo» que con un reconocimiento pleno.

No había añorado Turquía en sus diez años fuera del país. La relación con su familia estaba tan deteriorada ya desde los tiempos de su vida con Kamal que no había vuelto a hablar con ellos desde aquel viaje a Los Ángeles que había acabado siendo sin retorno. Lo único que añoraba de Turquía era a Kamal y... a él sabía que lo había perdido para siempre, así que ¿para qué regresar?

Solo necesitó pisar las calles adoquinadas de Estambul durante media hora para darse cuenta de que aquella ciudad estaba enraizada en lo más profundo de su alma. No era su ciudad natal, ni siquiera era la ciudad en la que más tiempo había vivido en su vida, pero... allí se había convertido en la mujer que era. En la que habían nacido las pocas cualidades de sí misma que aún era capaz de reconocer después de una década demasiado convulsa. Los minaretes de las mezquitas apuntando al cielo, el rugido de un tráfico siempre saturado, las voces de los vendedores en los bazares, el rumor del Bósforo y su trajín de personas que cruzaban cada día de Europa a Asia con la misma soltura con que en otras ciudades

se cambiaba de barrio. Quiso ser turista en su ciudad —ya no dudaba de que era *su* ciudad— y se perdió durante tardes enteras en el Palacio Topkapi, la cisterna Basílica, el Gran Bazar, el Bazar de las Especias, la torre Gálata o la plaza Taksim. Volvió a comer *baklava*, pescado a la parrilla, ensalada de garbanzos y la deliciosa caballa recién pescada del río. Pero tardó más de una semana en atreverse a pisar el corazón del barrio de Sultanahmet. Y el corazón del barrio de Sultanahmet estaba presidido por los dos edificios quizá más emblemáticos de Estambul: Santa Sofía y la Mezquita Azul.

Ayla había discutido muchas veces con Kamal sobre cuál de los dos edificios era más impresionante. Kamal defendía que Santa Sofía, cuyo tamaño abrumaba y su historia era una representación de la historia de la ciudad y de Europa en general. Ayla, sin embargo, se quedaba estremecida cada vez que ponía sus pies descalzos sobre las alfombras de la Mezquita Azul, a pesar de que nunca había sido especialmente religiosa. Empezó entrando en la primera, apreciando sus detalles e incluso se unió a una visita guiada gratuita que ofrecían unos estudiantes de Historia del Arte. Se reservó para el final la visita a la Mezquita Azul, porque sabía que se le iba a encoger el corazón. Allí, con los rayos del sol del atardecer colándose entre sus vanos y desprendiendo destellos azules, fue incapaz de contener las lágrimas, aunque no habría sabido decir si eran de alegría por volver a

casa, de emoción por los recuerdos o de pena por todo lo que había perdido en los últimos diez años. Quizá una mezcla de las tres cosas...

Al salir de allí se obligó a pasar por una calle concreta, una que habría podido jurar unas horas antes que siempre evitaría. Pero, si algo había aprendido de todas las malas experiencias de sus últimos años, era que al miedo era mejor mirarlo de frente. Enfiló la callejuela en la que se encontraba el edificio en el que había vivido los mejores años de su vida y respiró hondo. Ante aquel portal, que habían reformado un poco desde que ella había salido de él por última vez de la mano de Kamal, cuando las luces del estrellato empezaron a deslumbrarlos, toda la congoja que había sentido en la Mezquita Azul se le multiplicó por mil. Antes de que su mirada se volviera borrosa, pudo ver en el reflejo del cristal de la puerta cómo las lágrimas de nostalgia se le escurrían por las mejillas.

Ayla Erdem había vuelto a Estambul, aunque la gente aún tardaría mucho en enterarse. Y, aunque sabía que aquellas no serían las últimas lágrimas que derramara en las siguientes semanas, también había ilusión en su interior. Ilusión por volver a disfrutar de su profesión y quizá... Quizá también de conseguir que aquella herida que le había dejado Kamal en el pasado al fin cicatrizara.

7

AYLA: ¿Estabas besando a la nueva secretaria de dirección?!

KAMAL: Si no me equivoco, Zehra, tú no eres ni mi jefa ni mi mujer, así que difícilmente tienes derecho a opinar sobre a quién beso o dejo de besar.

AYLA: ¡Soy la directora de Recursos Humanos de una empresa que tiene prohibidas las relaciones entre empleados! Hay pocas cosas sobre las que tenga más derecho a opinar que esto.

KAMAL: Sí, claro... ¡Seguro que es esa la razón por la que me estás gritando!

«Enamorada de mi enemigo», temporada 1, capítulo 2.

Al fin había llegado el jueves. Por contrato, desde hacía muchos años, Kamal pedía que sus jornadas de rodaje se concentraran de lunes a jueves, para poder disfrutar de fines de semana un poco más largos de lo normal. Por lo que había oído en el set de rodaje, el viernes Ayla rodaría algunas escenas sueltas con personajes secundarios y no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa de la que no estaba especialmente orgulloso. Los viernes eran días menores en los rodajes; eran las jornadas que se

aprovechaban para escenas entre secundarios, para los extras... Ningún actor de primer nivel solía trabajar los viernes. Hacía ya muchos años que Kamal había decidido no indagar sobre la vida de Ayla ni leer las revistas de cotilleo que años atrás aún la sacaban a menudo en portada (en cualquier caso, tampoco pensaba que esas revistas dijeran nunca la verdad; en su caso, al menos, nunca acertaban). Así que no tenía ni la menor idea de cómo su carrera, aquella por la que lo sacrificó a él y que parecía una línea recta hacia el estrellato, había decaído lo suficiente como para que fuera una sorpresa en todo el mundo cinematográfico que protagonizara un culebrón en su país natal, después de tocar con los dedos la mieles de Hollywood. En pantalla, Ayla y él contaban con aproximadamente los mismos minutos de metraje, pero en los detalles externos era obvio que la estrella de la producción era él y Ayla, casi una secundaria.

Kamal se dio una ducha rápida en su caravana y se vistió con unos vaqueros rasgados y una camisa de cuadros abierta sobre una camiseta gris lisa. Salió a la puerta principal de los estudios y sonrió cuando escuchó el rugido rabioso del motor de un Maserati Quattroporte acercarse por la avenida principal. Había quedado con tres amigos —aunque quizá debería llamarlos «conocidos»— para quemar la noche durante el finde y sabía que le tenían preparada alguna sorpresa. La dinámica de aquellas relaciones era bastante sencilla: ellos proponían, Kamal pagaba; ellos organizaban, Kamal

disfrutaba. No era la amistad más sincera del mundo, obviamente, sino más bien una relación simbiótica en la que todos se aprovechaban un poco unos de otros, pero obtenían más beneficios que perjuicios; lo único, en realidad, que les pedía Kamal era que fueran leales, que no contaran en prensa las interioridades de las fiestas que compartían... y en eso cumplían. No pensaba pedirles más.

—¡Kamal! —Un grito cuajado de carcajadas rompió la quietud de la tarde—. ¡Sube!

—¿Qué tal, tíos? —Kamal estuvo a punto de quejarse porque uno de sus amigos abandonara el asiento del copiloto para cederle a él el puesto de honor, pero ese tipo de detalles era otro de los pactos tácitos de aquella relación a medio camino entre la amistad y la admiración—. ¿Cuál es el plan?

—Tenemos esto.

El conductor elevó las cejas arriba y abajo un par de veces mientras mostraba en su mano un sobre de tamaño medio. Kamal se rio, lo tomó de sus manos y se encontró con cuatro billetes de avión con hora de salida desde el aeropuerto de Ataturk para apenas un par de horas después.

—Tu equipaje ya está en el maletero, aunque supongo que te pasarás en pelotas la mayor parte del tiempo —se burló otro de los viajeros.

—¿Ibiza?! —Una sonrisa gigantesca se extendió por la cara de Kamal. Aquella isla era su lugar favorito para desconectar de la realidad y... aquel jueves en concreto lo necesitaba.

Kamal sabía construirse muy bien una coraza que impidiera a los demás conocer sus emociones; demasiado había diseccionado la prensa en el pasado cada arista de su estado de ánimo. Así que aquella tarde se subió al coche de lujo con una sonrisa y un grito de júbilo y fingió que todo estaba bien. Fingió que no necesitaba tres días de whisky, música a todo volumen y mujeres desnudas para sacarse de encima la sensación pegajosa que lo había acompañado durante toda la semana. Fingió que le era indiferente, completamente indiferente, haber pasado doce o catorce horas diarias durante cuatro jornadas laborales al lado de Ayla después de diez años sin verla. Fingió que aquel rodaje era uno más, uno como otro cualquiera, a pesar de que hubiera estado compartiendo plano con la mujer que se había llevado su corazón cuando era poco más que un niño y se lo había devuelto roto en mil pedazos; mil pedazos que solo un fin de semana de diversión descontrolada en Ibiza podría ayudar a que siguieran unidos.

8

Ayla llegó a su casa el viernes a última hora de la tarde arrastrando los pies; estaba agotada. Había alquilado aquel apartamento el mismo día en que le confirmaron su participación en *Enamorada de mi enemigo*. Era un piso modesto, pequeño, en un barrio obrero de la zona asiática de la capital. Solo contaba con una habitación, un cuarto de baño y un espacio común que hacía las veces de recibidor, salón, cocina, comedor y despacho. Pero estaba recién reformado, tenía algunos muebles bonitos y... hacía mucho tiempo que Ayla no necesitaba más que eso. En su barrio vivían cajeras de supermercado, agentes de policía, taxistas, maestros de escuela..., pero seguramente ninguna actriz. Tampoco eso le suponía un problema; al contrario: le gustaba saber que allí, cuando bajaba a correr con un chándal y unas zapatillas deportivas gastadas, o cuando se perdía entre los pasillos del supermercado, nadie reparaba en su presencia.

Una de las grandes ventajas de aquel apartamento, y que era algo incongruente con su tamaño, era que el baño estaba presidido por una gran bañera. Ayla abrió el grifo de agua caliente a tope antes incluso de desprenderse de sus zapatos. La temperatura aún era cálida en Estambul en aquel final de verano, pero ella no conocía otro remedio mejor para

desentumecer los músculos que el agua casi hirviendo. Y ella lo necesitaba... ¡Vaya si lo necesitaba!

Aquella había sido una de las semanas más extrañas de su vida. Y eso que había bastantes momentos surrealistas, raros y difíciles en su vida. Por una parte, se sentía feliz. La mente debía de ser una buena aliada para evitarnos enloquecer, porque ella había logrado olvidar durante el último lustro cuantísimo le gustaba actuar. Eso, y no todo lo que rodeaba a la profesión —la fama, el dinero, el éxito—, era lo que siempre la había apasionado y se arrepentiría toda su vida de haber dejado que las luces del estrellato la deslumbraran un día tanto como para perderlo de vista. Seguro que cualquiera de aquellos críticos de cine que la adoraban cuando se convirtió en la mayor promesa del cine turco en medio siglo se echaría las manos a la cabeza al verla actuar en una telenovela tan *cutre*, pero a ella le daba igual. Actuar era actuar. Punto. Ciertamente que Ayla nunca habría imaginado que a los treinta y dos años estaría casi comenzando su carrera de nuevo, pero... peor había sido pensar que jamás volvería a oír el chasquido de una claqueta ni a sentir el calor asfixiante de los focos.

Además, aunque un día había tenido que autoconvencerse de que actuar no era lo suyo, porque era más fácil darles la razón a quienes lo afirmaban con rotundidad que pelearse contra el mundo —a eso también había dedicado demasiado tiempo—, Ayla sabía que no era mala. Al

contrario, sabía que era muy buena. Su personaje le caía bien, lo cual siempre ayudaba. Era una mujer fuerte, una profesional de prestigio, con un punto feminista que le encantaba, y que no era habitual en ese tipo de producciones en su país, pero que al mismo tiempo tenía una debilidad que aún se resistía a reconocer: aquel maldito exmarido que la traía por el camino de la amargura. No quería ni pensar en si eso le sonaba de algo...

La parte «agri-» del agridulce que definía cada día de la última semana de su vida era Kamal. No solo verlo, sino trabajar con él. Aún tenía que pellizcarse de vez en cuando para creerse que lo tenía delante, que volvían a ponerse juntos delante de una cámara. Era muy consciente de la química que tenían juntos, aunque en aquella primera semana solo hubieran rodado escenas de enemistad, peleas, discusiones y gritos. No le hacía falta ver el resultado en postproducción para comprobar que sus miradas se imantaban, sus pieles se reclamaban a gritos... aunque solo cuando el piloto rojo de la cámara estaba encendido, claro. En el mismo instante en que el «¡Corten!» resonaba en el estudio, Kamal arrojaba una capa de hielo, un auténtico *iceberg*, sobre ella. No la miraba, no le dirigía la palabra, no se preocupó siquiera el día en que ella tropezó con un cable y estuvo a punto de besar el suelo con los dientes. Sin duda, era un gran actor. Lo que no tenía muy claro Ayla era si actuaba mejor delante de las cámaras o cuando se cortaba la acción. Porque, si de verdad la odiaba tanto como demostraba,

si no había nada de impostura en aquel desprecio... Ayla prefería no pensarlo. Hacía mucho, muchísimo tiempo que había olvidado a Kamal... Mejor dicho, que se había reconciliado con el hecho de que él la odiara, de que hubiera hecho declaraciones bastante feas sobre ella en las revistas de corazón al regresar de aquel viaje tan bonito y tan triste a la vez a California. Nunca lo había olvidado, por supuesto; lo había echado de menos de una forma insoportable en los peores momentos de su vida, que habían sido varios. Pero había aprendido a vivir sin él.

Y ahora volvía a tenerlo delante durante la mayor parte de horas del día. Juntos frente a las cámaras, el que era su hábitat natural. Con sus cosas buenas y sus cosas malas, claro. Aunque Ayla había visto decenas de películas y series protagonizadas por Kamal, cuando era su novia y después, cuando ya lo seguía solo en la distancia, la había impactado encontrarse con el Kamal convertido en estrella de la televisión... y de fuera de ella. El Kamal al que paraban decenas de fans en la salida de los estudios, mientras a ella no la reconocían aún; el Kamal que ya no era aquel chico tímido al que había conocido antes siquiera de que ambos fueran mayores de edad, sino un seductor de manual que protagonizaba portadas junto a mujeres de cualquier nacionalidad, edad y profesión; el Kamal que, aquella semana, había besado a otra actriz a apenas dos pasos de ella y, a pesar de que Ayla siempre había sabido separar muy bien las emociones delante de las

cámaras de las que se desarrollaban detrás, había sentido un pinchazo de celos que —no podía engañar a nadie— la había ayudado a ser más convincente en su escena de discusión posterior.

Ayla se sumergió en el agua ardiente y sonrió. Sus músculos empezaron a perder parte de la tensión y ella jugó con las nubes de espuma que flotaban en la superficie. Se sentía extraña y sabía que tardaría tiempo en sacarse esa sensación de encima, si es que llegaba a hacerlo algún día. Pero volvía a ser actriz y nada, ni siquiera Kamal, era más importante que eso. Había tenido que atravesar un infierno, pero... estaba en casa.

9

[Ayla entra en un cuarto de baño. La ducha está encendida y eso provoca que haya mucho vapor en la escena. Ayla coge una esponja de color rosa y comienza a enjabonarse. Suena música clásica de fondo]

AYLA: Mmmmmm.

«Enamorada de mi enemigo», temporada 1, capítulo 3.

Kamal se había acostado con cinco mujeres aquel fin de semana. Una el jueves, recién llegado a Ibiza, aún con ese olor indefinible a avión que siempre le dejaban los viajes en ese medio de transporte, a pesar de la ducha posterior; ni siquiera recordaba bien su aspecto, ya no digamos su nombre. Otra el viernes, en un fiestón que se había organizado en Ushuaïa, donde le presentaron a una modelo sueca con la que fue incapaz de encontrar un idioma común en el que hablar más de tres palabras, pero con la que no tuvo el menor problema en intercambiar fluidos. Y luego llegó la apoteosis final del sábado, cuando lo que empezó como una orgía acabó convertido en un cuarteto en el que él llevó la voz cantante y, al mismo tiempo, se dejó hacer. La *suite* de aquel hotel de lujo que habían reservado sus amigos debía de estar bien insonorizada, para que nadie hubiera ido a

protestar por los gemidos que se habían prolongado durante toda la madrugada. El domingo había llegado a Estambul con una resaca de mil demonios, pero con la sensación de que no volvería a necesitar follar en una buena temporada. Quizá una semana o así...

—Mmmmmm.

El lunes le había costado un poco más de la cuenta levantarse de la cama, aunque medio litro de zumo de granada y dos ibuprofenos, unidos a un desayuno pantagruélico, habían conseguido espabilarlo lo suficiente como para afrontar la segunda semana de rodaje con algo más de calma que aquella primera del reencuentro con Ayla.

—Mmmmmm.

Claro que... poco le había durado la calma. Nada más llegar, un asistente de producción le había entregado el calendario definitivo de rodaje para la primera parte de la temporada. Serían dos meses de trabajo, divididos en dos periodos de tres semanas y media, con una en medio de descanso. Un tiempo relativamente corto... Un tiempo *realmente* corto comparado con las jornadas de trabajo de ocho o diez horas de cualquier ciudadano normal, con sus —con suerte— cuatro semanas de vacaciones. Un tiempo que se le iba a hacer jodidamente largo si...

—Mmmmmm.

... jodidísimamente largo si Ayla no dejaba de gemir en la maldita ducha del set. Muchísimo más largo si él no podía evitar mirar de reojo hacia aquel espacio en el que ella, desnuda de cintura para arriba y con una especie de *short* color carne delineando las formas deliciosas de su trasero, se acariciaba con una esponja de una forma tan sexi que...

—Mmmmmm.

—¿Puede alguien traerme un café?! —A Kamal se le escapó el grito sin plantearse siquiera que el director no había gritado «¡Corten!».

—¡Me cago en la puta, Kamal! ¡Esta era la toma buena!

No tardó demasiado Kamal en arrepentirse de haber tenido aquel arrebató, porque, aparte de ganarse la cara de odio de la mitad del equipo y la de incompreensión de Ayla, toda aquella profusión de espuma, caricias y gemidos se reinició.

—Mmmmmm.

Y maldita sea, Kamal se había acostado con cinco mujeres en su maravilloso fin de semana en Ibiza... Era de esperar que no tuviera una erección apretándole los vaqueros por una mujer a la que en realidad odiaba, ¿no? Pero es que... Maldita fuera Ayla. Maldita y mil veces maldita. Porque Kamal había conocido a muchas mujeres guapas en los últimos diez años... ¡a millones! Se había acostado con tres Miss Turquía, con casi todas las actrices con las que había compartido plano, con modelos

internacionales y hasta con una de esas cantantes que ganan Grammys y tienen legiones de fans, pero algo tenía Ayla, la maldita Ayla, que conseguía ponerle el cuerpo del revés —y la polla del derecho, al parecer— solo con tenerla ligera de ropa a escasos pasos de él, aunque estuvieran rodeados de cámaras, focos y miembros del equipo de rodaje.

Kamal no estaba enamorado de Ayla, eso lo tenía claro. Lo había estado, y mucho, cuando era un chaval lleno de sueños y con el corazón intacto para regalárselo. Cuando regresó con cicatrices de aquel terrible viaje a Los Ángeles, dedicó unos meses a odiarla y dejárselo claro a todos los que quisieran escucharlo —la prensa del corazón estuvo muy interesada en escucharlo, de hecho—. Y después la olvidó. Se obligó a olvidarla. Nunca vio aquellas películas que ella protagonizaba en Hollywood y huía como de la peste de cualquier publicación o programa de televisión en el que se hablara de ella. Al final, la táctica funcionó. Al principio, se sorprendió la primera vez que fue consciente de que había pasado un día entero sin pensar en ella; después vino la primera semana entera sin que lo visitara en sueños y, con el paso del tiempo, eran meses enteros los que Ayla pasaba en el cajón del olvido. En los últimos tiempos, al menos hasta que había estallado la bomba de relojería del regreso de Ayla, solo se acordaba de ella una o dos veces al año. Y nunca se le aparecía en la mente tan ligera de ropa como estaba en ese rodaje.

Ahora no entendía cómo había podido borrar de su mente el recuerdo de aquel cuerpo. Ayla podía estar podrida por dentro, ser un cascarón vacío de alma, a quien no le había importado lo más mínimo sacrificar todo lo que compartieron, sacrificarlo a él, a cambio de una carrera en Hollywood que ni siquiera había sido tan estelar como ella debía de haber imaginado. «Que se joda», pensó Kamal, aunque fue más un acto reflejo que un pensamiento consciente. Durante esos escasos días en que le dedicaba unos segundos en su pensamiento a Ayla a lo largo de los últimos años, cuando comprobaba que ya no protagonizaba películas que llenaban cines ni portadas de las revistas más punteras, siempre pensaba eso. Que se joda. Que me perdiera a mí y, además, haya perdido también su carrera. Eran demasiados años pensando en ella como un cuerpo sin alma, no podía evitarlo. Lo gracioso del asunto, o quizá no tan gracioso, era que se le hubiera olvidado aquel cuerpo.

Aquel cuerpo de un metro setenta, de pechos grandes, cintura de avispa, caderas generosas; aquel cuerpo que él había recorrido centímetro a centímetro con sus labios, en el que se había perdido durante horas; aquel cuerpo coronado por una cara de ojos verdes brillantes, de piel nívea, de sonrisa perenne... Aquel cuerpo que, ahora, gemía y se regocijaba, cubierto de espuma, en medio de un vaho que Kamal ya no sabía si era artificial o lo había generado su propio cuerpo por el calor que desprendía.

—¡Corten! ¡Tenemos la toma buena, Ayla! Bien hecho. —La voz del director interrumpió aquella línea de pensamiento tan dañina para Kamal—. ¡Descanso para comer!

Maldita sea Ayla, pensó Kamal una vez más. Maldita sea porque él se moría de hambre en esos momentos y... ¡mierda! No podría levantarse sin que su erección lo delatara y él hiciera el más absoluto de los ridículos delante de todo el equipo de rodaje. Maldita sea.

10

AYLA: ¿Puedes hacer el favor de apartarte de mi vida?

KAMAL: ¿Por qué, Zehra? ¿Molesto?

AYLA: Se me ocurren bastantes cosas más interesantes que tener delante de los ojos que a ti.

KAMAL: Pues recuerdo un tiempo en que yo era lo que más te gustaba tener delante.

AYLA: ¿Estás coqueteando conmigo, Ali?

KAMAL: ¿Tendría alguna posibilidad si lo hiciera?

AYLA: No lo sé. Tú prueba.

KAMAL: Ya sabes que siempre me ha gustado probar cosas nuevas, así que... prepárate.

«Enamorada de mi enemigo», temporada 1, capítulo 9.

Los días habían ido pasando y Kamal y Ayla parecían haberse acostumbrado a la presencia del otro, aunque, por supuesto, no se dirigían la palabra cuando dejaban de ser Ali y Zehra. Kamal huía a su caravana en cuanto oía al director gritar «¡Corten!», siempre que la siguiente escena no lo incluyera; Murat, su representante, se había encargado de exigir que allí

Kamal contara con todos los lujos, desde una ducha con chorros de hidromasaje a una pantalla de plasma de cuarenta y dos pulgadas, pasando por un sofá de cuero en el que de vez en cuando le gustaba echar una cabezada.

Ayla, por el contrario, apenas pisaba la suya. No tenía amigos en Estambul, ni relación con su familia, así que dedicaba los tiempos muertos de los rodajes a ser sociable. Siempre se le había dado bien hacer amigos — al parecer, se le daba bastante peor mantenerlos—, así que ya se intercambiaba mensajes los fines de semana con un par de chicas del equipo de producción y no le faltaban las ofertas para salir a tomar algo de vez en cuando. Tampoco recurría a la caravana cuando le apetecía estar sola; prefería salir de los estudios y pasear por las calles de aquel barrio algo anodino, pero que tenía el sabor auténtico de la ciudad, alejado de las áreas turísticas y sin más paseantes por las calles que los ciudadanos que iban y venían en sus quehaceres diarios. Un par de días antes, un viandante le había pedido un autógrafo y, a pesar de que disfrutaba de su anonimato como nunca había imaginado, le hizo ilusión saber que aún había alguien en Turquía que se acordaba de ella. Además, no le venía mal ir acostumbrándose. La productora se había esforzado mucho para que no se filtrara su participación en la nueva serie, porque querían que fuera un reclamo publicitario cuando estuviera más próximo el estreno; y Ayla sabía

que, cuando eso ocurriera, cuando su regreso a la pequeña pantalla —junto a Kamal, además— fuera ya de dominio público, las masas se enfervorecerían y su anonimato desaparecería.

Kamal y Ayla, en efecto, no habían coincidido ni un solo instante cuando los pilotos rojos de las cámaras estaban apagados. No se habían intercambiado más palabras que las que escribían los guionistas. Hasta aquel miércoles.

Acababan de rodar una escena juntos, una con un punto gracioso. Ali y Zehra, sus personajes, coqueteaban sin rubor delante de otros dos compañeros de trabajo, en aquella oficina en la que habían coincidido por casualidad. Por supuesto, les había salido perfecta a la primera; solo habían tenido que repetir el momento previo al coqueteo, pero no por culpa de ellos, sino a causa de un ataque de estornudos persistente de una de las actrices secundarias. Ya todo el mundo sabía que Kamal y Ayla eran casi perfectos actuando juntos, pero ya cuando se trataba de coquetear... les salía solo, joder. Era parte de su ADN que sus miradas se imantaran de aquella manera y que sus cuerpos gritaran mucho más de lo que los guionistas habían sido capaces de imaginar.

Tras el final de la escena, llegó el descanso para comer. Kamal y Ayla tardaron un segundo más de lo protocolario en separarse de aquella mesa de despacho en la que se habían estado apoyando durante su coqueteo

ficticio. Los dos actores secundarios que los habían acompañado en la escena hicieron un ademán señalando hacia el comedor en el que, cada día, un cátering contratado por el estudio les servía un almuerzo delicioso. La lógica dictaba que comieran los cuatro juntos, tal vez con el añadido de algún miembro del equipo que también en ese momento tuviera un rato libre para disfrutar del descanso para la comida. Ayla los siguió con una sonrisa, al tiempo que entablaba conversación con la actriz que interpretaba a su secretaria y ambas se reían juntas de aquel ataque de alergia tan inoportuno que ya estaba afortunadamente superado. A Kamal le reventaba que ella fuera tan sociable; no había una razón objetiva para ello, pero no podía evitarlo. Él siempre era la estrella de los rodajes, delante y detrás de las cámaras, y todo el mundo quería sentarse siempre a su mesa. Era capaz de reconocer que la causa de que en aquel caso no fuera así era que él se había dedicado a aislarse, así que decidió cambiar de actitud. Le pasó un brazo por el hombro a aquel actor secundario que debutaba en televisión con aquella serie y vio que el chico se alegraba tanto como si lo hubiera tocado el mismísimo Jesucristo; Kamal ya no sabía si odiar o reírse de esa idolatría que generaba su presencia. Se sentaron juntos alrededor de una mesa vacía y a Kamal no le pasaron desapercibidas un par de miradas de Ayla a medio camino entre la sorpresa y los nervios. Que se pusiera nerviosa le gustaba, eso tampoco lo podía negar.

Kamal estaba degustando una deliciosa ensalada de pepino con salsa de yogur cuando un asistente de dirección irrumpió en el comedor y se acercó a su mesa.

—Chicos, hemos tenido un problema. —Kamal empezaba ya a levantarse cuando el empleado de la productora aclaró—: No, no. Solo es con ellos. —Señaló a los secundarios—. Hay que repetir la escena previa a vuestra entrada. Creíamos que estaba bien, pero hemos comprobado en postproducción que no. Siento interrumpiros la comida, pero es que vamos mal de tiempo y así aprovechamos que aún estáis maquillados y vestidos.

—Claro —respondió la actriz del ataque de estornudos, que Kamal, siendo sincero, no tenía la menor idea de cómo se llamaba.

Apenas dos minutos después, aquellos dos actores tan jóvenes se habían marchado y sobre el comedor del estudio se cernía un silencio espeso y pegajoso. Ayla estaba comiendo una porción de lasaña de verduras, pero, aunque no la había terminado y aún la esperaba en la bandeja una carne en salsa como segundo plato, se levantó dispuesta a marcharse y se despidió —o algo así— de Kamal con un simple movimiento de cabeza.

A él se le quedó el tenedor a medio camino de la boca y un pedazo de pepino empapado en salsa de yogur acabó cayendo y salpicándole la impecable camisa negra. Quizá fue eso lo que provocó su furia posterior, o

tal vez fue solo la gota que colmó el vaso, la mecha que prendió la dinamita. Después de casi tres semanas evitándose, Ayla no había aguantado ni tres segundos sentada a la misma mesa que él sin el escudo de seguridad que suponían sus dos compañeros. Kamal tardó unos segundos en reaccionar, pero, cuando lo hizo, fue como si un tsunami acabara de desatarse en el Bósforo y su onda expansiva hubiera alcanzado los estudios de grabación de aquel barrio de Estambul.

—¡Ayla! —Kamal la localizó en la acera, apoyada en el muro exterior que delimitaba el estudio, y con una expresión en la cara que no habría resultado demasiado difícil de descifrar si Kamal hubiera tenido la menor intención de hacerlo; o si no hubiera estado tan distraído por su propia ira—. ¡¡Ayla!!

Ella se volvió sobresaltada. Se volvió con una expresión incluso de miedo en el rostro. No es que tuviera miedo de Kamal, jamás lo había tenido; pero le daba pavor que él se dirigiera a ella en ese tono, porque de lo que no tenía ninguna duda Ayla era de que él tenía la capacidad de hacerle daño si se lo proponía.

—Ka-Kamal... —balbuceó cuando lo tuvo delante, con aquella presencia física imponente y un brillo de rabia en sus pupilas—. ¿Qué... qué ocurre?

—No te preocupes, no pienso hablarte durante más de quince segundos. —Kamal soltó una carcajada amarga—. No me gustaría perturbar tu tranquilidad demasiado.

—Pero... ¿qué te pasa?

—Lo voy a decir una sola vez. Después, lo olvidamos y seguimos con lo único que somos capaces de hacer juntos, que es actuar. Pero me parece alucinante, Ayla, a-lu-ci-nan-te, que seas incapaz de soportar estar sentada a la misma mesa que yo durante el escaso tiempo que dura una puta lasaña. Quizá no recuerdes muy bien cómo fue nuestra historia, pero yo he debido de perderme algo, porque, desde luego, no soy capaz de entender qué te he hecho yo a ti tan horrible para que no puedas tolerar mi presencia.

Y, dicho eso, Kamal se dio media vuelta y se marchó. Ayla tardó unos segundos en reaccionar, porque se había quedado de piedra ante el discurso improvisado de él y había necesitado asimilarlo palabra por palabra. En cuanto lo hizo, una parte muy cobarde de sí misma pensó en dejarlo pasar; quedaba poco para el ecuador de aquel rodaje y lo peor ya había pasado. En unas semanas, Ayla volvería a su apartamento, esperaría a que empezara la promoción y se encargaría de actuar ante la prensa igual que lo hacía en los rodajes: como si Kamal y lo mucho que la odiaba le fueran totalmente indiferentes.

Pero no. Su yo cobarde no tenía cabida. Ella había se había demostrado a sí misma muchas veces que era una mujer valiente y sentía la necesidad de reivindicarse ante Kamal y demostrarlo.

—¡Kamal! —Corrió hacia él cuando se dio cuenta de que no pensaba refrenar el paso a pesar de que ella lo estuviera persiguiendo—. ¡Kamal, espera, por favor!

Casi sin darse cuenta, Ayla lo sujetó por un brazo y él se apartó como si el contacto físico entre sus pieles, al menos cuando no había una cámara enfocándolos, le quemara. Ella se dio cuenta y bajó con rapidez su mano, pero no permitió que él esquivara su mirada.

—Me has malinterpretado —le dijo.

—¿Perdona? —Kamal alzó una ceja con ironía.

—Mira, Kamal... Sé que me odias, ¿vale? Y no voy a entrar a discutir en este momento, en medio de la calle, si tienes o no razones para ello, porque quizá si fuera del todo sincera tendría que reconocerte que probablemente sí. —Ayla tomo aire porque necesitaba que el oxígeno circulara por sus venas para acabar su discurso ante Kamal—. Pero no es recíproco. Yo no tengo nada contra ti y no me gustaría que te llevaras una imagen equivocada. Si me he marchado después de que se fueran nuestros compañeros, fue por ti.

—¿Por mí? —preguntó Kamal en tono incrédulo, aunque Ayla lo conocía lo suficiente (sí, aún lo hacía) como para darse cuenta de que había relajado mucho el tono.

—Sí, porque sé que te molesta mi presencia. No quise incomodarte y decidí marcharme. Siento mucho que, después de diez años, no seamos capaces de compartir una mesa y algo de conversación intrascendente sin acabar tirándonos los trastos a la cabeza. —Ayla resopló—. Te aseguro que para mí es doloroso y que, en la medida de lo posible, intentaré no molestarte.

Kamal se la quedó mirando a los ojos durante varios segundos y no supo finalizar la primera conversación que tenían en una década de otra manera que con un breve asentimiento de cabeza y una huida hacia delante. Entró apurando el paso en el estudio y no frenó hasta llegar a su caravana. No lograba sacarse de la cabeza la imagen de los ojos brillantes de Ayla. Y aunque la odiaba, la consideraba una mujer sin alma y la responsable de que diez años atrás el corazón se le hubiera roto en mil pedazos, Kamal supo en ese momento que no habría podido soportar verla llorar. Que tenía que marcharse, porque, si se hubiera quedado frente a ella, habría corrido el riesgo de compadecerse... o quién sabe si de algo peor.

11

KAMAL: Vete, Zehra. Vete si no quieres que hagamos una tontería.

AYLA: [Dando un paso adelante] ¿Y si una tontería es justo lo que me apetece hacer en este momento?

KAMAL: Lo que me apetece a mí es besarte.

AYLA: ¿Y por qué no lo haces, Ali?

KAMAL: Porque sería complicarnos muchísimo la vida, ya lo sabes.

AYLA: La vida fácil nunca ha tenido ninguna gracia.

KAMAL: A la mierda. Voy a besarte.

«Enamorada de mi enemigo», temporada 1, capítulo 15.

El día había llegado. El momento que tanto Kamal como Ayla temían desde el mismo momento en que habían recibido los guiones correspondientes a aquella mitad de la primera temporada. No había que ser demasiado inteligente ni conocer a fondo, como ellos lo hacían, los mecanismos de funcionamiento de la ficción turca para saber que los dos protagonistas de una serie de tema romántico acabarían teniendo que acercarse, pero... el conocimiento no los privaba de los nervios. Habían sobrellevado con dignidad las peleas entre sus personajes, las pullas

verbales e incluso los coqueteos, pero esa escena llevaba días atormentándolos cada vez que pensaban en el momento en que tuvieran que rodarla.

No lo habían hablado entre ellos, por supuesto. No habían vuelto a hablar de nada después de aquella comida interrumpida. Pero algunas cosas habían cambiado entre ellos. Ayla ya no se sentía tan encorsetada, ya no apretaba los músculos hasta hacerse agujetas, cuando tenía a Kamal cerca. En cierto modo, decirle que no lo odiaba y que entendía que él sí pudiera odiarla a ella la había liberado. Kamal, por su parte, había tenido que sacarse la gran coraza con la que llevaba protegido años: Ayla no era un cuerpo sin alma; era una mujer que le había hecho daño, sí, muchísimo daño, y probablemente no la perdonaría nunca, pero ella también tenía sentimientos. Había estado a punto de romperse delante de él, se le habían llenado los ojos de lágrimas y, por primera vez en una década, Kamal se planteó que ella también podría haber sufrido con su ruptura. Durante diez años, había sido mucho más sencillo deshumanizarla y pensar que no le había importado nada sacrificarlo a él a cambio de una rutilante carrera en Hollywood. Y tenía que reconocer que vivía más cómodo así; quizá había sido la única manera que había encontrado para sobrevivir. Ahora que sabía que ella sufría por su rechazo, no sentía la satisfacción que imaginaba que llegaría; al contrario, sentía pena e incomodidad.

Y así habían llegado a aquel último día de rodaje antes de la semana de vacaciones previa al comienzo de la segunda parte de la temporada. Todas las escenas que compondrían aquella primera media temporada estaban rodadas... menos una. Kamal, que había asentado su carrera en el campo de las series románticas turcas, sabía de algunas técnicas que utilizaban los guionistas para enganchar al público. Una de ellas, de toda la vida, era el *cliffhanger*, es decir, dejar en lo más alto el final de una temporada o, como en este caso, de una media temporada; conseguir que pasaran semanas comentando la última escena, especulando sobre cómo continuarían las cosas entre los protagonistas tras ese momento álgido. Y el momento álgido, en *Enamorada de mi enemigo*, era un casi beso entre Ali y Zehra. Entre Kamal y Ayla.

—¡Corten! —La voz del director sonaba cansina, hastiada—. Volvemos a empezar. Ayla, ¿necesitas un descanso o algo?

—No, no... —Ayla cerró los ojos, torturada. Hasta aquel momento, prácticamente todas las escenas que había rodado, con o sin Kamal, se habían solventado a la primera; sin embargo, para ese casi beso llevaban ya ocho intentos fallidos y nada hacía presagiar que a la novena fuera a ir la vencida. Y Ayla sabía de sobra que era culpa suya, pero no podía confesarle a nadie la razón; era su secreto mejor guardado—. Lo voy a intentar esta vez, de veras. Disculpadme todos, supongo que estoy... distraída.

Kamal la miró con un gesto de incredulidad en los ojos. Todo el equipo de rodaje estaba pendiente de la expresión de Ayla mientras él se acercaba a intentar besarla, pero no tenía claro si alguno de esos miembros del equipo se habría dado cuenta de lo que reflejaba su cara. Él sí lo sabía: asco. Era asco lo que se dibujaba en los rasgos de Ayla cuando él entreabría la boca, solo unas décimas de segundo antes del que debería ser el «¡Corten!» definitivo. Era eso lo que estaba prolongando de forma eterna la toma de aquella escena y posponiendo el comienzo de las vacaciones.

Kamal intentaba convencerse de que era eso lo que lo cabreaba: ver las vacaciones tan próximas y seguir encerrado en aquel estudio de rodaje, a pesar de que había anochecido hacía ya un buen rato. No es que él tuviera grandes planes para aquella semana libre; por una vez en la vida, no le apetecía coger un billete de avión hacia un destino de playa y fiesta, ni tampoco organizar una noche de marcha tras otra con sus amigos. Sus planes incluían un DVD con la última temporada de *Juego de tronos* — porque parecía ser el único habitante del planeta Tierra que no conocía aún los destinos finales de los Stark y los Lannister— y muchas horas de descanso en su sofá de cuero nuevo, que le habían asegurado que era el paradigma auténtico de la comodidad. Le apetecía disfrutar de esa semana tranquila después de casi un mes de tensiones inesperadas en aquel rodaje,

pero... no, claro que no era esa la única causa por la que se estaba poniendo enfermo con el fracaso de una toma detrás de otra.

Asco. ¿De verdad Ayla sentía asco ante la simple idea de que él se acercara a besarla, sabiendo que era solo una escena de ficción y ellos, dos actores experimentados?

—Vete, Zehra. Vete si no quieres que hagamos una tontería. — Kamal puso lo mejor de sí mismo para que esa toma fuera la definitiva; incluso olvidó, o fingió hacerlo, el asunto del asco.

—¿Y si una tontería es justo lo que me apetece hacer en este momento? —Bien, bien. Ayla había dado el paso adelante que recortaba la distancia entre ellos y en su rostro no se reflejaban más emociones que las que exigía la escena.

—Lo que me apetece a mí es besarte.

—¿Y por qué no lo haces, Ali? —Una duda. Kamal detectó en ese momento una duda, pero sabía que sería imperceptible a cualquier otro ojo, incluso a los de aquellos miembros del equipo de rodaje que seguían la evolución de la escena desde sus pantallas. Pero Kamal la conocía demasiado bien y, además, apenas había un par de centímetros entre sus caras, así que, si alguien podía detectar una duda en la mirada de Ayla, era él. Y allí estaba. Cruzó los dedos para que se repusiera y pudieran terminar

de una vez, entre otras cosas porque su entrepierna empezaba a resentirse de tanta cercanía.

—Porque sería complicarnos muchísimo la vida, ya lo sabes.

—La vida fácil nunca ha tenido ninguna gracia. —Pómulos tensos, ceño fruncido, comisuras de los labios torcidas hacia abajo. Allí estaba. Allí estaba el jodido gesto de asco de Ayla.

—A la mierda. Voy a bes... —Kamal se propuso decir su línea, por si colaba, aunque no se sorprendió en absoluto cuando escuchó el grito del director.

—¡¡¡Cooooorten!!! ¡Joder! ¡¿Pero qué coño pasa con esta escena?!
—Se oyó un suspiro profundo—. Veinte minutos de descanso. Ayla, Kamal... daos una vuelta, a ver si conseguís centraros en la puta escena, que aquí todo el mundo quiere irse a casa.

Kamal ni siquiera se tomó a mal aquella generalización tan injusta que acababa de hacer el director. No había más que fijarse en las caras de los miembros del equipo de rodaje para darse cuenta de que nadie culpaba a Kamal de aquel fracaso reiterado en el que llevaban inmersos ya unas cuantas horas. Pero no, no se lo tomó a mal porque todas sus energías estaban centradas en odiar a Ayla por aquella cara de asco que, al parecer, no podía evitar que se le escapara cada vez que sus alientos estaban a punto de entremezclarse. Así que salió corriendo tras ella, que acababa de

refugiarse en su caravana, y ni siquiera llamó a la puerta antes de abordarla. Ayla se volvió sobresaltada, aunque también con un matiz de aceptación en su mirada; si aún conocía algo a Kamal, y creía hacerlo, intuía que saldría corriendo tras ella. Y furioso, como efectivamente estaba.

—¿Puedo hablar contigo un momento?! —Las palabras de Kamal fueron educadas, pero por su tono parecía claro que no aceptaría un no por respuesta.

—Yo... Emmmmm... Claro.

—¿Te doy asco, Ayla? —Kamal fue directo al grano; al menos, nadie podría acusarlo de andarse con rodeos—. Yo quizá no sea el tío más listo del mundo, pero juraría que en tu cara, en todos los putos intentos de rodar la escena, lo que he visto se llama asco.

—No, Kamal, no es así. Yo...

—¡No me jodas, Ayla! No me trates como a un imbécil.

—Tú no lo entiendes, Kamal...

—Lo único que entiendo es que tú eres una profesional como la copa de un pino. O, al menos, lo has sido durante años y, sin duda, en estas tres semanas y media que llevamos de rodaje. Y de verdad que intento ser comprensivo y asimilar que una escena tan... íntima como la que estamos intentando rodar pueda afectarnos más de lo normal, pero más duros me parecían los primeros días; llámame loco, si quieres.

—No tiene nada que ver con la intimidad de la escena, te lo aseguro.

—Ayla cerró los ojos, torturada.

—Pues explícamelo.

—No puedo. —Para que Kamal comprendiera lo que le había ocurrido en aquella escena, ella tendría que confesar su secreto más oculto, más oscuro... y eso no podía hacerlo. Por eso, estaba preparada para aguantar el chaparrón.

—¿Pero cómo que no puedes?!

—No, yo...

—¡¡No!! —Kamal bullía de ira. Intentaba tranquilizarse en cada frase que comenzaba, pero solo estaba obteniendo el efecto contrario: el tono no dejaba de aumentar su *crescendo*—. Deja de balbucear, joder. Dime qué cojones pasa.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo.

—¡De puta madre! —Kamal se dio la vuelta y se preparó para marcharse—. ¿Sabes lo que te pasa? Porque yo sí... Lo que te pasa es que sí que te doy asco. Te pasa que me engañaste durante cuatro años, en los que yo no hice otra cosa más que quererte. Y, cuando encontraste algo mejor, que ya no sé si era una carrera en Hollywood o algún actor más famoso que yo con el que meterte en la cama, me diste la patada y supongo que he quedado en tu recuerdo solo como aquel aldeano aspirante a actor de

culebrón que, si se acerca a menos de treinta centímetros de ti, te da tanto asco que no puedes evitar que se te note en la cara.

—Por Dios, Kamal...

—¡No! —Él abrió la puerta de la caravana y se dispuso a marcharse —. No quiero oír ni una palabra de lo que tengas que decirme. Lávate la puta cara y sal ahí dispuesta a rodar como la profesional que se supone que eres. Me apetece empezar las vacaciones de una vez, ¿sabes?

Y se marchó. Y aunque Ayla había conseguido retener dentro las lágrimas que no dejaban de pugnar por salir... en ese momento no pudo más. Lloró durante diez minutos con unos hipidos que asustaban y, al final, tuvo que hacerle caso a Kamal: necesitaría lavarse la cara para salir a hacer el último intento de rodar aquella maldita escena.

12

Al final, consiguieron rodar la escena, aunque tanto Ayla como Kamal estaban seguros de que no querrían verla una vez estuviera montada. Habían acabado hartos de aquel casi beso. De aquel no beso maldito.

Ayla llegó a casa aquella noche y ni el mejor baño caliente de la historia fue capaz de distenderle los músculos y eliminar aquella tensión que iba camino de convertirse en contractura. Lo intentó con una infusión relajante antes de meterse en la cama, y con otra más a eso de las dos de la mañana, cuando ya se había rendido a la evidencia de que el sueño le sería esquivo, pero al final no fue capaz de reunirse con Morfeo hasta que el amanecer empezaba a dibujarse sobre los tejados de su barrio.

Despertó un par de horas antes del mediodía, sin duda con menos horas de sueño a la espalda de las que debería, pero con algo menos de angustia instalada en la boca del estómago. Se quedó en la cama remoloneando, no porque fuera especialmente vaga, sino porque no tenía ningún plan para las vacaciones. Absolutamente ninguno. Y, además, una idea le rondaba la cabeza sin que fuera capaz de echarla de allí.

Había visto el desprecio en los ojos de Kamal y, por primera vez en su vida, sabía que era un desprecio sincero. El Kamal que la dejó en Los

Ángeles, el que al regresar a Turquía había echado pestes sobre ella en los periódicos... estaba lleno de dolor. No necesitaba conocerlo tan bien como lo hacía para detectar la pena bajo toda aquella capa de rencor. Pero el Kamal al que ella había sido (casi) incapaz de dar un (casi) beso después de infinitas tomas la despreciaba de verdad.

Y Ayla no lo soportaba. Había atravesado varios infiernos en los últimos diez años, pero ninguno ardía con tanta fuerza sobre su piel como el desprecio de Kamal. Y solo había una cosa que ella pudiera hacer para evitarlo: confesar su más oscuro secreto, ese que hacía cinco años se había jurado que jamás nadie sabría. Quizá si Kamal no hubiera insinuado que ella había jugado con él durante los cuatro años de su relación, ni siquiera habría tenido la tentación de contárselo. Pero solo había algo por lo que mereciera la pena pagar el precio de humillarse ante él confesándole aquello por lo que incluso era posible que él se vengara... y ese «algo» era evitar que Kamal echara una capa de basura pútrida sobre los cuatro años más bonitos de su vida. De la de ambos.

Con esa idea en mente y su corazón bombeando toneladas de valor hacia cada una de sus venas y arterias, se metió en la ducha, pensó mentalmente en el *look* que elegiría al salir y... se dispuso a correr el mayor riesgo de su vida.

Mientras todo eso ocurría en un barrio obrero de la zona asiática, Kamal disfrutaba de su primer día de vacaciones al sol de otoño. Quizá para compensarle lo difícil que había sido aquella primera parte del rodaje, la previsión del tiempo era excelente para sus diez días de descanso antes de la reanudación del trabajo. Desayunó tarde —tan tarde que quizá sería más apropiado llamarlo almuerzo—, se tumbó al sol en una hamaca a medida que había hecho instalar entre dos palmeras del jardín y se dio un par de baños en la piscina, a pesar de que la temperatura ambiente ya no era tan cálida como en los meses de verano.

A la hora de comer no tenía hambre, así que prefirió inaugurar la visualización de aquella última temporada de *Juego de tronos* sobre la que había opiniones tan dispares en internet y entre su grupo de amigos. Jon Snow acababa de descubrir sus verdaderos orígenes genéticos cuando sonó aquel timbre con melodía de campana de castillo medieval. Estaba tan cómodo en su sofá de cinco plazas y piel de potro auténtica que estuvo a punto de dejarlo pasar. O de arrepentirse de no tener servicio interno en casa, algo por lo que sus amigos siempre se burlaban; él no quería darles la razón cuando alegaban que aún era en el fondo un chico de una aldea de la Capadocia, pero en cierto modo... era verdad. Nunca había entendido cómo podía alguien sentirse cómodo con un montón de personas silenciosas rondando por su casa. Él prefería encargarse de las tareas domésticas de

diario a cambio de poder pasearse en pelotas por su casa cuando quisiera. Y eso sin hablar de cuánto lo preocuparía que algún empleado doméstico vendiera sus secretos más sórdidos a la prensa. No, él estaba bien así, con una empresa de limpieza que se encargaba de dejarlo todo impoluto una vez por semana y mucha comida a domicilio cuando estaba demasiado vago como para cocinar.

Al final, venció a la vagancia y se acercó a la pantalla de seguridad desde la que podía ver la entrada de su casa. Y, cuando lo hizo, la imagen que le devolvió aquel aparato de alta resolución estuvo a punto de robarle el aliento.

Ayla estaba allí. Mordiéndose nerviosa el labio inferior y tratando de echar un vistazo a través de las cristalerías que rodeaban la puerta principal, suponía Kamal que a causa del buen rato que llevaba él haciéndola esperar. Pensó en ignorarla; tenía la persistente sensación de que una visita de Ayla sería de todo menos relajante en un primer día de vacaciones, pero al mismo tiempo se lo comía la curiosidad por saber qué la habría llevado hasta allí. Así que accionó el botón de apertura remota y se situó en el centro del *hall* para recibirla.

—Hola... —Ayla no supo qué más decir; una timidez que Kamal nunca le había conocido se traslucía en su voz en forma de titubeo. Era un poco... como si su voz estuviera desafinada.

—¿Ayla? —Kamal frunció el ceño, casi como si su presencia allí lo hubiera sorprendido, a pesar de haberla visto a través del sistema de seguridad—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ayla podría haberse sentido ofendida por la pregunta si su cerebro no hubiera estado centrado en registrar cada detalle de aquella casa, que era quizá la más impresionante que había visto en toda su vida, a pesar de que, durante unos años, pasó muchas noches de fiesta en las increíbles mansiones de las colinas de Hollywood y de las playas de Malibú. Claro que, desde aquellas, no se veía el Bósforo casi como si el agua se pudiera tocar con las yemas de los dedos ni los minaretes de las muchas mezquitas de la ciudad mirando orgullosos al cielo. Solo por las vistas, Ayla ya podría haberse enamorado de la casa, pero es que, además, la construcción era una mezcla de lujo y buen gusto que no siempre era fácil de conseguir. Algunos elementos arquitectónicos conservaban la esencia de las antiguas mansiones de la zona del Bósforo, pero cuajados de detalles contemporáneos y tecnología punta. Solo en aquel recibidor, Ayla ya había visto varias pantallas de plasma bien disimuladas, lámparas de diseño cuyo precio ascendía a las seis cifras y algunas obras de pintura moderna que seguro que no tenían mala cotización tampoco.

—¿Cómo...? —Kamal sabía que su casa solía impresionar a las visitas, pero pocas veces había observado una reacción tan auténtica como

la de Ayla—. ¿Cómo has sabido dónde vivo?

—No te creas que es tan difícil enterarse de dónde vive el hombre más famoso de Turquía —le respondió Ayla con una sonrisa pintada en los labios, con la que esperaba poner la primera piedra en la firma de un armisticio con Kamal.

—¿Y... qué quieres exactamente?

—¿No me vas a invitar a pasar? —Ayla no tenía ni idea de dónde estaba sacando el valor, pero ese día tenía una misión y no pensaba irse de allí sin cumplirla. Si para ello necesitaba fingir más coraje del que tenía, así tendría que ser.

—Yo... Emmmm... Claro. Sígueme.

Kamal había dudado mucho, pero él también estaba harto de aquella tensión que tenían Ayla y él desde que se habían reencontrado. Si ella estaba allí con alguna intención en concreto, él no iba a morirse por escucharla. Ya decidiría después qué hacer con la pelota que ella dejara en su tejado... porque tenía la sensación de que eso era lo que había ido a hacer.

Ayla tomó asiento donde él le indicó, más o menos en el centro de su imponente sofá. Casi todo a su alrededor era blanco, lo cual conspiraba con el espectacular día soleado para inundar toda la estancia de claridad; Ayla casi echó de menos sus gafas de sol, aunque enseguida sus pupilas se

acostumbraron a la claridad, aunque no pudo evitar que se le escapara una mueca de pesar al ver que Kamal elegía sentarse en un asiento tan alejado de ella que mucho se temía que tendría que alzar la voz para hacerse oír.

—Pues... tú dirás —la apremió Kamal, que tenía unas ganas inmensas de que desapareciera para poder retomar su visualización de las aventuras de Cersei, Jaime, Jon, Bran, Arya y Sansa.

—Antes de nada, Kamal... —Ayla estrujaba entre sus manos el extremo de su fular de color verde; casi estaba estrangulándolo y no hacían falta muchas más pruebas que esa para saber que estaba nerviosa; atacada sería en realidad la palabra oportuna—. Antes de nada quiero pedirte perdón por todo el espectáculo que monté ayer para rodar la escena. Es cierto que se me atragantó y comprendo que malinterpretaras las razones, pero me gustaría que, después de diez años, pudiéramos ser... si no amigos, al menos sí conocidos y compañeros de trabajo cordiales.

—¿Eso es todo? —Kamal se levantó, en lo que parecía una invitación a que Ayla se marchara que ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para no aceptar; solo el arrepentimiento supremo que sufriría al volver a su casa derrotada la mantuvo anclada al sofá—. ¿Es todo lo que querías decirme? Porque, sinceramente, después de saber que te doy asco, que mi... que mi jodida presencia física a tu lado estuvo a punto de provocarte arcadas, créeme que me va a costar ser cordial. Aunque siempre he sido un

profesional y, por supuesto, delante de las cámaras seguiré tratándote como a cualquier otra compañera de serie o película.

—No era asco...

—¿Qué? —Kamal, quizá por la distancia física entre ambos o porque Ayla apenas emitió un susurro, no la oyó cuando ella al fin se atrevió a hablar.

—Que no era asco lo que sentí. No... No al menos asco hacia ti.

—Pues no recuerdo que hubiera nadie más en la escena.

—No había ninguna otra persona, pero... —Ayla se recostó hacia atrás en el sofá, intentando reunir fuerzas porque sabía que acababa de llegar el momento de la verdad; no tenía ni idea de cómo reaccionaría Kamal y, por su actitud general, no confiaba demasiado en su comprensión. Pero... allí había una verdad, *su* verdad, y ya era hora de que dejara de ser un secreto—. ¿Recuerdas qué habías bebido con la comida?

—¿Disculpa?

—Ayer, ya sabes... Durante la comida, ¿recuerdas por casualidad qué bebiste?

—Te juro por mi vida, Ayla, que si lo que vas a decirme era que me apestaba el aliento...

—Apestarte, no, pero... sí te olía.

—Me cago en la puta. —Kamal se acercó a los grandes ventanales que separaban el salón de la terraza y los abrió. Dejó la mirada perdida en el Bósforo y la mente en blanco, porque de repente su orgullo se encontraba herido de una manera infantil que no soportaba—. Mira, si esto es lo que has venido a decirme...

—Fue una cerveza, ¿verdad?

—¿Qué?

—Lo que bebiste ayer con la comida... ¿fue una cerveza?

—Pues... supongo que sí. —Kamal frunció el ceño, confuso—. Pero sigo sin entender... ¿Desde cuándo eso es un problema?

—Lo que viste en mi cara en esas mil tomas que tuvimos que hacer de la escena no fue asco. No exactamente, al menos. Fue una mezcla de eso y... miedo.

—¿Miedo?

—La razón por la que me apartaba cada vez que te acercabas a mí en esa maldita escena era porque podía oler el alcohol en tu aliento y eso... me aterró.

—Pero ¿por qué, Ayla? —El tono de Kamal había cambiado; en ese momento daban igual muchos de sus sentimientos negativos hacia Ayla: su curiosidad era mayor que cualquier otra emoción—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Que yo... Yo... —A Ayla se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que tragar saliva con fuerza dos veces antes de que su voz fuera capaz de emitir algún sonido—. No le he contado esto a nadie en toda mi vida y jamás pensé que sería a ti a la primera persona a la que se lo diría, aunque... en cierto modo, en cierto *retorcido* modo, tiene todo el sentido del mundo.

—Ayla...

—Soy alcohólica, Kamal.

—¿Qué?

—Sí, no lo parezco, ya lo sé. Hace cinco años que no pruebo una jodida gota de alcohol, pero cuando eres alcohólico... lo eres para toda la vida.

—No... No entiendo. Yo...

—¿Podemos ponernos cómodos y te lo cuento?

—Este sofá me costó diecisiete mil euros en una tienda exclusivísima de París. Si no estás cómoda en él... —Kamal quiso ser sarcástico, pero, de alguna manera, le salió un tono burlón que Ayla encajó con deportividad.

—Ya sabes a lo que me refiero. —Ayla le sonrió—. ¿Puedes olvidar durante un rato que me odias para que haga mi confesión, comprendas lo de las caras de asco de ayer y podamos volver a nuestras vidas con un peso menos sobre los hombros?

—Adelante. —Kamal se acomodó en su asiento y se dispuso a escuchar una historia que sabía que le haría olvidar para siempre Invernalía, las guerras de clanes y todo aquello que había quedado en pausa en su DVD.

13

—Tienes que prometerme que no utilizarás contra mí nada de lo que te cuente —suplicó Ayla—. En la prensa, quiero decir.

—Si piensas que sería capaz de hacer algo así, lo mejor será que te largues —le respondió Kamal, sin poder digerir que ella lo creyera capaz de una traición de ese calibre.

—Nunca sé bien qué puedo esperar de ti, lo siento. Me odias, Kamal, y no estoy acostumbrada a tu odio.

—Pues has tenido los últimos diez años para hacerte a la idea. —Kamal se levantó y decidió rebajar el tono—. ¿Quieres un té? ¿O cualquier otra cosa?

—Un té estaría muy bien. Gracias.

Kamal regresó dos minutos después con dos té de manzana humeantes; supo, de manera instintiva, que él lo dejaría enfriar hasta que adquiriera una temperatura parecida a la de un refresco y que Ayla lo bebería caliente como las calderas del infierno. Los recuerdos más abstractos los tenía superados, pero tener uno tan tangible lo golpeó con fuerza.

—Por supuesto que no filtraré nada de lo que me cuentes a la prensa. De hecho, aprovecho que estamos en esta tregua temporal para pedirte perdón por las cosas que dije de ti en las revistas hace diez años. Estaba muy dolido y me pareció una forma válida de venganza.

—No te voy a decir que no dolió, pero... lo comprendo. Lo comprendí incluso en aquel momento.

—No creo que te importara demasiado, ¿no? —Kamal hizo un gesto displicente—. Estabas distraída con otras cosas... y personas.

—Sí me importó, pero... —Ayla dio un sorbo a su té, más que por sed, como excusa para encontrar las palabras adecuadas para lo que quería decir—. Es igual, Kamal. Nada de lo que pueda decirte va a hacer que cambies de idea, así que quizá lo mejor será que me vaya.

—No. —Kamal la miró a los ojos y su petición sonó a exigencia—. Has venido aquí a contarme algo y ahora quiero saberlo. Prometo... —Resopló—. Prometo respetar lo que me cuentes y dejar un poco de lado la hostilidad.

—¿Solo un poco? —Ayla le sonrió.

—Dependerá de lo que me cuentes. —Kamal le devolvió el gesto—. No, en serio. Me ha preocupado lo de tu... lo de...

—Alcoholismo. Adicciones. No lo conviertas en tabú. Que no hable de ello con nadie no significa que yo no lo tenga más que asumido.

—¿Cuál es tu historia, Ayla? —Kamal lo preguntó con un brillo en los ojos que fue lo único que ella necesitó para lanzarse a hablar.

—Pues... supongo que todo empezó después de que te marcharas de Los Ángeles. Sé que puede parecerte mentira, que quizá te parezca una hipócrita o... yo qué sé. Pero nuestra ruptura me destrozó. —Ayla prefirió no mirar a Kamal al decir aquello—. Tenía en una mano la relación que me había hecho feliz durante los cuatro años anteriores y, en la otra, el sueño profesional de cualquier actriz del mundo. Tenía que tomar una decisión y... elegí mal. Ahora puedo decirlo, aunque en aquel momento me pareciera que todo lo que me esperaba en Hollywood era un sueño.

—¿Y acabó siendo una pesadilla? —preguntó Kamal, aún impresionado por aquella confesión de Ayla sobre el error que había sido no elegirlo.

—No de forma inmediata, pero... sí. Enseguida me vi inmersa en una vorágine que me impedía pensar demasiado, algo que en aquel momento no me vino mal. Empezamos el rodaje de la primera entrega de *Renacida para la venganza* bastante pronto y, al principio, todo iba bien. El rodaje fue durísimo, con una exigencia física enorme, algo a lo que yo no estaba acostumbrada, pero los resultados parecía que merecían la pena. Fue un éxito rotundo de taquilla y ya enseguida nos metimos en la preproducción de la segunda parte.

—¿Y cuándo se torció?

—Si supiera contestarte a eso, quizá no habría caído a un pozo tan profundo como el que caí. —Ayla soltó una carcajada amarga—. No hubo un día concreto ni pasó nada que pudiera decir... «ah, fue esto lo que lo estropeó todo». Solo sé que un día me había convertido en un ídolo de masas en Estados Unidos y en todo el mundo. Los adolescentes fans de la saga literaria me adoraban, la prensa hablaba de mí como la gran promesa del cine de mi generación, las revistas de moda se peleaban por tenerme en portada... Estaba invitada a todas las fiestas, conocí a gente que un día habían sido solo pósteres en mis paredes... Fue abrumador.

—Pero te enamoraste, ¿no? —Kamal intentó que el tono le saliera despreocupado, pero no estuvo seguro de haberlo conseguido. Apenas seis meses después de su regreso a Turquía, cuando él aún tenía el corazón hecho trizas, tuvo que desayunar muchas mañanas viendo a Ayla en portadas de las principales revistas internacionales junto a uno de los actores más famosos, y más guapos, del mundo. Aquello estaba superado, pero... tal vez aún quedaba una esquirla pequeñita clavada en su piel con respecto a ese asunto.

—¿Enamorarme? ¡Ja! —Ayla puso los ojos en blanco—. Aquello fue un montaje publicitario, Kam. Daniel es gay, pero, aunque parece que hemos avanzado mucho y los americanos se permiten el lujo de creer que

los atrasados somos nosotros, su agente publicitario le tenía prohibidísimo salir del armario... y acabó pactando con el mío que fingiéramos una relación entre nosotros. En realidad, nunca lo confirmamos, pero nos hacían fotos, la prensa creaba su propio relato sobre nosotros y no lo desmentíamos. Pero nada de aquello era real.

—Qué fuerte...

—Sí, muy fuerte. Como supongo que sabrás, porque no creo que quedara un solo habitante del planeta Tierra sin enterarse, la producción de la segunda película se interrumpió. No te imaginas lo horrible que es todo lo que rodea Hollywood, Kam. —Ayla lo miró y no entendió por qué él sonreía con ternura; si hubiera podido leerle el pensamiento, sabría que era por aquel diminutivo que llevaba una década sin escuchar. Después de su vuelta de Los Ángeles, Kamal no había vuelto a permitir que nadie lo llamara así—. Los publicistas, los estilistas, los asesores de imagen, la prensa... El cine seguía encantándome, pero todo lo que había alrededor me horrorizaba. Y al final yo no era más que...

—¿Qué?

—Un pececillo. Así me vi durante mucho tiempo, ¿sabes? Una chiquita muy joven que no conocía a nadie en aquel lugar y que se dejaba arrastrar por la corriente. La suspensión de la segunda película de la serie fue durísima. Se filtró que los guionistas habían cambiado algunos aspectos

relativos a mi personaje, como su relación lésbica con su mejor amiga, y nos acusaron de homófobos, de traicionar el espíritu original de la saga literaria... Incluso la escritora intervino y sufrimos tantas amenazas de boicot que la productora prefirió perder el dinero que había invertido en la segunda parte que arriesgarse a rodar la saga completa y acabar perdiendo dinero e imagen.

—¿Y qué pasó contigo?

—Que pasé, en el plazo de una semana, de ser un ídolo a tener cierto aire de maldita. De todos modos, Benjamin, mi representante, sabe moverse en ese mundo como nadie y seguía consiguiéndome audiciones y papeles. La verdad es que no parecía que tuviera derecho a quejarme: era una mujer conocida, joven, guapa, admirada por muchos y con una cuenta corriente llena de ceros que conseguía trabajando en lo que me apasionaba. Quizá por eso tardé tanto tiempo en darme cuenta de que empezaba a tener un problema de adicciones, porque no me parecía que respondiera a un perfil de mujer atormentada que busca refugio a sus problemas en el fondo de una botella.

—No hay un perfil para eso, supongo.

—Y supones bien. La diferencia es que tú ya lo sabes y yo tuve que aprenderlo después de mucho tiempo en terapia.

—Yo tengo treinta y tres años, Ayla. Tú en aquel momento tenías...

¿qué? ¿Veinticuatro?

—Cuando las cosas empezaron a ir mal, sí. Veinticuatro, veinticinco...

—¿Cómo empezó?

—Empezó de forma muy divertida. —Ayla se encogió de hombros—. Recibía invitaciones constantes a fiestas y Benjamin insistía en que debía ir a todas. Que, si quería superar aquella imagen algo negra de mí que se había difundido tras la cancelación de la saga, lo mejor era que todo Hollywood me conociera y que el público me viera siempre guapa, siempre sonriente, siempre rodeada de triunfadores. En esas fiestas, como te imaginarás, hay mucho alcohol. Y muchas otras cosas.

—¿Llegaste a tomar...?

—¿Droga? —Ayla se rio, pero no había ni un ápice de humor en su gesto—. ¿Acaso tú no?

—Yo... —Kamal se la quedó mirando sin saber muy bien qué decir; cuando habían estado juntos, eran solo dos chicos que soñaban con triunfar en el cine y no les gustaba demasiado acudir a fiestas ni excederse en sus hábitos. Pero los años habían pasado, claro, y Kamal había pasado suficiente tiempo de fiesta en fiesta como para saber lo que había; no vio

sentido en mentirle a Ayla—. Sí, vale, las he probado. Solo en noches de fiesta y sin llegar a engancharme nunca, pero...

—Es que engancharse o no es un poco cuestión de suerte. O de cómo funcione tu cabeza antes de probarlo o lo que sea. El caso es que yo ni siquiera me di cuenta de que estaba cayendo. Para mí, el alcohol y la cocaína eran solo cosas que tomaba cuando salía de fiesta, igual que hacían el noventa y nueve por ciento de las personas que me rodeaban. Y era así, sí, pero el problema era que yo, en aquella época, salía de fiesta a diario. Es decir, bebía y me drogaba a diario. Llegó un momento en que solo salía para tener una excusa para beber y drogarme, porque si llamaba a un camello para meterme en casa o me acababa yo sola dos botellas de vodka sentada en mi sofá...

—Tendrías que reconocer que tenías un problema.

—Sí. —Ayla asintió, con una leve sonrisa provocada por el hecho de que Kamal la estuviera entendiendo tan bien—. Acabé en una vorágine que duró más de tres años en la que todas las noches había un evento, fiesta o reunión de cualquier tipo en la que yo estaba borracha y drogada. El trabajo empezó a resentirse también y, por lo tanto, mi cuenta corriente. Seguía teniendo dinero, pero estaba en una línea descendente de la que nadie me advirtió. Con los años acabé descubriendo que Benjamin, mi representante, tenía apalabrado ya un documental sobre mi muerte para

cuando acabara sucediendo. Hasta cruzaba los dedos, al parecer, para que fuera a los veintisiete años, para aumentar esa leyenda de que con esa edad han muerto tantas estrellas. Ya sabes: Kurt Cobain, Janis Joplin, Amy Winehouse...

—Joder... Qué asco, Ayla. —Kamal se estremeció—. ¿Cómo saliste de todo eso?

—Esquivando a la muerte, Kam. Salí... esquivando a la muerte. — Tras el susurro de Ayla, compartieron una mirada que decía miles de cosas, aunque ninguna se habrían atrevido a pronunciarla en voz alta—. En una fiesta en una casa en Santa Mónica, se me fue de las manos. Sufrí una sobredosis, más de alcohol que de cocaína, aunque había un poco de todo en mi organismo. Me ingresaron en un conocidísimo hospital de Los Ángeles, donde por suerte me curaron y, también por suerte, no filtraron la noticia a los medios. Estuve seis días en coma y sufrí daños permanentes en el hígado; aún hoy tengo que controlar muchísimo mi alimentación y llevar la vida más sana posible para evitar tener complicaciones de salud. Además, también había empezado a fumar en aquellas fiestas y llegué a tener dos neumonías que superé a base de calmantes y cocaína, sin pasar por el médico siquiera. Estuve tres semanas ingresada mientras los diferentes órganos que tenía afectados se iban recuperando. ¿Sabes lo peor de todo?

—Todo... Todo me parece demasiado terrible como para elegir algo como lo peor.

—Lo peor fue que en tres semanas no recibí una sola visita. Ni siquiera un mensaje, Kamal. Yo creía que tenía cientos de amigos en Hollywood y resulta que no tenía ni uno. Llamé a mi familia, aquí en Turquía, para pedir una mano amiga, a pesar de que no me dirigían la palabra porque desaprobaban mi carrera en el cine. Me rechazaron, mucho más cuando supieron que mi enfermedad me la había provocado yo misma. Estaba sola en el mundo y, encima, solo podía pensar en cuándo tendría las fuerzas suficientes para levantarme de la cama. En el armario de la habitación de hospital estaba mi bolso y yo sabía que, escondida dentro del forro interior, había una bolsita con tres gramos de cocaína. Mi vida estaba en el fango y yo solo podía pensar en eso, ¿te lo puedes creer?

—Supongo que así es como funciona una adicción.

—A las tres semanas de mi ingreso, me armé de valor y cogí el bolso. Y supongo que ese es el momento más trascendental de mi vida, el que me la salvó. Por alguna razón, aquel bolso me dio asco. La bolsa de droga, los condones que siempre llevaba encima, una petaca con *whisky* que usaba «para emergencias». Corrí al cuarto de baño de la habitación antes de que el valor me abandonara y lo tiré todo. En ese momento, fui consciente de dos cosas: de que era una adicta grave y de que quería salir de ahí. Sabía

que si volvía al ambiente de Hollywood en el que me movía no tardaría ni dos minutos en recaer y, después de tres semanas ingresada, al menos mi organismo estaba limpio.

—¿Y qué hiciste? ¿Cómo conseguiste... desaparecer?

—Tenía conmigo las dos cosas que me salvaron la vida: mi móvil y mi tarjeta de crédito. En el móvil tenía miles de fotos de las fiestas a las que iba, con muchos personajes muy conocidos en situaciones muy comprometidas. También tenía muchas pruebas de que mi mánager Benjamin era el que me conseguía la droga. Desde la propia cama del hospital, con uno de esos camisones de papel con la espalda abierta, porque la única ropa que tenía era eso o un minivestido de lamé dorado, preparé un dossier con toda la información comprometida que tenía. Lo adjunté a un correo en el que le decía a Benjamin que quería desaparecer y que, si intentaba buscarme, publicaría todas las pruebas que lo comprometían. Lo amenacé diciéndole que, si sabía lo que le convenía, hiciera correr el rumor de que cualquier actor, director, representante o publicista que volviera a hablar de mí en los medios vería sus imágenes más comprometidas publicadas en internet. No hay nadie en Hollywood que no tenga mucho que ocultar, así que nadie se atrevió a hacerlo. Conseguí lo único que podía salvarme la vida en ese momento: desaparecer de la faz de la tierra.

—¿Y con la tarjeta de crédito qué compraste? —le preguntó Kamal, reteniendo las ganas que sentía de acercarse a ella y tomarle la mano. Puede que nunca le perdonara a la Ayla de la que había estado enamorado su ruptura una década atrás, pero la Ayla mujer merecía un hombro amigo en el que apoyarse.

—Primero, unos cuantos vaqueros, camisetas, sudaderas y unas zapatillas deportivas. No quería volver a mi casa, que era una mansión preciosa en Beverly Hills. Sabía que del hospital tenía que irme directa hacia el aeropuerto o, por el camino, caería en mil tentaciones. Hace más o menos cinco años de eso y no había vuelto a ponerme unos tacones hasta que comenzamos el rodaje. —Ayla sonrió, orgullosa de haber sido capaz de verbalizar los momentos más lamentables de su vida delante de alguien que le importaba tanto, porque aún lo hacía, como Kamal—. Si hubiera tenido una bola del mundo, la habría hecho girar con los ojos cerrados para elegir al azar mi destino, pero, como no la tenía, miré simplemente los vuelos que salían al día siguiente desde el aeropuerto de Los Ángeles. El destino para el que había más opciones era Londres... y Londres fue el lugar elegido. Pedí el alta voluntaria, busqué una buena clínica de desintoxicación en Inglaterra y me marché sin mirar atrás. Aún hoy sé que es la mejor decisión que he tomado en toda mi vida.

—¿Has vivido en Londres estos cinco años?

—Sí. Los primeros ocho meses, en Kent, en realidad. Encontré allí una clínica de deshabituación de adicciones basada en métodos algo duros, pero que conmigo funcionaron. Me levantaba al alba, trabajaba durante diez horas en el campo, tenía reuniones diarias con psicólogos, terapeutas ocupacionales, psiquiatras, trabajadores sociales... Tuve que volver a aprender incluso a comer, porque con la vida que había estado llevando había acabado perdiendo tanto peso que casi rozaba la anorexia. Salí de aquella granja con un cuerpo musculado, ninguna gana de volver a beber, fumar o drogarme y la convicción de que necesitaba trabajar en las cosas que trabaja la gente normal, lejos de las cámaras o el cine. Ese fue el precio que tuve que pagar por haber sido tan imbécil: renunciar a la profesión que era en realidad mi pasión.

—¿Y a qué te dedicaste? ¿Necesitabas trabajar?

—Siempre es necesario trabajar. Me quedaba algo de dinero, no demasiado, porque mi fortuna en realidad la controlaba Benjamin y yo tenía unos cuantos miles de dólares, pero después de pagar el tratamiento en el centro de desintoxicación... no te creas que demasiado. Alquilé un estudio en las afueras de Londres y subsistí de mis ahorros hasta que me atreví a buscar un trabajo a pesar del riesgo de que alguien me reconociera. Me teñí el pelo de rubio platino y entré a trabajar en una cafetería cerca de Covent

Garden donde nunca nadie me reconoció. ¿Quién iba a esperar que Ayla Erdem fuera aquella chica tímida que les servía el café?

—¿Has estado cinco años siendo camarera?

—No, he hecho un poco de todo. He fregado suelos, he hecho hamburguesas en cadenas de comida rápida, he trabajado en tiendas de ropa... He sido una chica normal durante cinco años, escondida en una de las ciudades más grandes del mundo, porque si algo descubrí es que es más fácil esconderse en medio de mucha gente que en un lugar aislado.

—¿Has sido feliz?

—He sido... He estado bien, que ya es más de lo que jamás creí que pudiera conseguir. No hice demasiados amigos ni salí apenas con chicos, pero trabajaba, leía al llegar a casa, conseguí volver al cine sin morirme de pena por haber renunciado a mi sueño y me gustaba pasear por la ciudad por la noche, por Covent Garden y otras zonas menos turísticas, como manera de reconciliarme conmigo misma y con el mundo. —Ayla suspiró—. No sé muy bien qué es la felicidad, Kamal. Pero sí sé muy bien qué es la infelicidad, y eso es tener que pintarte el ojo cada noche porque tienes que ir a una fiesta como excusa para drogarte y beber. Una vez que mi vida está alejadísima de eso... ni siquiera aspiro a ser súper feliz. Me conformo con estar tranquila.

—¿Y por qué decidiste volver?

—Tardé años en atreverme. Me daba pavor volver a exponerme ante las cámaras, pero... fueron cinco años alejada del cine, que es mi auténtica pasión. Jamás volvería a Hollywood, eso lo he tenido claro siempre, pero cuando estuve segura de estar curada, dentro de la realidad de que los adictos lo somos para siempre..., me atreví a intentarlo. Fue todo muy rápido: llamé a algunos antiguos conocidos del cine turco, me propusieron esta serie y acepté. Tal vez si hubiera tenido más tiempo para pensármelo, me habría acobardado.

—O si hubieras sabido que yo sería tu *partenaire*...

—No, Kam. —Ayla sonrió—. Me dio terror volver a enfrentarme a ti, porque nunca he dejado de sentirme culpable por haberte dejado como lo hice. Pero, aunque te pueda parecer increíble, no habría elegido a ningún otro compañero para volver a sentirme cómoda delante de las cámaras.

—¿Sabes, Ayla? —Kamal la miró y sintió que eran dos personas diferentes a las que se habían saludado con cierta hostilidad apenas dos horas antes—. Creo que yo tampoco.

14

Se hizo un silencio en aquel salón. El relato de Ayla había terminado, aunque Kamal sentía la tentación de prolongarlo de forma eterna a través de preguntas, preguntas y más preguntas. Pero sabía que no era oportuno. Si en el futuro conseguían convertir su relación en algo parecido a una amistad, o al menos a una cordialidad, ya habría tiempo de que él saciara esa curiosidad que en realidad no era tal, sino pura y dura preocupación.

Kamal había creído que la odiaba. Lo creyó durante los diez años posteriores a aquella ruptura desgarradora y se reafirmó en aquel pensamiento después de reencontrarse con ella ante las cámaras. Creyó que la odiaba hasta que se encontró con Ayla en su sillón, narrando en primera persona cuánto había sufrido. Entonces entendió que podía no quererla, pero odiarla... tampoco. Ella era una parte fundamental de su pasado, la persona junto a la que había pasado los cuatro años más importantes en su formación vital y que ella hubiera estado a punto de... No, ni siquiera podía pensar en un mundo sin Ayla, así que prefería no hacerse esa imagen mental. A pesar de que dos horas antes no se habría podido creer esa emoción, se alegraba como pocas veces en su vida se había alegrado de

algo de que ella hubiera decidido confiar en él y hubiera aparecido esa mañana en su casa.

—Bueno, yo... —A Ayla se le debía de estar haciendo largo aquel silencio durante el cual la mente de Kamal no dejaba de bullir, porque hizo amago de empezar a levantarse para irse de allí.

—¿Qué planes tienes para esta semana? —le preguntó Kamal en un impulso; quizá si lo hubiera pensado un poco no se habría atrevido.

—¿Qué?

—Para las vacaciones, ¿tienes... tienes planes?

—No. Dormir mucho y disfrutar de la bañera de mi apartamento.

—Pues... —Kamal se quedó un segundo en silencio, mirándola fijamente a los ojos, con un brillo en el que Ayla reconoció a aquel chico lleno de sueños que había sido su primer amor... Su único amor—. ¡Vámonos!

—¿Qué? —Ayla creyó que estaba soñando cuando vio que un Kamal sonriente la agarraba de la mano y tiraba de ella para levantarla del sofá—. ¿A dónde?

—Ayla... —Kamal se volvió hacia ella y se acercó tanto, la miró con tanta intensidad, que ella pensó por un momento que iba a besarla; y a continuación estuvo a punto de darle la risa porque cualquier productora del mundo habría matado por tener grabada aquella escena—. ¿Confías en mí?

—Yo... —Ayla tuvo que mirar al suelo porque la intensidad de la mirada de Kamal amenazaba con provocarle una arritmia cardíaca. Pero aquella pregunta requería una respuesta sincera, la más sincera del mundo —. Creo que hoy te he demostrado que aún confío en ti más que en ninguna persona del mundo.

—Pues ven conmigo.

A través de un pasillo y un par de puertas automáticas accedieron al garaje de la mansión. Allí había toda una colección de coches de lujo, pero Kamal accionó con un mando la apertura de un todoterreno de gama media-alta, aunque bastante viejo. Ayla no podía saberlo, pero ese coche se lo había comprado poco después de su separación y, a pesar de que los Porsches, Mercedes, Lamborghinis y demás proliferaban sobre el mármol —sí, mármol en un garaje—, él seguía prefiriendo usar aquel vehículo viejo para sus desplazamientos habituales, sobre todo cuando no quería que nadie reparara demasiado en su presencia.

—¿Hay algo imprescindible que necesites recoger en tu apartamento? No sé... lentillas, tampones, ese tipo de cosas —preguntó Kamal y se sorprendió al ruborizarse por la mención a cuestiones tan domésticas.

—Yo... no. —Ayla hizo algunos cálculos mentales y luego frunció el ceño—. Pero si vamos a estar fuera más de unas horas, necesitare ropa

y...

—Créeme, a donde vamos no necesitarás ropa. —Kamal se dio cuenta de cómo había sonado aquello y se apresuró a aclarar—: Quiero decir... Que vas bien así y que, si no, yo tengo allí cosas que puedo prestarte. No vamos a ningún estreno ni habrá cámaras indiscretas, puedes estar segura.

—Vale —aceptó Ayla, y se sorprendió de que, después de tantos años sola, sin más contacto con el mundo que relaciones de conocidos y poco más, de repente se encontrara tan cómoda en un coche, con Kamal, sin tener ni idea de a dónde se dirigía—. ¿Y no me vas a decir a dónde vamos?

—No. —Kamal sonrió y ella lo imitó—. Tenemos un camino largo por delante. Puedes dormir un rato si quieres.

Ayla pensó que no sería capaz, pero aquella noche de insomnio que ahora le parecía tan lejana le pasó factura y acabó despertando adormilada cuando ya el anochecer se había cernido sobre la carretera.

—Vaya marmota de compañera de viaje me he buscado. —Fue lo primero que le comentó Kamal en cuanto ella abrió los ojos y Ayla no fue capaz de retener dentro la sonrisa que se le dibujó. Aquel Kamal se parecía tanto al chico al que había conocido y tan poco al que había visto en el último mes...—. Nos quedan aún un par de horas. ¿Te apetece parar a comer?

—Tengo bastante hambre, la verdad, pero me adapto a lo que prefieras tú, que llevas horas conduciendo.

—Hay un área de servicio un poco más adelante donde sirven una comida bastante decente. ¿Te parece bien?

Ayla solo asintió y, por un momento, temió que el silencio fuera demasiado espeso entre ellos. Pero, al parecer, el nuevo Kamal no tenía intención de vivir callado.

—¿Tienes miedo, Ayla? —Kamal apartó durante un segundo la mirada de la carretera para observarla—. ¿A que el regreso al mundo del espectáculo te traiga... tentaciones?

—Lo he pensado mucho. —Ayla suspiró—. Pero yo no he bebido ni me he drogado en la vida durante un rodaje. Durante demasiado tiempo identifiqué esta profesión con salir hasta el amanecer, pero no es obligatorio, ¿sabes? Quiero hacer mi trabajo porque me apasiona, porque he sido incapaz de mantenerme alejada de él, pero quiero hacerlo como cualquier otra persona, que va a su oficina y luego regresa a su casa. Sé que habrá algunos actos promocionales cuando la serie salga a la luz, pero no pienso pisar una fiesta más que los minutos justos para cumplir por compromiso.

—¿Y la prensa? ¿Crees que pueden llegar a descubrirlo?

—Eso sí me aterra. Pero en Hollywood nadie se acuerda ya de mí y, si en Turquía la gente empieza a preguntarse dónde he estado estos últimos cinco años..., diré que apartada del cine y ya está. La granja de desintoxicación donde me trataron tiene unos compromisos de confidencialidad muy estrictos, así que por ahí no estoy preocupada, pero...

—¿Qué?

—Si alguien me hubiera preguntado ayer, diría que el mayor pánico de mi vida era que la prensa se enterara de que un día fui una alcohólica cocainómana, que aún lo soy aunque lleve cinco años sin consumir. Pero después de contártelo a ti... supongo que con ellos haría lo mismo. Abrirme en canal, decir la verdad y quien me quiera juzgar... que lo haga.

—Eres una tía muy valiente, Ayla. —Kamal tragó saliva—. No puedo decirte aún que te haya perdonado lo que pasó hace diez años, pero... no puedo negarte que eres una persona valiente y que me siento honrado por que hayas decidido contármelo a mí.

—Gracias, Kam.

Entre sonrisas y una música suave de fondo que sonaba por el equipo de sonido del coche, llegaron a aquel restaurante de carretera. Kamal se puso unas gafas de sol y una gorra y le pasó otras a Ayla. Quizá así llamarían un poco la atención, pero al menos nadie los reconocería.

Comieron algo de carne y unos postres con los que Ayla sació su siempre constante ansia de dulce, y a continuación se pusieron en marcha.

—¿Cuánto queda? ¿Estamos...? —Ayla echó un vistazo al mapa de carreteras en tamaño gigante que había en una marquesina junto al aparcamiento—. ¿Estamos en la Capadocia?

—Estamos en la Capadocia. Queda una hora para que te enseñe algo...

—¿Algo qué?

—Un secreto por otro, Ayla. Tú me has contado el mejor guardado tuyo. Yo quiero enseñarte el lugar al que huyo cuando me canso de ser Kamal Aydin, la superestrella insolente, y necesito volver a ser solo Kam.

Ayla estuvo a punto de emocionarse ante esas palabras, pero solo asintió en silencio y dejó que la oscuridad de aquella carretera casi desierta engullera los nervios que ya iban esfumándose entre ellos.

Eran más de las diez de la noche cuando Kamal tomó una carretera comarcal, luego una pista de tierra y acabó deteniendo el coche ante una especie de... ¿cabaña?

—Este es el lugar donde nací. —La voz de Kamal sonaba estrangulada—. Hace treinta años era un lugar sin luz ni agua corriente en el que pasé una infancia feliz, al menos hasta que mi madre enfermó. La compré hace cinco o seis años y la mejoré un poco. Solo un poco, lo

suficiente para poder venirme aquí unos días de vez en cuando y no tener que ir a recoger agua a ninguna parte y poder cargar el móvil.

—Kam...

—Esta mañana me dijiste que no hay mejor lugar para aislarse que una ciudad llena de gente, pero... a veces los lugares realmente aislados también funcionan. El vecino más próximo está a más de tres kilómetros de aquí. Las cabañas que rodeaban a la de mi madre cuando yo era niño ya no existen, la gente se ha ido a las ciudades o a pueblos cercanos. Aquí... nadie podrá encontrarnos.

—Suenan bien.

—Tengo ropa cómoda dentro y hay comida en conserva para emergencias. Pero mañana podemos acercarnos a la ciudad más cercana y hacer un pedido de supermercado para que nos lo entreguen en el coche. Es lo que suelo hacer yo para que nadie me reconozca por esta zona.

—Me parece genial.

—Entonces, ¿estás dispuesta a pasar estas vacaciones aquí conmigo?

Ayla estaba segura de que Kamal conocía la respuesta a esa pregunta sin necesidad de que ella la verbalizara. Por supuesto que sí, que quería pasar esas vacaciones allí. Serían, de hecho, lo más parecido a unas vacaciones que tendría en años, pero... apenas podía creerse que las cosas

hubieran cambiado tanto en solo un día. En medio, en realidad. Doce horas antes, Ayla se estaba duchando en su apartamento de Estambul, con los nervios instalados en el estómago ante la idea de confesarle a Kamal su mayor secreto. Doce horas después, se encontraba sentada en el interior de un coche, en medio de una oscuridad como boca de lobo, frente a una cabaña medio destartalada de la Capadocia donde, treinta y tres años antes, había nacido el hombre más importante de su vida. Así que... solo había una respuesta posible a la propuesta de Kamal.

—Será un honor.

15

Ayla no habría sabido decir qué hora era cuando despertó. Y tampoco veía ningún reloj a mano. La noche anterior, cuando se había metido en aquella cama desconocida, habría apostado a que sería incapaz de dormir. Y, sin embargo, estaba segura de haber descansado unas cuantas horas; más de las que solía hacerlo en su propio apartamento, por muy paradójico que pudiera parecer.

Se levantó de la cama de un salto y echó un vistazo a su alrededor. La claridad se colaba entre las cortinas y le permitió observar aquel dormitorio en el que había pasado las últimas ocho o diez horas. Era un cuarto modesto, eso no se podía negar. Dos de las paredes, las dos que daban al exterior, estaban formadas por troncos de madera clara, con las vetas visibles y nudos entrelazados. Las otras dos eran de cemento y estaban pintadas en un color gris claro. Los únicos muebles de la estancia eran la cama en la que había dormido, una pequeña mesilla de noche con una lamparita y dos cajones y un armario de una sola puerta, que Ayla comprobó tras una breve inspección que estaba vacío, excepto por un par de mantas gruesas en el altillo. Desde luego, no parecía la habitación de invitados de la casa de un actor de primer nivel en Turquía. No parecía

pertenecer al mismo hombre que aquella mansión ultramoderna sobre el Bósforo en la que Ayla se había presentado veinticuatro horas antes, aunque en aquel momento le parecía que eso hubiera ocurrido en una vida anterior.

El silencio era tan abrumador que Ayla pensó que podría quedarse allí toda una vida, a pesar de que llevaba años sosteniendo la idea de que ella pensaba mejor en medio del bullicio. Tal vez Kamal siguiera durmiendo o hubiera salido a hacer algún recado, así que se atrevió a salir de su cuarto a pesar de que solo vestía la camiseta larga que se había puesto el día anterior y su ropa interior.

Justo enfrente de su dormitorio, estaba abierta la puerta del de Kamal. Como no había rastro de él por allí, se atrevió a echar un vistazo y se encontró con una habitación muy parecida a la que ella había ocupado. Había algún detalle personal más, un par de libros, un armario entreabierto con algo de ropa dentro, pero, en general, era también una estancia muy austera. Por suerte, Ayla encontró enseguida el cuarto de baño; Kamal se lo había señalado la noche anterior, pero apenas recordaba nada de esos momentos en que los nervios y la emoción habían conspirado para empujarla a aceptar una propuesta que parecía al mismo tiempo una locura y la mejor idea que había tenido jamás. Se aseó rápidamente y comprobó que tampoco en el cuarto de baño había grandes lujos: apenas un plato de ducha, un retrete y un lavabo minúsculo con un armarito en el que solo

había algunos productos de higiene básicos —sí, Ayla se había acostumbrado ya a abrir las puertas y cotillear a su antojo—.

El resto del espacio de aquella cabaña era diáfano. Dos sofás bastante grandes rodeaban una mesita de madera algo tosca y una chimenea de piedra de río. En una esquina, una cocina minúscula, con dos fuegos de gas, un fregadero pequeño y algunos muebles con apenas un par de platos y vasos y algo de comida. Una mesita de comedor para dos, dos sillas... y nada más. Ese era el refugio de Kamal, el lugar al que huía cuando necesitaba dejar de ser Kamal Aydin, la superestrella de las pantallas.

La temperatura era agradable y era obvio que no había ningún vecino en unos cuantos kilómetros a la redonda, así que Ayla se atrevió a salir al exterior a pesar de su escueto atuendo. El sol calentaba sin demasiada fuerza y, a lo lejos, se oía el golpear rítmico de un hacha contra la madera.

—Buenos días —susurró Ayla a cierta distancia, pero Kamal la escuchó perfectamente—. ¿Q-qué haces?

La voz se le tambaleó un poco a Ayla al preguntar, porque, de repente, era incapaz de fijarse en otra cosa que en aquel torso desnudo y aquellos brazos torneados de Kamal, que se contraían y se expandían con cada golpe de hacha.

—Esta noche he pasado algo de frío. —Kamal se encogió de hombros—. Después de ponerse el sol, las temperaturas bajan mucho en esta zona, así que es mejor tener leña a mano. Por suerte, la cabaña es tan pequeña que solo con la chimenea del salón ya se calienta entera.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues... ¿Podrías preparar algo para desayunar? Hay cereales, copos de avena, leche en polvo, huevos deshidratados... Prometo acercarme esta tarde al pueblo a comprar algo un poco menos precocinado, pero creo que con eso se puede apañar un buen desayuno. O uno decente, al menos.

—Me pongo manos a la obra.

Ayla hizo una especie de saludo militar que Kamal apenas registró, porque todos sus sentidos estaban concentrados en la increíble sonrisa con que lo acompañó. Siguió cortando leña, tal vez más de la que necesitarían aunque se quedaran allí varios días, porque el trabajo físico siempre era una buena manera de distraer los derroteros por los que su mente se empeñaba en llevarlo.

Una de las grandes ventajas de haber vivido durante cinco años en Londres, pensó Ayla, es que se puede preparar una comida con cualquier materia prima disponible, incluso con algunas que no tenían ninguna pinta de ser comestibles. De aquellos extraños polvos que decían ser huevos deshidratados sacó un par de tortillas francesas decentes; con la leche en

polvo preparó algo parecido al café con leche e incluso con una especie de carne en lata quiso fingir que tenían un poco de bacón.

—¡Hey! ¡Esto tiene una pinta increíble! —Kamal entró en ese momento en la cabaña y robó, sin pedir permiso ni perdón, una loncha de aquel falso bacón—. Veo que algo has aprendido sobre cocina en los últimos diez años.

Kamal soltó ese comentario en tono jocosos, pero enseguida se dio cuenta de que, por mucho que hubieran cambiado las cosas en las últimas veinticuatro horas, aún no estaban preparados para ese tipo de referencias al pasado. Cuando compartían aquel apartamento tan pequeño en la zona de Sultanahmet, era Kamal quien se encargaba de cocinar, porque Ayla jamás había aprendido en su casa a moverse entre fogones y Kamal, en cambio, había tenido que hacerlo para sobrevivir.

—Perdona, yo...

—No pasa nada, Kamal. —Ayla sonrió y, por primera vez en semanas, Kamal supo que era un gesto sincero—. Sí que he aprendido a cocinar, aunque...

—¿Qué?

—Que agradecería que la próxima vez la comida fuera un poco más... ¿natural?

—Prometido. —Kamal esbozó una sonrisa lenta, como perezosa—.

Así que... ¿habrá una próxima vez?

—¿Ya quieres devolverme a Estambul?

—Nada más lejos de mi intención.

Kamal acercó los platos y tazas a la mesa mientras Ayla recogía un poco el desaguizado que había provocado en la cocina con tantos polvos, agua y demás. Cuando abrió la segunda o tercera puerta en busca del cubo de basura, estuvo a punto de echarse a llorar por lo que encontró en ella.

—Kamal...

—Ah. —Él se sonrojó—. Eso... Creí que lo había escondido mejor.

—Kamal volvió a encogerse de hombros, como había hecho antes, mientras cortaba leña, y Ayla pensó en ese momento que nunca lo había visto tan tímido.

En la bolsa de basura, semiocultas bajo unos periódicos, había un par de botellas de vodka vacías y unas cuantas latas de cerveza sin abrir. Aunque Ayla supo al instante qué significaba aquella imagen, Kamal quiso explicárselo.

—Anoche, después de que te fueras a dormir, me di cuenta de que había demasiado alcohol en esta casa e imaginé que te sentirías más cómoda si me deshacía de él.

—Te lo agradezco muchísimo, Kamal. —Ayla hizo un gesto hacia la mesa y se dispusieron a desayunar—. No era necesario el esfuerzo, pero...

—No ha sido ningún esfuerzo, Ayla. Por nada del mundo querría que en esta casa, que pretende ser un refugio, te toparas con algo que te hiciera daño.

—Puedo ver alcohol. —Ayla resopló. Nunca había hablado de sus adicciones con alguien conocido, pero con Kamal le parecía de repente lo más natural del mundo—. Voy al supermercado y veo las botellas de vino, de licor, las cervezas... Y no pasa nada. Llevo peor el olor, como ya sabes desde la escenita del otro día.

—¿Sigue siendo duro? —le preguntó Kamal, clavando los ojos en ella de un modo que a Ayla la hizo estremecer. Quizá sí sería necesario que encendieran la chimenea.

—Sí... y no. Hace años que no tengo ninguna tentación de beber, pero al mismo tiempo sé que es un riesgo que siempre estará presente. Es extraño porque... en realidad, lo que más me apetece del mundo es olvidarme de que un día fui alcohólica, pero al mismo tiempo sé que, si lo olvido, corro el riesgo de volver a caer, así que... es complicado.

—Comprendo. —Kamal asintió—. Bueno, en realidad no lo hago, pero...

—Gracias, Kam. —A Ayla los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que respirar hondo un par de veces para evitar que se le desbordaran—. Por todo esto, por... Por sacarme de Estambul cuando supiste que la vida me había pesado demasiado los últimos años.

—Qué menos, Ayla... Qué menos. —Kamal se levantó a recoger los platos del desayuno, pero relleno las dos tazas de café—. Siento mucho haber sido tan borde desde que nos reencontramos.

—Tenías tus razones, ¿no? —Ayla lo miró—. Yo también siento mucho el daño que te hice hace diez años. Sé que ya te lo he dicho antes, pero a veces tengo la sensación de que nunca serán suficientes para compensar el dolor que provoqué.

—Está olvidado, Ayla —le respondió él, aunque los dos supieron que era mentira—. La vida ha cambiado, ha continuado... La vida empieza cada día, ¿sabes? No sirve de nada quedarse anclado en el pasado.

Ayla asintió y dejó que Kamal le prestara algunas prendas de ropa, porque no era muy buena idea pasarse el día, o los días que estuvieran por venir, con las mismas prendas que se había puesto un siglo antes en su apartamento. Se ducharon —por separado, obviamente—, Kamal se vistió con ropa cómoda y ella adaptó como pudo una camiseta gigante de él y una sudadera que le llegaba por las rodillas y hacía las veces de vestido.

—¿Te apetece pasear un poco por aquí? Hay un colmado a unos cuantos kilómetros en el que no tienen ni idea de quién soy. No te prometo que haya la misma oferta de productos que en el supermercado de la ciudad, pero si queremos seguir viviendo como ermitaños, quizá sería la mejor opción.

—Está bien.

Caminaron durante horas por los montes de la Capadocia. Pararon en aquel colmado, que era más bien el pequeño local adjunto a una gasolinera perdida en una carretera secundaria, y compraron algunas de sus comidas favoritas y muchos placeres culpables. Lo repartieron en las mochilas que llevaban a sus espaldas y siguieron paseando por la naturaleza, disfrutando de un silencio que, entre ellos, resultaba cómodo.

Regresaron a la cabaña cuando el sol empezaba a esconderse y Kamal prometió hacer una barbacoa en la pequeña parrilla que tenía instalada junto a la cabaña. Quizá tenían muchísimo de lo que hablar, pero aquel no era el día. Lo era solo para respirar hondo, disfrutar de las vistas, reencontrarse después de demasiado tiempo, como amigos, que era lo único que ya podrían ser... y descansar.

Justo antes de irse a dormir, después incluso de haberse susurrado dos «buenas noches» desvaídos, Kamal se atrevió a hacer la propuesta que llevaba todo el día rondándole la cabeza.

—Ayla...

—¿Qué? —Ella se volvió y Kamal solo pudo pensar en lo preciosa que estaba así, sin maquillar y con su pelo alborotado alrededor de la cabeza.

—¿Has visto alguna vez el amanecer desde un globo sobrevolando la Capadocia?

16

Y sí, vieron amanecer desde un precioso globo verde y rosa, cuyo conductor intentó dejarles privacidad para que disfrutaran del espectáculo de colores que ofrecía el cielo, aunque en realidad no habría sido necesario, porque ellos consiguieron abstraerse de tal manera que por momentos estuvieron a punto de olvidar esconderse. Kamal lo hacía tras unas gafas de sol y una gorra de visera; Ayla, también con gafas de sol y su pelo recogido en un moño informal que nadie podría identificar con esa actriz que un día se hizo célebre por su melena.

No se tocaron durante aquel paseo en globo; ni siquiera se rozaron. Se limitaron a perderse en sus reflexiones, cada uno en las suyas, aunque si las hubieran compartido se habrían dado cuenta de que muchas eran comunes. Cuando el globo volvió a tocar tierra, con un pequeño golpe que sobresaltó a Ayla y le permitió a Kamal tener una excusa verosímil para tocarla, decidieron volver a su refugio entre las montañas.

—¿Crees que alguien nos habrá reconocido?

—Ni de broma. El hombre que manejaba ese globo ni siquiera se quedó con nuestros nombres falsos.

—¿Volvemos a casa, entonces?

—Sí... —Kamal esbozó una sonrisa radiante que despertó la curiosidad de Ayla.

—¿Qué pasa?

—Me ha gustado. —Kamal se encogió de hombros.

—¿El qué?

—Que llames «casa» a mi cabaña. —Kamal suspiró—. Déjalo, soy un idiota. Me ha hecho... Me ha hecho ilusión escucharlo.

Ayla no respondió, porque sabía que cualquier cosa que dijera empeoraría el ambiente. No porque fuera a meter la pata o porque fuera difícil para ellos comunicarse, sino porque todo era tan perfecto en ese momento que nada podría hacerlo mejor.

Regresaron a la cabaña, a *su* cabaña, en un silencio cómodo que invadió el coche y en el que ni siquiera necesitaron música para llenarlo. Hicieron una comida tardía, una especie de merienda-cena durante la cual compartieron sus preferencias culinarias, que no habían cambiado demasiado en los últimos años.

Al día siguiente, cocinaron el uno para el otro y se atrevieron a hablar de las personas de las que no se habían enamorado desde que se habían separado.

El cuarto día de su estancia en aquella cabaña, se sentaron, de forma inconsciente, muy juntos en el sofá para ver una película antigua que

siempre les había encantado. Se titulaba *Luna nueva* y aún recordaban algunos de los diálogos que los hacían reír, a pesar de que ni Ayla ni Kamal habían querido verla ni una sola vez en la última década.

El quinto día hicieron una barbacoa en el jardín y se rieron a carcajadas mientras los churretones de grasa de la carne se les escurrían por el mentón y sabían que necesitarían litros de jabón para desengrasarse las manos.

Ninguno de los dos se atrevió a comentarlo en voz alta, pero no eran capaces de recordar unas vacaciones mejores. Kamal no habría cambiado esos días por ninguna de las vacaciones de lujo que había disfrutado desde que se había convertido en una estrella. A Ayla no le parecían ni comparables a las escasas semanas en las que tenía días libres en sus diferentes trabajos en Londres y se escapaba a conocer cada rincón de una ciudad que acabó adorando. Si tuvieran que pensar en una sola ocasión en que hubieran disfrutado tanto, en que se hubieran sentido tan libres y tan... *ellos*, tendrían que remontarse más de una década.

—Esto se acaba, Ayla —se lamentó Kamal con un resoplido final, mientras preparaban el desayuno del sexto día que pasaban en aquella cabaña—. Podemos quedarnos hoy, pero mañana ya no tendremos excusa para no volver a Estambul.

—Podríamos llamar a los productores y decirles que hemos decidido abandonar la serie. —Ayla se rio—. O podemos buscar a alguien que llame por nosotros y les diga que hemos muerto.

—Suena verosímil. —Ayla estaba removiendo en el fuego unos copos de avena con azúcar y cacao, uno de sus desayunos favoritos desde que había vivido en Inglaterra; al fin, después de casi una semana, había logrado convencer a Kamal de que lo probara—. Espero que le echas plátano a eso.

—Está ya pelado y cortado en rodajas para que te sirvas a tu antojo. —Ayla le dio un toquecito con la cadera en la de él y compartieron una carcajada. En algún momento de la semana, se había convertido en lo más natural del mundo que cocinaran a cuatro manos, en pijama, mientras bromeaban uno con el otro como si los últimos diez años de odio y olvido no hubieran existido.

Se sentaron a la mesa y, casi de forma inmediata, notaron que algo había cambiado. Vista desde fuera, la escena podría parecer la de cualquier otro de los días anteriores, pero ellos la sentían diferente. La atmósfera estaba cargada de demasiado por decir; de demasiado por hacer. Quizá era la inminencia de la despedida o quizá era otra cosa...

—¿Cómo fue para ti? —se atrevió a preguntar Ayla—. Hemos hablado de cómo fue mi vida... de lo desastrosa que fue mi vida después de

que nos separáramos, mejor dicho. Todos aquellos fracasados con los que me dejaba fotografiar para la portada de las revistas, el alcohol y toda esa mierda. Pero... ¿y tú? ¿Qué hiciste tú cuando regresaste a Turquía?

—¿Aparte de odiarte, quieres decir? —Era buena señal que hubieran aprendido a bromear con aquello que había dolido tanto—. Es broma. Pues... los primeros tiempos fueron duros. Joder, fueron durísimos...

—Lo sie...

—No me pidas perdón más, Ayla. Si siempre estamos pidiéndonos perdón por cosas seguiremos estancados en aquello. —Kamal resopló—. Más o menos un año después de que nos separáramos, empecé a salir del pozo. Coincidió, además, con algunos grandes éxitos en la televisión, así que... me dejé llevar.

—¿En qué sentido?

—En uno no muy diferente al tuyo, aunque supongo que tuve más suerte y nunca me convertí en un adicto. He salido, bebido, conocido a cientos de mujeres...

—¿Y te has enamorado de alguna? —le preguntó Ayla, aunque no supo por qué la voz se le había escapado en un susurro. Tal vez por miedo a una respuesta que no debería importarle demasiado.

—Me parece que esa respuesta ya la sabes. —Los platos del desayuno ya estaban recogidos y ellos se habían sentado en el sofá; no

habían necesitado hablarlo para llegar al pacto tácito de no hacer nada aquella última jornada. Solo disfrutar del silencio y de la compañía mutua; y, al parecer, de una cercanía algo inusual en el sofá—. Por supuesto que no me enamoré. Conocí a unas cuantas chicas estupendas, pero incluso cuando estaba con ellas... sabía que no eran *ella*. Sabía que no eran...

—¿Qué?

—Nada, es igual. —Kamal supo que había estado a punto de caer, que se había mostrado demasiado vulnerable, así que volvió a cubrir su voz, su actitud y su cuerpo con esa coraza de hielo que había sido su fiel compañera durante años; al menos, con una parte de ella—. Está todo olvidado y perdonado, Ayla, pero lo cierto es que me quedaron muy pocas ganas de volver a enamorarme después de que te fueras.

—Lo... —Ayla se interrumpió; sabía que Kamal no necesitaba más disculpas ya. Se acercó a él y le acarició la cara, en un gesto espontáneo, quizá el más íntimo que habían tenido en una década, mientras pensaba en cómo expresar lo que sentía—. Ojalá eso cambie algún día.

—Ayla...

Había un beso en el aire. Lo sabían. Quizá ese beso no dado era lo que había enrarecido el ambiente durante toda la mañana, lo que había cargado la atmósfera de una tensión que ahora sabían reconocer que era sexual. O, al menos, afectiva.

Podían recular. Acobardarse, dar marcha atrás, huir como de la peste de aquello que podía complicarles muchísimo la vida. O podían saltar sin red de seguridad, sin prudencia ni cordura, hacia un beso que deseaban tanto que hasta podían sentir cómo les hormigueaban los labios.

Se tantearon. Se besaron con el aliento antes de hacerlo con los labios. Pero al final lo hicieron. Sus bocas se encontraron a medio camino de los últimos diez años, de tanto dolor, de un rencor que Kamal ya no sentía y una vergüenza que a Ayla se le había ido evaporando del cuerpo con el paso de los días. Fue un beso dulce al principio, un toque de labios, un encuentro de lenguas que se reconocían después de una eternidad sin verse.

Hasta que Kamal se separó...

—Ayla, esto... —Ella le suplicó con la mirada que no dijera «esto no es buena idea», porque tal vez no lo fuera, pero le apetecía tanto...

—¿Qué pasa?

—Me atraes. No sé si hacía falta que te lo dijera, pero creo que es muy obvio que me atraes. Siempre lo has hecho. —Kamal se pasó la mano por la cara porque no sabía cómo decir algo que era imprescindible que Ayla supiera—. Tengo que decirte que, si pasa algo entre nosotros, será solo sexo.

—¿Qué?

—Será buen sexo, de eso tengo pocas dudas —Kamal quiso bromear y esbozó esa sonrisa canalla que Ayla sabía que, quizá en esa ocasión más que nunca, era fingida—, pero será solo sexo.

—Ya...

—No sé qué idea has podido hacerte estos días sobre nosotros, pero... lo único que he intentado ha sido ayudar a una vieja amiga en apuros.

—¿Y esto... —Ayla hizo un gesto con la mano como para abarcarlos a ambos y frunció el ceño— forma parte de tu programa de ayuda a una *vieja amiga*?

—No. —Kamal se acercó más a ella y acarició con la yema de su dedo pulgar el labio inferior de Ayla—. Esto forma parte de algo que los dos venimos deseando desde hace días. Pero yo no puedo darte más que eso.

—No te he pedido más. Soy una mujer bastante realista, ¿sabes, Kamal? —Ayla esbozó una sonrisa triste—. Nunca te pediría más que sexo. Nunca pretendería que volvieras a amarme.

—Mejor porque... me temo que me robaste la capacidad de volver a hacerlo.

Los dos supieron que no había lugar para más palabras. Que cualquier cosa que pudieran decir solo serviría para estropear algo que

podría ser precioso. Así que dejaron que sus labios actuaran, que sus manos se movieran con rapidez por sus cuerpos, que las pieles se reconocieran y las ganas tomaran el mando.

La dulzura desapareció. Quizá seguía ahí, debajo de un montón de capas de otras cosas, pero la olvidaron durante el sexo. Kamal le arrancó a Ayla una camiseta que en realidad era de él. Ella no tuvo delicadeza tampoco al desnudarlo. Fue sexo furioso, rabioso. Sexo de reencuentro sin ternura ni amor, solo pasión. Una pasión tan fuerte, tan irrefrenable, que los dos supieron que jamás habían sentido algo igual con otra persona; y también supieron que, pasaran los años que pasaran, jamás volverían a sentirlo si no era juntos.

17

KAMAL: ¿Te apetece tomar la última copa en mi casa?

AYLA: ¿No crees que eso puede ser una idea horrible?

KAMAL: Una idea horrible es que siempre respondas a mis preguntas con otra pregunta.

AYLA: ¿Por qué seguimos charlando en la calle cuando podríamos estar en tu apartamento tomándonos una copa?

KAMAL: Ni siquiera hay alcohol en mi casa.

AYLA: Ni siquiera me planteo aguantar tres minutos vestida.

KAMAL: No serán ni tres segundos, Zehra. Ni tres segundos.

«Enamorada de mi enemigo», temporada 1, capítulo 36.

—¡Corten! —La voz del director atronó en el estudio de rodaje—. ¡Genial! ¡¡¡Genial, genial, genial!!! Sois los mejores, Kamal y Ayla. Los jodidos mejores.

El resto del equipo técnico estalló en un aplauso, que es cierto que celebraba lo bien que había salido aquella escena algo picante a la primera, pero también que comenzaba un nuevo fin de semana. Kamal, el único que estaba al corriente de la situación, había titubeado un poco al leer el guion y

ver la mención al alcohol, pero ni eso había conseguido distraer a Ayla de su tarea profesional, que desde el regreso a Estambul tras aquellas vacaciones improvisadas en la Capadocia desempeñaba incluso con más maestría de la habitual.

Hacía ya dos semanas que habían vuelto. Dos semanas desde que se habían separado con un beso que no supieron evitar frente a la puerta del edificio de Ayla. Los dos llegaron aquella tarde a casa descansados tras una semana de desconexión pero también algo inquietos por cómo sería su relación a partir de aquel momento. No podrían esquivarse; en las tres semanas y media siguientes rodarían juntos cada día. Y tampoco querían hacerlo, aunque temían que fuera incómodo. Después de aquella sesión salvaje de sexo en el sofá de la cabaña, se habían quedado adormilados; al despertar, sus cuerpos volvieron a encontrarse y, después, se fueron a dormir cada uno a su cuarto, aunque en realidad los dos tardaron bastante en conciliar el sueño; culparon a la siesta, aunque ambos tenían claro que la verdadera razón era otra.

Pero las cosas fluyeron. Desde el comienzo del primer lunes de rodaje de aquella segunda mitad de la temporada, apenas tuvieron que repetir las escenas que rodaron juntos; si alguna vez sucedía, solía ser a causa de algún secundario o por razones ajenas a Kamal y Ayla. Si los miembros del equipo se dieron cuenta de que aquella tensión que había

estado a punto de devorarlos en la última escena de la primera parte había desaparecido, no dijeron nada. Ahora, Zehra y Ali eran ya algo parecido a una pareja, al menos pareja sexual, y Kamal y Ayla daban gracias al cielo —y a los guionistas— cada día porque eso hubiera ocurrido después de su semana en la Capadocia porque no podían ni imaginar lo incómodos que habrían sido todos aquellos besos, roces y tocamientos entre sus personajes si ellos no hubieran hecho algo parecido en aquella cabaña...

... en aquella cabaña y, desde su regreso, en casi todas las superficies disponibles que encontraban cuando se encontraban a solas.

Sí. Kamal y Ayla habían vuelto a acostarse. Al principio con mucha prudencia, casi con miedo, como si verse desnudos fuera de aquella cabaña que parecía una suspensión temporal de la realidad resultara más serio. Como si Estambul fuera a convertirlos en algo diferente que dos viejos amigos que aún se deseaban y dejaban de vez en cuando que sus cuerpos hablaran por ellos.

Ese «de vez en cuando» fue al principio solo el fin de semana. Como una especie de celebración de que al fin había llegado el viernes. Claro que... no salieron de la cama de Kamal en todo el fin de semana, incluso durmieron juntos y ni siquiera se ruborizaron cuando compartieron tres cenas y dos desayunos. Llegar juntos al rodaje el lunes por la mañana tampoco les importó una mierda. Sabían que les quedaba poco tiempo de

libertad. O de «semilibertad», al menos, ya que Kamal nunca acababa de ser anónimo del todo, aunque había aprendido muchos trucos en los últimos años para esquivar a los *paparazzi* y casi siempre le funcionaban. Pero pronto saltaría a todas las portadas la noticia de que Ayla Erdem había vuelto a las pantallas y formando pareja nada más y nada menos que con Kamal Aydin... y entonces la paz se habría terminado.

Quizá por eso aprovechaban cada vez más las tardes. Todos los días de la segunda semana se marcharon juntos del estudio, sin plantearse demasiado si alguien los veía o se preguntaba por qué lo hacían. Se escapaban a la casa de Kamal y allí apenas hablaban, tal vez porque durante la semana que habían pasado juntos ya se lo habían dicho todo. Sus pieles resbalaban entre el sudor y el deseo y ellos se corrían a coro, con gritos que parecían resonar en todo el Bósforo.

—¿Te apetece venir a tomar algo a mi casa? —le preguntó Kamal a Ayla en cuanto ella se subió al asiento del copiloto de su todoterreno. Su ceja estaba arqueada y en la comisura de sus labios se dibujaba aquella sonrisa burlona que a Ayla tanto la excitaba.

—Muy sutil el detalle de evitar la referencia al alcohol. —Ayla puso los ojos en blanco—. Muy cutre lo de haber copiado una frase del guion para intentar seducirme.

—Eso que dices podría ser muy ofensivo para nuestros amados guionistas, ¿sabes?

—No lo digo por ellos. Me parece cutre porque sabes que no necesitas ninguna táctica de seducción, copiada o no, para conseguir sacarme las bragas.

—Me flipa cuando te pones sórdida, Ayla. —Por suerte, Kamal había arrancado el coche y se habían alejado del aparcamiento de los estudios; también por suerte, los cristales del coche eran tintados, porque junto a esa frase no pudo evitar alargar su mano derecha y apretar con fuerza uno de los pechos de Ayla, que reaccionó endureciendo tanto los pezones que podría haber desgarrado la tela de su sujetador—. ¿Vamos a medias con la multa?

—¿Qué multa?

—La que me van a poner por saltarme todos los límites de velocidad para llegar cuanto antes a mi casa.

—Querrás decir... «a tu cama».

—Eso es exactamente lo que quería decir.

Y lo hicieron. Corrieron a la mansión de Kamal y se desnudaron antes incluso de cerrar la puerta. Ni siquiera comprobaron si el personal de servicio que iba de forma periódica a hacer las tareas del hogar estaba en la

casa, pero la suerte los acompañó y pudieron disfrutar de toda la privacidad del mundo.

—Eres... —Kamal se separó de ella un segundo, en parte para evitar correrse en un tiempo realmente ridículo, pero, sobre todo, porque no fue capaz de evitar las palabras que se deslizaron entre sus labios—. Eres la mujer más bonita de todo el jodido mundo, Ayla.

—Kam...

Ella no fue capaz de responderle con algo a la altura y casi prefirió que fuera así, porque temía lo que se le pudiera escapar en un momento así, tan cargado de temperatura y emociones.

De camino al dormitorio de Kamal, mientras sus cuerpos se arrastraban el uno al otro, Ayla se fijó en las vistas que se colaban por los grandes ventanales del salón de la casa. El sol se ponía sobre el Bósforo, los barcos cruzaban el estrecho, los ciudadanos paseaban por el puente Gálata, los turistas se arremolinaban alrededor de las mezquitas y otros monumentos populares. El otoño había cubierto los adoquines de las calles de hojas de colores ocre, pardos y verdosos y había llenado el ambiente de un aire fresco que purificaba y lo llenaba todo de luz, aunque los días fueran cada vez más cortos.

Kamal y Ayla estaban demasiado distraídos devorándose el uno al otro como para ver que Estambul estaba aquella tarde más bonito que

nunca.

Kamal y Ayla estaban demasiado distraídos enamorándose como para darse cuenta de que eso era exactamente lo que estaba ocurriendo.

18

KAMAL: No te vayas, Zehra.

AYLA: ¿Por qué no me voy a ir? Esto es solo sexo, ¿no? No hay lugar para las noches abrazados ni los arrumacos.

KAMAL: Tú sabes que no es solo sexo.

AYLA: Sí, yo lo sé. Pero ¿lo sabes tú?

KAMAL: Hace por lo menos dos meses que lo sé. Hace por lo menos dos meses que, cada vez que te vas, echo de menos las noches abrazados y los arrumacos.

AYLA: Ali... Yo...

KAMAL: Te quiero, Zehra. Nunca he dejado de quererte.

«Enamorada de mi enemigo», temporada 1, capítulo 60 (final de temporada).

Eran solo dos personajes y lo sabían. Lo eran. Kamal y Ayla eran dos personas; Ali y Zehra también lo eran, pero... ficticias. Ali y Zehra habían tardado siete semanas en pasar de odiarse a reconocerse que estaban enamorados. Kamal y Ayla... aún no estaban en ese punto, aunque aquellas dos palabras, aquel «Te quiero» de Kamal, de Ali en realidad, se quedó

flotando en el aire entre ellos durante mucho tiempo. Aún oían su eco cuando el equipo de rodaje estalló en un aplauso estruendoso; más tarde, cuando todos compartieron mesa en la zona habilitada como comedor; muchas horas después, cuando Ayla se atrevió por primera vez a invitar a Kamal a su apartamento; y no dejaban de resonarles dentro mientras se entregaban a una sesión maratónica de sexo durante la cual vieron ponerse el sol entre los tejados del barrio asiático, se quedaron adormilados, cenaron pizza a domicilio, brindaron con zumo de granada por el final de la temporada y firmaron el pacto tácito de dormir juntos, como Zehra y Ali, como dos personas que aún no se atreven a reconocerse lo que sienten porque les da demasiado miedo.

El rodaje de la primera temporada de *Enamorada de mi enemigo* había terminado. Quedaban por delante unos cuantos meses de postproducción y promoción, pero Ayla y Kamal no necesitaban ver los capítulos montados para saber que sería un éxito; ni tampoco necesitaban que la agencia de prensa de la productora les contara a todos los medios de comunicación la increíble química que tenían en pantalla, porque... eso lo sabían ellos desde que eran apenas unos adolescentes.

Les quedaban solo unos pocos días por delante para disfrutar de la soledad antes de que la bomba estallara a su alrededor. La productora ya tenía preparados los dossieres de prensa que se repartirían para contar al

mundo qué era *Enamorada de mi enemigo* y, sobre todo, la inesperadísima noticia de que Ayla Erdem regresaba a las pantallas de la mano de su antiguo gran amor.

Sonaba bonito. Quizá incluso se emocionaran cuando leyeran alguna de aquellas crónicas que les recordarían el pasado y alabarían el presente. Incluso Kamal, que jamás se veía en las series que protagonizaba, estaba deseando que llegara el día del estreno y acurrucarse en el sofá, quizás al lado de Ayla, para ver el resultado de aquel trabajo que había acabado por ser el más satisfactorio en muchos años. Pero la realidad era que la *salida del armario* del regreso de Ayla y su coprotagonismo en la serie les daba sobre todo pereza. También algo de miedo. Y, sin duda, la nostalgia de saber cuánto echarían de menos esos tiempos en que aún eran un secreto para el mundo.

A Ayla le daba pavor volver a salir a la luz pública. Ya era casi un milagro que su participación en el rodaje hubiera pasado desapercibida a los medios; no iba a durar mucho más la suerte. Estaba orgullosa de su trabajo en la serie, pero odiaba que eso implicara una exposición pública que solo le había traído desastres en el pasado. Le gustaría que actuar fuera como cualquier otra profesión, en la que no habría un millón de miradas pendientes de lo que hacía o lo que no, en la que nadie la reconocería por la calle y en la que los *haters* de redes sociales no tuvieran la menor idea de

quién era ella. Hacía ya muchos años que Ayla había cerrado sus cuentas en Instagram y Facebook, además de dejarles muy claro a los productores que por nada del mundo volvería a abrir esa ventana al mundo, pero sabía que ahí afuera, en apenas unos días, habría un montón de gente hablando de ella. Quizá incluso volvería a ser *trending topic* en Twitter, como le había ocurrido en varias ocasiones en su etapa anterior. Y eso ya no le gustaba en situación normal, pero es que además la aterrorizaba la idea de que los fans, los medios y toda Turquía en general descubrieran sus dos grandes secretos: sus antiguas adicciones y su relación con Kamal.

¿*Relación*? Ni ella misma sabía bien si podía llamársela así. Casi le daba la risa si pensaba en cuán parecida era su situación a la de los personajes principales de la telenovela que protagonizaban. Dos personas con un pasado común que creen odiarse y acaban descubriendo en el sexo la única manera de vehiculizar el volcán de emociones que llevan dentro. Y ya, ¿verdad? O quizá no. Zehra y Ali se habían enamorado y le habían echado valor para declararse su amor. Ojalá ella fuera tan valiente... Ojalá fuera capaz de mirar a Kamal a los ojos y lanzarse sin red. Decirle que lo quería, que tal vez nunca había dejado de hacerlo, y que esas noches de sexo que eran idílicas empezaban a no ser suficientes para ella.

Cada noche, después de que se corrieran juntos de forma gloriosa, Ayla sentía una necesidad casi irrefrenable de abrazarlo, de juntar su pecho

a la espalda de él y pedirle que fingieran volver a ser lo que un día fueron. Si hoy ya no eran nada más que dos cuerpos jadeantes, que al menos fingieran durante un rato volver a ser ellos. Los ellos que un día soñaron tan alto que se estrellaron contra el suelo con un impacto al que estuvieron a punto de no sobrevivir. ¿Estaba enamorada de él? ¡Pues claro que sí, maldita sea! Sobre sus sentimientos no tenía dudas: era una mujer enamorada... y era también una cobarde, porque no se podía ni plantear confesárselo a Kamal.

Kamal también tenía miedo a que comenzara la promoción de la serie. Porque quería a Ayla, la quería de una forma enraizada y algo irracional que prefería no plantearse demasiado, porque entonces tendría que arrepentirse de algo: bien de quererla, bien de haberla odiado, o fingido odiarla, durante demasiado tiempo. Y porque la quería hacía suyos los miedos de ella: que salieran a la luz las antiguas adicciones de ella, que una renovada popularidad la hiciera recaer en viejas malas costumbres, que la prensa y el público atendieran más al morbo de que ellos se reencontraran que a lo que hicieran delante de la pantalla.

Pero tenía un miedo mayor. Uno que no hacía más que aflorar, cada día con una intensidad mayor. Uno que, con ella desnuda, montada a horcajadas sobre su cuerpo, era ya mucho más que un miedo: era una enorme realidad. El mayor miedo de Kamal era encender el televisor o

comprar una revista y encontrarse con aquella denominación que durante años los persiguió a Ayla y a él: la pareja perfecta. A cualquier persona que no hubiera atravesado el infierno por el que él había pasado podían parecerle dos palabras inocentes, pero para él... No quería ni recordar lo duro que había sido volver solo desde Los Ángeles, después de perder al amor de su vida, y encontrarse cientos de portadas, durante meses y meses, que hablaban de la ruptura de la *pareja perfecta*. Si volvía a oír esas dos palabras en alguna parte, diez años después, se volvería loco.

Se volvería loco y aún no sabía de qué. Porque lo que tenía con Ayla ya no era solo sexo, no pensaba mentirse diciendo que sí. Podría contárselo a cualquiera que le preguntara —suponiendo que Kamal tuviera intención de hablar con alguien de lo suyo con Ayla, que no era el caso—, pero no iba a decírselo a sí mismo. No era solo sexo. Pero aún no se atrevía a llamarlo amor, aunque... empezaba a parecerse mucho.

—¿Puedo quedarme? —le susurró a Ayla al oído. Se habían dormido después de hacer el amor por enésima vez. Toda la adrenalina que les había provocado el final del rodaje lo habían catalizado a través de sudor, jadeos y tanto deseo que hubo momentos en que pareció que sus pieles no podrían contenerlo.

—¿Qué? —le respondió ella con voz adormilada.

—Que si puedo quedarme a dormir, Ayla. —Por la mente de Kamal circulaban imágenes del pasado; de aquellos dos chiquillos que habían sido, que se querían comer Estambul sin darse cuenta de que Estambul podría devorarlos a ellos; de aquellos besos, de aquellos abrazos, de aquel apartamento de Sultanahmet en el que lo fueron todo; de ella, tan bonita, tan buena actriz, tan segura de cuáles eran sus sueños; de cuánto la echó de menos cuando se separaron; del amor que sintió por ella, que sabía que jamás podría igualar otra mujer—. Me gustaría mucho hacerlo.

Ayla se dio la vuelta lentamente y apoyó la cabeza en una mano. Los dos estaban sudados, con el pelo revuelto y los ojos entrecerrados por la mezcla de sopor y cansancio. Pero vio a Kamal tan guapo, tan introducido en su rutina doméstica, en su cama, que no quiso callar su respuesta.

—Quizá mañana me arrepienta de haberte dicho esto, Kam, pero... —Tragó saliva un par de veces antes de atreverse a hablar—. Me encantaría que nos abrazáramos y fingiéramos que el tiempo no ha pasado, aunque cuando salga el sol lo olvidemos y volvamos a ser quienes somos hoy. En resumen... Me encantaría que te quedaras a dormir.

Kamal no respondió. No era la primera vez que dormían juntos, pero algo había cambiado; los dos sabían que era un paso adelante, algo más que caer rendidos tras una sesión de sexo. Así que se limitó a apretar a Ayla contra su cuerpo y a darle un beso en la frente que tuvo más significado que

si hubiera arrasado sus labios y se hubieran enredado en otra sesión de sexo apasionado. Y sonrió. La oscuridad fue su aliada para que ella no viera cuánto estaba sonriendo. Le daba pavor confesarle a Ayla todo lo que sentía, pero después de que ella se hubiera atrevido a dar el primer paso... después de eso, Kamal sintió que el único límite que tenían era el cielo.

19

Kamal despertó poco después del alba. Solía gustarle remolonear en la cama cuando había dormido poco durante la noche, pero ese no fue el caso aquel sábado. No había cubierto un número decente de horas de sueño, claro que no, pero el insomnio era diferente cuando lo provocaban las preocupaciones a cuando la mujer de su vida cabalgaba sobre sus piernas y le robaba minutos a la almohada.

Se levantó sigiloso y ni siquiera se duchó. Recuperó la ropa que había ido dejando desperdigada por todo el apartamento de Ayla la tarde anterior y se la puso a toda velocidad, mientras reparaba en algunos detalles de aquel apartamento en el que ella llevaba viviendo muy pocos meses. Era un espacio pequeño, algo impersonal, pero en el que ella había sabido impregnar pequeños detalles en cada rincón. Estaba a años luz de su mansión, incluso del chalet adosado en el que habían convivido en las afueras en los últimos tiempos de su relación; si se parecía a algo, aunque solo fuera en su esencia, era a aquel apartamento cercano a la Mezquita Azul en el que habían sido los más felices del mundo.

Bajó a la calle y se dirigió a una pastelería que, por pura casualidad, conocía en aquel barrio, a solo unas pocas calles del edificio de Ayla. La

propietaria, una mujer mayor que parecía llevar tras aquel mostrador toda la vida, abrió los ojos como platos al reconocer a aquel hombre que le hacía un pedido amparado tras unas gafas de sol y quizá un poco más al ver la cantidad de dulces que había comprado. Kamal salió de allí con las dos manos ocupadas y el lamento de no haber recordado coger las llaves del apartamento de Ayla para evitar estropear la sorpresa.

Más o menos en el mismo momento en que Kamal salía de aquella pastelería, Ayla abrió los ojos y se desperezaba. El olor a sexo y a intimidad invadía el ambiente en su dormitorio, así que Ayla, casi por instinto, buscó a Kamal en la cama. Un instinto curioso, teniendo en cuenta que esa era la primera noche que pasaban juntos en más de una década, pero instinto al fin y al cabo. El corazón se le saltó un latido cuando encontró el lado derecho de la cama vacío, pero enseguida vio la cazadora de Kamal sobre la silla de su cuarto y algunos de sus objetos personales repartidos por diferentes puntos de su apartamento, y se tranquilizó; parecía que él no había hecho una huida en plena madrugada mientras ella dormía.

Se levantó, se cepilló los dientes y se lavó la cara, y justo cuando estaba a punto de llamarlo por teléfono para localizarlo, escuchó que sonaba el portero automático de su piso. Lo vio a través de la pantalla del videoportero y sonrió. Eso había conseguido Kamal en las últimas semanas:

que a ella, solo con verlo, se le dibujara sola una sonrisa que durante muchos años le había sido esquiva.

Kamal no tardó demasiado en subir las tres plantas que separaban la calle del piso de Ayla, pero ella tuvo tiempo a sincerarse consigo misma. Había necesitado años de terapia y autoconocimiento para sacarse de encima aquella costumbre horrible que había adquirido en sus años de adicciones de mentirse a sí misma. Había tardado semanas desde el momento en que se dio cuenta de que estaba enamorada de Kamal hasta la confesión que le había hecho aquella misma noche, pero a sí misma se lo había contado alto y claro desde el primer momento: estaba enamorada de Kamal. No tenía dudas; si albergaba alguna, era solo si había vuelto a prender en su corazón la semilla de un amor irrefrenable o si, simplemente, nunca había dejado de quererlo.

Les quedaba mucho camino por recorrer, muchísimo; apenas se habían atrevido a insinuar lo que sentían por el otro. Pero Ayla estaba deseando empezar a dar pasitos en esa dirección; y, a pesar de que la seguridad en sí misma no era su fuerte, tenía la sensación de que Kamal también lo estaba.

Si tuviera que apostar por una de las dos opciones que se le planteaban —haber vuelto a enamorarse de Kamal tras el reencuentro o llevar toda su vida queriéndolo casi sin saberlo—, Ayla habría apostado por

una mezcla de las dos. Lo había querido mucho, muchísimo. Con auténtica locura. Romper con él había sido el error del que más veces en su vida se había arrepentido, el que había degenerado en todo el desastre en que se había convertido su vida en los años posteriores —aunque ella nunca se lo había querido decir de forma clara, para no hacerlo sentir culpable, muchas de sus primeras borracheras habían venido provocadas por aquellas declaraciones horribles de él en las revistas de corazón tras la ruptura—. Lo había echado de menos durante muchísimo tiempo y nunca había dejado de atronarle el corazón con fuerza en el pecho cuando lo veía en alguna pantalla sin esperarlo.

Pero también había un amor renovado. Ya no eran los chicos de diecisiete años que se habían enamorado casi sin darse cuenta, ni tampoco los soñadores de veintitrés que se separaron. Eran dos personas diferentes, con una década de vivencias de todo tipo a las espaldas, muy buenas y muy malas, y quizá habían vuelto a enamorarse entre viajes en globo por la Capadocia, conversaciones susurradas de madrugada en una cabaña destartalada y descansos entre escenas de un rodaje. Si algo tenía claro Ayla era que, al menos en su caso, era amor verdadero, no la idealización irreal de un precioso amor de juventud.

Ayla escuchó el ruido que siempre hacía el ascensor de su edificio al parar en su piso. Comprobó por la mirilla que fuera Kamal quien subía, y

que lo hacía solo —al fin y al cabo, Ayla solo iba *vestida* con unas braguitas y una camiseta corta—, y le abrió la puerta con una sonrisa gigante pintada en los labios. Porque era él, por supuesto, pero también porque reconoció enseguida los paquetes que traía en los brazos.

—¿Y todo esto? —lo saludó con esas palabras y, a continuación, con un beso lleno de pasión y ganas.

—Habrá que celebrar el final de la temporada, ¿no? —Kamal dejó los paquetes de dulces sobre la encimera de la cocina-salón y aclaró—: Y muchas otras cosas.

—¿Puedo ver lo que hay ahí?

—Solo si haces café para acompañarlo.

Ayla era una clásica en el café. A pesar de que el apartamento estaba equipado con una máquina de cápsulas muy moderna, ella seguía prefiriendo preparar el café a la manera turca, así que puso la cafetera al fuego. Abrió los paquetes con impaciencia, lo que hizo que a Kamal se le dibujara una sonrisa, ya que parecía una niña pequeña ante un paquete de gominolas. En aquellos paquetes encontró una cantidad indecente de *baklava*, dos porciones de tarta de fresas y un paquete de nubes de azúcar cubiertas de chocolate negro.

—Veo que no has olvidado lo golosa que soy —se burló Ayla de sí misma.

—No he olvidado nada, Ayla. —Kamal la miró con una intensidad que a ella amenazó con derribarla—. Ni una sola cosa.

Esa frase tan parecida a una declaración de amor prendió la mecha de los instintos. Tardaron menos de diez segundos en estar desnudos. Menos de diez minutos en correrse entre jadeos y gemidos, en una coreografía que empezaban a saberse de memoria y, al mismo tiempo, tenían claro que jamás los cansaría. Follaron como dos personas que se desean con todos los poros de la piel, pero, si alguien los hubiera visto, se habría dado cuenta de que aquello se parecía en realidad más a hacer el amor.

—No te creas que has conseguido distraerme del hecho de que hay tres cajas llenas de dulces a solo un metro de nosotros.

—¿En serio no he conseguido distraerte? —le preguntó Kamal con tono burlón.

—Quizá solo un poquito.

Entre risas, sirvieron los cafés y se pelearon por cada pedazo de dulce, aunque Kamal en realidad no era nada goloso y lo hacía solo por fastidiar a Ayla. Ella ni siquiera se daba cuenta, porque estaba demasiado extasiada por lo doméstico de aquella escena, por la familiaridad que desprendían en cada uno de sus movimientos. Quizá esa era una de esas cosas, como leer o montar en bicicleta, que se aprenden muy jóvenes y

nunca se olvidan. Solo eso podía explicar que Ayla, que llevaba más de una década viviendo sola y disfrutando de su independencia, sintiera que Kamal encajaba de forma perfecta en aquel salón-cocina, casi como si llevara allí toda la vida. Tal vez, en cierto modo, era porque siempre había estado con ella. Lo mejor de todo era que a ninguno de los dos parecía molestarles esa apariencia de cotidianidad.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —le preguntó Ayla cuando acabaron de fregar los platos del desayuno.

—¿La verdad? —Kamal soltó carcajada algo nasal—. Estoy tan agobiado pensando en todas las fiestas, eventos y mierdas que nos esperan en cuanto empiece la promoción de la serie que lo único que me apetece estos días es tirarme en el sofá y ver la tele. ¿Me estaré haciendo viejo?

—Es probable. —Ayla se rio y él le dio un golpe cariñoso en el hombro—. Pero tu plan me parece un planazo.

Habían desayunado como auténticos animales hambrientos, pero eso no impidió que con una sola mirada firmaran el pacto tácito de preparar unas palomitas con sabor a mantequilla. Siempre les había gustado comerlas mientras veían una buena película, y la discusión que mantenían sobre qué les apetecía elegir en Netflix —Kamal optaba por alguna película del Hollywood clásico; Ayla prefería alguna comedia francesa— auguraba que acabarían disfrutando de una sesión doble de cine.

Cuando el microondas anunció que las palomitas ya estaban listas y ellos se acurrucaron muy juntos en el sofá, no tenían ni idea de que sus vidas estaban a punto de saltar por los aires. Ojalá no hubiera sido necesario encender el televisor para conectar la plataforma de cine en *streaming*. Ojalá la vida les hubiera concedido al menos esa tregua.

En cuanto el televisor se conectó, una foto de ambos, acompañada por un gran rótulo que rezaba «Kamal Aydin y Ayla Erdem, juntos de nuevo», presidió la gran pantalla de cuarenta y dos pulgadas. Tardaron unos segundos en registrar lo que estaban viendo. De hecho, las carcajadas que emitían por sabe Dios qué comentario anterior se fueron apagando poco a poco, interrumpidas por un silencio que enseguida se convirtió en grotesco.

Kamal cogió el mando con brusquedad y cambió de canal. Allí también estaban ellos. En la televisión pública, también. En un par de canales internacionales... lo mismo. En los canales de televisión más consagrados al cotilleo, había debates en los que participaban periodistas de corazón, antiguos actores fracasados con los que habían coincidido en alguna producción al comienzo de su carrera y hasta un par de vecinos de aquella urbanización de las afueras de Estambul a la que un día se habían mudado buscando privacidad.

Todo lo que en Kamal era un frenesí de cambios de canal e imprecaciones malsonantes, en Ayla era parálisis. No tenía ni idea de cómo

podía haber sucedido aquello ni de las repercusiones que traería en el futuro; quizá, si lo pensaba, lo único que sería capaz de hacer sería correr a su dormitorio, meterse en la cama y refugiarse bajo el edredón nórdico hasta que pasara la tormenta, es decir, unos seis o siete años.

Al fin, después de un tiempo indeterminado, que pudieron ser diez segundos, diez minutos o diez horas, fue capaz de verbalizar algo:

—Lo saben todo... —susurró, aunque Kamal no mostró signos de haberla escuchado.

Pero es que sí lo sabían todo. La primera noticia que daban era el regreso de Ayla Erdem a Turquía y al mundo de la interpretación; eso era lo de menos, al fin y al cabo la productora estaba a punto de comunicarlo y podría haber una filtración en cualquier momento. Esa noticia se ilustraba con imágenes de anteriores series en las que habían participado juntos cuando eran mucho más jóvenes.

La segunda noticia era que reaparecerían juntos en una nueva serie titulada *Enamorada de mi enemigo*. Otro mal menor, sin duda. Nada que añadir a lo que pronto iba a ser público. Había algunas imágenes de mala calidad tomadas en diferentes momentos del rodaje de la primera temporada, posiblemente filtradas por algún miembro del equipo.

El problema llegaba con la tercera noticia, que no era otra que la relación entre ellos. Aquel secreto que creían haber mantenido cerrado con

siete llaves. Aquella confidencia que no le habían hecho a una sola persona en el mundo. Aquello que tanto habrían deseado que quedara para siempre entre los dos. Lo peor no eran los titulares:

¡La pareja perfecta ha vuelto!

Kamal y Ayla: ¡volvemos a creer en el amor!

Una historia de amor hecha realidad

El regreso más esperado de la historia de la televisión

No. Nada de eso era lo peor. Tampoco las opiniones que un montón de periodistas y colaboradores se atrevían a sostener. Que Kamal se había rendido diez años después de que ella le rompiera el corazón. Que Ayla había regresado corriendo a los brazos de su primer amor. Incluso había apuestas sobre cuánto durarían esta vez; nadie creía que más de un año.

Y aun así... no era lo peor.

Lo peor eran las imágenes que ilustraban aquellos debates, aquellas piezas informativas que se clavaban en el corazón de Kamal y Ayla. Había fotos de ellos dos en la Capadocia, en aquellos días en que creían estar a salvo del mundo. También imágenes de aquellas tardes en que paseaban por Estambul refugiados tras unas gafas de sol y una gorra de béisbol. *Selfies* que se tomaron cuando ya estaban muertos de amor, pero aún no se atrevían a reconocerlo. Imágenes que siempre creyeron que serían para ellos, que nadie más vería, que serían solo el testimonio de un amor que no era

perfecto, como se empeñaban en contar en la televisión, pero sí era suyo. Y era el más bonito del mundo.

Ayla lloraba. Kamal rechinaba la mandíbula con una fuerza tal que era extraño que aún no le hubiera saltado por los aires alguna muela. No eran capaces de comunicarse, de buscar consuelo uno en el otro, quizá por el *shock* o quizá...

Cuando Kamal giró la cabeza hacia Ayla, con una lentitud que parecía propia de una película de intriga, y ella vio su mirada, entendió que la pesadilla no había hecho más que empezar. Solo una vez en su vida había visto aquella expresión en la mirada de Kamal: fue en un hotel de Los Ángeles, más de diez años atrás.

20

Kamal la miraba con odio. Con una expresión insondable que Ayla no alcanzaba a comprender, pero él sí. Él comprendía muy bien lo que había ocurrido. Vaya si lo hacía.

—Y pensar que estaba a punto de volver a confiar en ti... —Se volvió hacia Ayla y ni siquiera la cara de incompreensión de ella lo detuvo—. ¡Que ya confiaba, joder! ¡¿Cómo he podido ser tan estúpido?!

—¿Qué...? ¿De qué estás hablando, Kam? —acertó a decir ella, aunque el tartamudeo nervioso con el que habló no hizo otra cosa que enfurecer más a Kamal.

—¡¡No vuelvas a llamarme Kam en tu puta vida!! —Ayla estaba a punto de levantarse para quedar a su altura y que la discusión fuera un poco más justa, pero el grito de él tuvo el efecto de dejarla sentada—. Me estaba enamorando de ti de nuevo, Ayla, ¿te lo puedes creer? ¡Puede que incluso lo estuviera ya!

—Pero Kamal...

—Se me había olvidado la capacidad que tienes para traicionarme. Hace diez años me diste la mejor prueba de ello y ahora...

Kamal se llevó las manos a la cara y pinzó con dos dedos el puente de su nariz, a ver si así conseguía hacer retroceder el terrible dolor de cabeza que se le estaba levantando. Necesitaba gritar. Lo necesitaba más que nada en el mundo porque sabía demasiado bien lo que vendría después. Tras la furia... la desolación. Así había sido una década atrás, cuando odió a Ayla durante días, semanas, meses; cuando habló mal de ella a todo el que quisiera escucharlo; cuando quemó sus fotos, tiró sus cartas, rompió los DVD de las películas de ella. Fue una época dura, pero la peor estaba por llegar. La peor fue la de la pena, que llegó cuando al fin la furia se aplacó. Ahí aparecieron las noches sin dormir, las lágrimas, la pena de imaginarla lejos, el dolor lacerante de echarla de menos a cada instante, buscarla en Google solo para ver una foto suya, un fotograma de sus películas, llorarla.

Ahora volvía a quererla. Se arrepentía un poco de habérselo dicho, porque consideraba que no merecía oírlo, pero era una verdad como un templo de grande. Como Santa Sofía, por ejemplo. Y sabía que lo que en las últimas semanas había sido felicidad se convertiría en dolor cuando la ira que sentía dejara de nublarlo todo.

—¿Ahora... qué?

—Ya puedes dejar de disimular, Ayla. —Kamal soltó una carcajada amarga—. Ya está en todas las televisiones, tu objetivo está conseguido.

—¿Pero qué objetivo, Kamal?! —Ayla al fin reaccionó—. ¿Crees que yo he vendido nuestra historia? ¿Crees que he vendido nuestras fotos?!

—Todas salen de tu móvil, Ayla. Si no has sido tú..., habrá sido alguna amiga o alguien de tu familia... Ah, perdona, olvidaba que no tienes nada de eso. —Kamal se arrepintió de haber sido cruel casi al instante, pero estaba en ese globo de ira en que ni se piensa en el daño que pueden hacer las palabras—. ¿Cómo pueden haber llegado a la televisión entonces?

—Pero ¿por qué querría yo sacar esto a la luz?! —Ayla tomó aliento; aún le costaba creerse que aquel día que había empezado de una forma tan idílica se hubiera convertido en semejante pesadilla—. ¡Si sabes que llevo meses agobiada con la idea de volver a salir en prensa!!

—Bueno, Ayla... —El tono sarcástico de Kamal la hizo estremecer—. En la prensa ya sabías que ibas a salir en cuanto se estrenara la serie y... ¿qué mejor forma de hacerlo que de la mano del actor más popular de Turquía, no?

—Me encanta actuar, Kamal —Ayla empezó a hablar con tono sosegado. Si Kamal decidía perder la compostura, ese era su problema; ella no lo haría, aunque dentro de su pecho hubiera un volcán de emociones que no explotaría en lava, sino en lágrimas—. Sabes mejor que nadie que la actuación, el cine, la televisión... son mi vida. Pero me habrás oído decir millones de veces que ojalá esta profesión fuera como cualquier otra, que

no trae aparejado el peaje de la fama. ¿Cómo puedes pensar que precisamente yo podría desear esto que está pasando?

—Nunca has podido soportar perder la fama que un día tuviste. — Kamal sacudió la cabeza; ni siquiera la escuchaba del todo, porque él ya se había hecho la composición mental de lo que había pasado y se sentía tan traicionado que no tenía ni la menor intención de recular—. Enhorabuena, Ayla. Ya vuelves a ser la actriz más popular de Turquía y ya vuelves a ser la mitad de la pareja perfecta.

—¿Y quién me dice a mí que no has sido tú el que ha vendido esta historia? —Ayla se envalentonó; algo había aprendido sobre autodefensa emocional en los últimos años y, aunque tenía el corazón roto en un millón de pedazos, no pensaba dejar que Kamal fuera el único en llevar la voz cantante en aquella discusión—. Yo te mandé esas fotos, no me digas que lo has olvidado. Hay las mismas posibilidades de que yo lo haya vendido como de que lo hayas hecho tú.

—¿Pero te has vuelto loca?! ¿Por qué coño querría yo que esto se supiera?

—No lo sé. Tal vez porque has dedicado los últimos diez años a construirte una carrera basada únicamente en el marketing y la popularidad. Eres un actor como la copa del pino, no creo que haga falta que yo te lo diga. Y, sin embargo, en los últimos diez años no has hecho ni una sola

película decente. ¿Y sabes por qué? Porque te alimentas de la popularidad que te dan los culebrones, de ser el hombre más deseado de Turquía y de que las mujeres caigan rendidas a tus pies.

—Debe de ser horrible tener un ego tan grande y acabar convertida en una más de esas mujeres que se sacan las bragas en cuanto me ven.

—Eres un cerdo, Kamal. Un cerdo y el único de nosotros dos que alguna vez ha tenido relación con la prensa del corazón, ¿sabes? Yo jamás les he dado una entrevista, jamás he pactado un posado robado, como hiciste tú con aquella modelo hace unos años... ¿Te cuento un secreto? Aunque hubiera querido vender nuestras fotos, no sabría a quién llamar. Pero estoy segura de que tú tienes unos cuantos teléfonos de periodistas en ese móvil tuyo que no deja de sonar, ¿verdad?

Kamal no supo qué responder, porque aquello que había dicho Ayla era verdad. Él siempre había sabido jugar con la prensa del corazón a su antojo: odiaba la persecución de los *paparazzi*, pero pactaba con ellos de vez en cuando unas fotos supuestamente robadas para que lo dejaran en paz; nunca había hecho un montaje (más que nada, porque con todas las mujeres con las que se le había relacionado a lo largo de los años... *sí* había pasado algo), pero sí se había dejado pillar más de una vez cuando veía que su popularidad bajaba; había dado entrevistas poniendo de vuelta y media a Ayla tras su ruptura y, después de aquello, no había año en que no

concediera alguna exclusiva sobre temas variados, con preciosas sesiones de fotos en el jardín de su mansión. Si era carne de prensa rosa —o amarilla—, qué menos que llevarse él una parte del pastel, ¿no?

Pero había algo que solo él sabía. Que no podía probar, pero tampoco lo necesitaba. Él no había vendido aquellas fotos de la Capadocia, los *selfies* paseando por Estambul ni la realidad de su historia de amor. Habría preferido arrancarse un brazo antes de dejar que su intimidad fuera carne de cotilleo, por mucho que en ocasiones anteriores sí hubiera dejado que fuera así. Pero es que aquellas otras mujeres no eran Ayla. A ellas jamás las habría llevado a su cabaña de la Capadocia, jamás les había abierto ni una rendija las puertas de su lugar favorito del mundo, de su corazón, de su alma... Por eso la traición dolía más. Por eso su cerebro había llegado a una conclusión irrefutable: él no había vendido su historia; nadie más la conocía, así que tenía que haber sido Ayla; Ayla lo había traicionado; Kamal jamás la perdonaría. La constatación de ese hecho, el tenerlo tan absolutamente claro, estuvo a punto de hacer que Kamal se derrumbara, pero... no. En aquel preciso momento necesitaba tener más fuerzas que nunca. Las necesitaría en las siguientes semanas para superar la traición de Ayla mientras se enfrentaba a las consecuencias que tendría en su rutina la persecución de la prensa. Así que cubrió su corazón con una coraza de hielo, se dirigió al taburete del dormitorio donde había dejado su

cazadora y reunió sus enseres personales con cuidado; no debía olvidarse nada porque no pensaba volver allí.

Ya desde la puerta, miró a Ayla por última vez. No quiso fijarse en las lágrimas que le caían a ella a borbotones de los ojos, porque aún la quería, quizá tardara mucho tiempo en dejar de quererla, y tenía miedo de que verla desolada lo hiciera dudar de una decisión que era la única posible. Solo quedaba decírla en voz alta:

—Me largo, Ayla. Nunca... jamás... en toda tu vida... vuelvas a acercarte a mí.

Y con aquel portazo final, el mundo de Ayla se volvió negro. Tan negro como un día había llegado a pensar que no volvería a ser.

21

Kamal no se lo había contado a Ayla —no se lo había contado a nadie, en realidad—, pero no había vuelto a beber después de aquella confesión de ella sobre sus adicciones. Aunque no pasaran todo el día juntos, le daba terror que ella detectara algún rastro de olor a alcohol en su aliento o su ropa y que eso despertara en Ayla viejos fantasmas, así que había dejado de comprar cervezas y vino para casa y, como tampoco había vuelto a salir de fiesta, llevaba casi un mes sin probar el alcohol.

Claro que eso había sido antes. Ahora, Kamal llevaba tres días borracho. Le había pegado duro al whisky, el vodka, el ron, la ginebra y, en un momento dado que prefería ni recordar, a un licor de cerezas dulces que guardaba en su mueble-bar sin tener ni idea de su procedencia.

La había perdido. No, eso podía soportarlo sin emborracharse; al fin y al cabo, ya lo había hecho una vez, ¿no? Ella lo había traicionado. Ni siquiera cuando lo dejó en aquel hotel de Los Ángeles, cuando se sacó aquel anillo de compromiso que él acabó tirando al Bósforo porque le recordaba el mayor fracaso de su vida... lo había traicionado de verdad. Él se había sentido traicionado, sí, pero ella lo único que había hecho fue

apostar todo por su carrera. Nunca en su vida se había sentido apuñalado por ella; solo abandonado.

Pero ahora todo había cambiado. Y Kamal, que se había pasado una década con el corazón envuelto en hielo, había cometido el mayor error de su vida: volver a abrirlo. Abrírselo precisamente a la mujer que se lo había roto en mil pedazos. No volvería a cometer ese error.

—¡Kamal! ¡¿Kamal?!

Kamal estaba tan anestesiado por el alcohol que tardó unos segundos en registrar que alguien lo estaba llamando. Llevaba tres días sentado en su sofá, desde el momento en que, ni siquiera recordaba cómo, había regresado a su mansión después de salir para siempre del piso y de la vida de Ayla. No se había cambiado de ropa ni duchado ni dormido más que los ratos en que se quedaba adormilado con la cabeza sobre el respaldo del sofá. Debía de apestar, aparte de tener un dolor de cabeza y un revoltijo de estómago del que sería más consciente cuando recuperara un poco la sobriedad, algo que no tenía pensado.

—Kamal, joder, pero... ¿qué cojones te pasa?

El que acababa de aparecer en su salón era Murat, su representante, del que no sabía nada desde hacía tres días. Bueno, en realidad hacía tres días que no sabía nada de nadie, porque había apagado el móvil al mismo tiempo que sus sentimientos y había descolgado el teléfono de su casa la

tercera vez que lo oyó sonar. También había escuchado el timbre un par de veces, pero tampoco a eso le había hecho caso.

—No me pillas en muy buen momento, Murat —le dijo Kamal en cuanto consiguió centrarse un poco. La borrachera empezaba a quedar en un segundo plano y la resaca ya se veía venir.

—Vaya fiesta te has pegado, eh —le dijo su representante, con tono burlón, mientras echaba un vistazo al despliegue de botellas vacías que poblaba la enorme mesa de centro.

«Qué ojo tienes, amigo», pensó Kamal. *Fiesta* sería justo el último término que él habría utilizado para referirse a sus últimas setenta y dos horas.

—Bueno, y... ¿qué te trae por aquí? —le preguntó Kamal mientras se levantaba con un ligero tambaleo, pero también con la clara intención de acompañar a Murat a la puerta. No tenía ninguna gana de compañía.

—¡No me digas que no te lo imaginas!

—Ya... —Kamal no había querido encender el televisor ni ningún otro medio de comunicación; la idea de ver como noticia de portada aquello que le había destrozado el corazón lo aterraba.

—No hace falta que me des las gracias por ello. —Murat se carcajeó y Kamal frunció el ceño. Aquella ironía de su representante...—. Tampoco hace falta que me des las gracias por la nueva negociación de tu contrato.

—Me temo que estoy un poco... *bastante* borracho aún, Murat. Y no te estoy pillando.

—He llamado a la productora y he renegociado tu contrato. ¿Recuerdas que, cuando Ayla se incorporó a la producción, te conseguí el doble de lo que cobras habitualmente?

—Emmmm... sí.

—¿Qué te parecería cobrar el doble la temporada que viene?

—O sea, lo mismo.

—Pues sí que es verdad que estás lento. ¡El doble del doble, Kam... al! —Hacía ya muchos años que Kamal había prohibido a todo el mundo llamarlo *Kam*, así que Murat estuvo rápido para corregirse—. ¿No vas a ofrecerme al menos una cerveza en agradecimiento?

—No hasta que no sepa la razón de esa renegociación de contrato.

—Kamal, de repente, ya no estaba borracho. El alcohol quizá no se había esfumado de su sangre, pero sí de su cerebro. Ni siquiera tenía resaca. Quizá era el estado de alerta instintivo al ser humano; Kamal intuía una amenaza y se sentía más despierto que en toda su vida—. ¿Qué ha pasado, Murat?

—¿De veras no lo intuyes? —Su representante esbozó una sonrisa sarcástica que a Kamal lo hizo estremecer—. ¿Es que no has visto las noticias en los últimos tres días? Porque te adelanto que eres *trending topic*

nacional y que has ocupado más horas de televisión en esta semana que en toda tu puta vida.

—Sí, sé lo que ha salido a la luz...

—Lo que «ha salido» a la luz, no... Lo que *yo* he sacado a la luz, Kamal. Repito: de nada.

—¿Qué? —Kamal interrumpió las carcajadas con que había acabado Murat su confesión. Esa confesión que, cuando Kamal acabara de asimilar del todo, destrozaría su vida. Aún no entendía. Aún no—. ¿Cómo?

—¿Cómo lo hice? —Murat volvió a carcajearse y Kamal sintió la bilis subiendo a su garganta—. ¿Es que te olvidas de que hace años que me diste acceso a tu carpeta de fotos del ordenador porque te daba pereza subir cosas a redes sociales?

—Me cago en mi alma...

—Pues qué sorpresa cuando me encontré allí unas fotos de la cachondita de Ayla y tú en... ¿qué era eso? ¿La Capadocia? —Kamal no sabía qué lo estaba poniendo más enfermo de toda esa frase: si que Murat hubiera adivinado que la Capadocia era su refugio, que él mismo hubiera olvidado que un día le había dado acceso a su ordenador o que se atreviera a hablar en ese tono de Ayla. Aunque, en realidad, no era nada de eso. Lo que de verdad lo estaba matando era empezar a asimilar su error; asumir que

había cometido el peor error de su vida—. Podías haber tenido el detalle de contármelo. Quizá podría haberos conseguido una exclusiva en...

Kamal no pudo seguir escuchando. No pudo, simplemente. Ni siquiera supo qué parte de su cuerpo, si el corazón, el cerebro o el alma, le dio la orden a su brazo para elevarse, echarse hacia atrás y emitir un puñetazo con la mayor fuerza que recordaba. Alguna vez se había metido en peleas en esas fiestas nocturnas que de vez en cuando se descontrolaban, pero rara vez había hecho más que poner un ojo algo morado a un contrincante. Pero aquella vez no. En aquel salón tan lujoso, supo al primer impacto que le había roto la nariz a su representante; al que había considerado casi un amigo hasta unos minutos antes. Lo que no supo es que él se había roto un dedo de la mano; tardaría aún unos días en darse cuenta de que aquello era algo más que un moratón. Así que siguió golpeando. Más. Y más. Hasta que la cara de Murat se convirtió en una masa sanguinolenta y Kamal se dio cuenta de que, si se dejaba llevar por el instinto, acabaría en una prisión de máxima seguridad. Así que comprobó que Murat no tenía más daños que los que mostraba su cara y le dirigió las que esperaba que fueran las últimas palabras que intercambiaran en toda su vida:

—Sal de mi casa. Sal de mi casa y ve a que te curen, que falta te hace. —Resopló—. Me voy a encargar de que los mejores abogados del

país te hagan caer con todo el equipo y de que toda la profesión sepa que eres alguien de quien no pueden fiarse. Espero que hayas ahorrado ese veinte por ciento de todos mis ingresos que llevo años regalándote porque no creo que vuelvas a tener trabajo en Turquía en tu puta vida.

—Te vas a arrepentir de esto, Kamal.

Kamal le habría respondido que no si tuviera la menor intención de volver a dirigirle la palabra a aquel desecho humano, pero se limitó a callar y a comprobar que Murat salía de su casa, dejando un reguero de sangre desde el salón hasta la acera. Regresó dentro sin conseguir sacarse de la cabeza la respuesta mental que le habría dado a Murat: no se iba a arrepentir de pegarle en su vida, ni aunque tuviera que pagarle una indemnización millonaria, aunque lucharía hasta la extenuación porque aquel hijo de puta no volviera a ver una lira suya. Pero no podía arrepentirse porque toda la capacidad de arrepentimiento que tenía Kamal en su cuerpo estaba centrada en lamentar el desastre que había provocado con Ayla.

¡Ayla!

Tenía que verla. Lo necesitaba. Haría lo que fuera para conseguir su perdón. Se arrodillaría, suplicaría y le prometería la Luna si eso era lo que ella deseaba. La conocía y sabía que le había hecho un daño irreparable, pero... si podía hacer algo para solucionarlo, estaba dispuesto a dar lo que fuera de sí mismo.

Corrió a la ducha, más consciente que nunca al pensar en Ayla de su asqueroso olor corporal, y se vistió con lo primero que encontró: unos vaqueros, una camiseta gris y una camisa de cuadros desabrochada por encima. No olvidó ni sus gafas de sol ni su gorra porque imaginaba la locura que debía de haberse desatado en la ciudad en la persecución de los protagonistas de aquella que parecía ser «la noticia del siglo». Por suerte, su urbanización contaba con un sistema de seguridad que impedía la entrada de la prensa, así que debía centrarse en que no lo reconocieran al salir. Para ello, cogió su viejo 4x4 y aceleró sin recordar siquiera que, apenas una hora antes, estaba borracho. Seguro que si unos policías lo paraban no estarían de acuerdo con él, pero Kamal jamás se había sentido más capacitado para conducir que en ese momento.

Recorrió las calles de la ciudad con agilidad y premura. El tráfico estaba enloquecido aquella mañana, así que tardó un poco más de lo necesario en llegar al barrio de Ayla. Por supuesto, Kamal se desesperó durante ese tiempo y ni siquiera la música, que siempre lograba calmarlo, pudo conseguir ese objetivo. Como en una especie de compensación kármica, encontró un sitio para aparcar en la misma calle de Ayla a la primera. Comprobó que no hubiera prensa en los alrededores —Ayla había logrado mantener en secreto su lugar de residencia y parecía que los *paparazzi* aún no lo habían descubierto— y corrió hacia su portal. Tuvo de

nuevo suerte y una anciana salía justo en el momento en que él entraba, así que se ahorró la escenita de tener que suplicar a un portero automático. Subió las escaleras de dos en dos, dejándose el aliento en cada rellano y aporreó el timbre hasta que estuvo a punto de darle calambre.

—¡Ayla! Ayla, ábreme, por favor. Ayla... —suplicó a una puerta de madera muda.

—¿Buscas a la chica guapa que vive aquí? —Habían pasado diez minutos cuando un vecino de mediana edad asomó la cabeza por la puerta de enfrente—. Se ha marchado. La inmobiliaria me ha encargado de dejar las llaves a quienes vengan a ver el piso.

—¿Qué?

—Que se ha ido.

Kamal ni siquiera se despidió de aquel hombre que había sido amable con él. Bajó las escaleras a un ritmo muy inferior al del ascenso. Era un hombre derrotado. Estaba enamorado de Ayla, estaba loco por pedirle perdón..., pero no sabía nada de ella. No tenía la menor idea de dónde podría encontrarla. Ella no tenía amigas ni familia —como él, con crueldad, se había encargado de recordarle unos días atrás—, no tenía una sola casa en propiedad... ¿Dónde podría dar con ella?

Kamal se sintió mareado en cuanto llegó a la calle. Decidió entrar en un bar para tomarse un café, a ver si así conseguía que le subiera un poco la

tensión, que debía de tener completamente desequilibrada por todas las emociones y los excesos de los últimos tres días. Nadie pareció reconocerlo en aquel local antiguo poblado por personas trabajadoras que estaban más pendientes de sus consumiciones que de la presencia de incógnito de un actor estrellado.

Cuando parecía que las cosas no podían ir a peor, elevó la cabeza de su café y se encontró en el televisor del local con la imagen a pantalla completa de Ayla. De *su* Ayla. Del jodido amor de su vida a la que había perdido por comportarse como un completo imbécil. Estaba tan bonita en aquella fotografía que Kamal tardó unos segundos en darse cuenta de lo que decía el rótulo de la parte baja de la pantalla.

—Joder... —siseó Kamal cuando lo leyó.

«Ayla Erdem abandona de forma indefinida la televisión... otra vez». Ignoró el sarcasmo del titular y se centró en las palabras de la presentadora de aquel espacio. La hora del café en unas oficinas cercanas se había acabado y apenas había gente ya en aquella cafetería, así que Kamal se atrevió a pedirle al camarero que subiera un poco el volumen y... escuchó:

—La conocida actriz Ayla Erdem, cuya reaparición en la televisión turca conocimos hace apenas unos días —comenzó la presentadora— ha enviado en la mañana de hoy un comunicado a todos los medios

informativos para anunciar su retirada de la profesión. Pasamos a leérselo de forma íntegra: «Tras las informaciones aparecidas en los últimos días en diferentes medios de comunicación sobre mi regreso a la actuación, me gustaría confirmar que, efectivamente, en las últimas siete semanas he estado rodando la primera temporada de una nueva serie titulada *Enamorada de mi enemigo*. En los próximos días, esta noticia iba a anunciarse por parte de la productora Turkish Stars TV, por lo que la filtración a los medios no es algo que me haya sorprendido.

»Sin embargo, de nuevo he comprobado en estos tres últimos días, que el respeto hacia la vida privada de actores y actrices sigue brillando por su ausencia en este mi querido país. Y es por ello que, a pesar de que la actuación siempre ha sido y siempre será mi vida, prefiero volver a mantenerme alejada de ella. Los últimos cinco años, desde que mi carrera en Estados Unidos se acabó, he vivido tranquila y puede que hasta feliz. No pienso poner en riesgo eso porque unas cuantas personas estén más preocupadas por quién duerme o deja de dormir conmigo que por mi trabajo.

»Cuando este comunicado llegue a los medios informativos, yo ya no estaré en el país. He comunicado a Turkish Stars TV mi eterno agradecimiento por la confianza depositada en mí para este proyecto y hago extensivo ese agradecimiento a todos los miembros del equipo de rodaje, de

quienes me habría encantado despedirme en persona y en condiciones más agradables. Les ruego que no me busquen porque me temo que será tiempo perdido para ustedes y porque creo que cualquier persona se merece disfrutar de un espacio privado para su libertad y su autonomía.

»Atentamente,

»Ayla Erdem.

Kamal se quedó paralizado. Salió a la calle y, cuando consiguió llegar a su coche, se preguntó si había llegado a pagar su café. Había salido del local como un autómatas y ya no estaba seguro de nada.

Ayla se había ido. Había dejado muy claro en ese comunicado a la prensa que se iba a marchar de Turquía y que sería imposible encontrarla. No tenía ninguna duda de que buscaba protegerse así de la persecución de los *paparazzi*, pero también sentía que, en cierto modo, esa frase se dirigía a él. Si Kamal hubiera tenido alguna duda de que había perdido a Ayla, aquel comunicado era la puntilla definitiva. O lo parecía.

Porque en una calle anodina del barrio asiático de Estambul, en un coche viejo que cumplía su función de aislarlo del mundo, en la que iba camino de convertirse en la peor mañana de toda su vida..., Kamal Aydin tomó una decisión: ya estaba bien de volverse loco, ya estaba bien de torturarse, ya estaba bien de llorar. Su vida, desde ese momento, solo tenía un objetivo: encontrar a Ayla. Y pensaba hacerlo. Aunque tuviera que

recorrer con sus propios pies todos y cada uno de los centímetros cuadrados del planeta Tierra.

Ayla estuvo a punto de no reconocerse al encontrarse de frente con su reflejo en el escaparate de una tienda de móviles. Ese pensamiento la hizo sonreír, porque ese había sido justo su objetivo al cortarse el pelo — con un estilo *pixie* algo pasado de moda, aunque muy estiloso— y al teñírselo de rosa pastel. Que nadie, ni ella misma, pudiera reconocerla.

Los músculos de la cara le dolieron al esbozar aquella sonrisa. Era muy probable que fuera la primera en tres semanas, desde aquella mañana preciosa que había pasado con Kamal antes de que el mundo se fuera a la mierda. Entonces había sonreído mucho, sí, lo recordaba, aunque por momentos le parecía que toda aquella felicidad había ocurrido en una vida anterior. En el transcurso de unos diez segundos, los que tarda la tele en encenderse y quienes la observan en entender lo que están viendo, su vida había saltado por los aires.

Aquella tarde de noviembre estaba siendo una bonita tregua dentro de unas semanas tan duras que a veces estaba tentada a decir que habían sido las más duras de su vida, aunque... había tanto donde elegir en su pasado que probablemente no fuera verdad. El sol había salido y eso era toda una novedad en medio de un otoño londinense.

Sí, Ayla había vuelto a Londres, la ciudad en la que un día se perdió para encontrarse. Y cruzaba los dedos para que la receta no hubiera caducado y pudiera volver a reinventarse en un lugar que conocía bien y que le había servido de terapia cuando las adicciones la habían colocado en un abismo del que tal vez habría salido muerta si no hubiera escogido esa opción de resguardarse en una de las ciudades más grandes del mundo.

En aquella ocasión, más de cinco años atrás, tenía que recuperarse de un cuerpo maltrecho y una carrera profesional arruinada; era difícil salir adelante, pero lo consiguió. Ahora, convertida en una mujer muy diferente, tenía que sobrevivir de nuevo al desastre de su carrera y a algo mucho peor: a un corazón roto.

Ayla era incapaz de dormir sin dar vueltas y más vueltas a aquella última discusión con Kamal, a aquellos gritos que él le había dirigido, a los reproches más injustos que había recibido en toda su vida. Durante años, se había acostumbrado, aunque llena de dolor, al desprecio de Kamal por algo que ella *sí* había hecho: dejarlo, abandonarlo, poner su carrera por delante de él. Había tenido que leer declaraciones horribles de quien había sido el gran amor de su vida, acusándola de ser una mujer sin corazón que había destrozado el suyo. Pero ni siquiera aquello era peor que revivir en su cabeza una y otra vez el momento en que, mientras su preciosa relación secreta era diseccionada en directo por todos los cotillas de Turquía, Kamal

la acusaba de haber provocado precisamente aquello. ¿Es que no la conocía nada? Para nadie era peor aquella intrusión en su intimidad que para ella, que tenía mucho más que perder.

Covent Garden estaba precioso aquella tarde. Ayla solo había paseado por allí un par de veces desde su llegada a Londres. Había pasado la primera semana anestesiada, encerrada en un apartamento turístico de la zona de Chelsea que había alquilado después de una búsqueda rápida el mismo día en que decidió dejarlo todo atrás y regresar al único lugar en la Tierra que consideraba un refugio. El primer día que se atrevió a salir a la calle, confiando en no cruzarse con ningún compatriota que pudiera reconocerla, se hizo aquel cambio de *look* tan radical con el que esperaba pasar desapercibida hasta que las aguas se calmaran. Y desde entonces había intentado ver la ciudad con ojos de turista: había visitado el British Museum y el Museo de Historia Natural, se había perdido en una mañana nublada en Hyde Park y había dedicado una tarde entera a conocer los misterios que encerraba la Torre de Londres.

A diferencia de lo que ocurría en su estancia anterior en la ciudad, el dinero no era un problema. Tendría que buscar un trabajo, claro, y dado que lo único que sabía hacer era actuar y no pensaba volver a hacerlo... tendría de nuevo que servir cafés, hacer hamburguesas o doblar ropa. Ya lo había hecho una vez, después de saborear las mieles más lujosas de Hollywood,

además, así que no se le caerían los anillos por repetir. Pero antes tenía que curarse. Esperar que su corazón dejara de sangrar, por más que supiera que las cicatrices seguirían ahí durante años. Entonces, buscaría un trabajo, un apartamento más económico y... reiniciaría su vida. Otra vez. Lo había hecho en tantas ocasiones que conocía el mecanismo, por más que cada una resultara más dura que la anterior.

Los días eran cada vez más cortos según se iba acercando el invierno. A diferencia de Estambul, Londres no era una ciudad que destacara por su luz. Los londinenses empezaron a retirarse a sus casas y los turistas buscaron refugio en los muchos cafés que circundaban la plaza de Covent Garden. Y Ayla se perdió en el interior del Apple Market, uno de sus edificios favoritos de la ciudad, en el que recordaba haber pasado muchas horas en su estancia anterior en la capital británica.

Iba ensimismada, pensando en el giro tan radical y dramático que había dado su vida en las últimas semanas; cuando alzó la vista al frente, creyó que sus pupilas la estaban traicionando. Un hombre que se apoyaba en la barandilla de metal de las escaleras se le había parecido tanto a Kamal que por un momento pensó que... No, no podía ser. Tuvo que armarse de valor para atreverse a dirigir de nuevo la mirada en su dirección y entonces se dio cuenta de que sus ojos no le habían fallado; ni tampoco su corazón.

Allí, con una media sonrisa tímida y una caja de color verde menta entre las manos, estaba Kamal Aydin.

Kamal Aydin. El amor de su vida. El hombre al que debería odiar por haberla tratado tan mal en su última mañana juntos, pero al que no había sido capaz de arrancar de su corazón. El hombre que la había conocido cuando solo era una niña llena de sueños y que la había rescatado con un viaje improvisado a la Capadocia cuando los fantasmas del pasado habían amenazado con destrozarla.

—Ayla... —Su nombre sonó a susurro en la voz de él. A susurro dulce y emocionado.

—¡Kamal! —Ayla miró a su alrededor, como para comprobar que nadie los reconocía; esa era una costumbre de la que tardaría años en deshacerse—. ¿Qué estás...? ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Podemos... hablar en un lugar un poco más privado?

—Sí, claro. Ven conmigo.

Se perdieron entre las calles de Seven Dials hasta ir a parar a una especie de patio interior privado entre casas. Solo una pareja, un par de bancos más allá, compartía espacio con ellos, pero estaban tan perdidos entre besos y arrumacos que no habrían reparado en ellos ni aunque les hubieran salido dos cabezas.

—Te queda bien. —Kamal se atrevió a mirarla a los ojos por primera vez y Ayla se estremeció hasta el punto de que se le puso la piel de gallina; y no podía culpar al frío—. El pelo, digo. Me ha costado un poco reconocerte, pero... estás muy guapa.

—¿Qué estás haciendo aquí, Kamal? —Ayla, de repente, sintió un ramalazo de ira. Su corazón, desde hacía tres semanas, era un batiburrillo de emociones imposibles de diseccionar. Aún quería a Kamal, claro que lo hacía; probablemente lo querría siempre. Pero no podía perdonarle lo que le había hecho, que hubiera desconfiado de ella de esa manera, sin darle siquiera opción a defenderse—. ¿Cómo me has encontrado?

—Yo... la cagué, Ayla. La cagué por todo lo alto. No tengo vida para pedirte perdón por lo que...

—No, Kamal. No quiero escuchar eso ahora. —Ayla se pinzó con dos dedos el puente de la nariz; había un dolor de cabeza formándose y sabía que no tardaría en estallar—. Quiero saber cómo has dado conmigo porque es posible que, mientras nosotros estamos aquí hablando, un *paparazzi* esté escondido tras esos árboles y mañana mi refugio secreto ya no lo sea.

—No, no, Ayla, no te preocupes por eso. En Turquía todos los medios están convencidos de que has vuelto a Estados Unidos. Bueno..., eso dicen la mayoría de revistas y programas de corazón. La otra única

teoría que he escuchado en estas semanas es que sigues en el país, escondida en alguna parte. Nadie ha mencionado siquiera Londres. En ese sentido, puedes estar tranquila.

—Y entonces..., ¿cómo me has encontrado tú? —fue capaz de preguntar Ayla, ya con algo más de calma que cuando temía volver a verse en portada de las revistas de cotilleo.

—Porque yo te conozco. Y recuerdo lo que hablamos sobre tu vida en Londres cuando estuvimos en mi cabaña. Sé que esta ciudad es para ti un buen lugar en el que refugiarte cuando las cosas van mal e imaginé que sería aquí a donde habrías escapado.

—¿Y ha sido tan fácil dar conmigo en una ciudad de nueve millones de habitantes? —Ayla arqueó una ceja porque no acababa de fiarse de Kamal; y esa era una sensación extraña para ella porque, si había una persona en el mundo en la que siempre había confiado, esa persona era Kamal.

—No te creas. Llevo dos semanas y media intentándolo.

—¿Llevas dos semanas y media en Londres? —A Ayla se le disparó el pulso cardíaco. Que él se hubiera marchado de Turquía también, que llevara casi veinte días lejos de sus obligaciones profesionales, solo podía significar que ella seguía importándole. Ahora solo quedaba saber si ella sería capaz de perdonarlo.

—Sí. Recuerdo que me dijiste que Covent Garden era tu lugar favorito de la ciudad y decidí hacer guardia aquí cruzando los dedos para dar contigo. No te preocupes, salí de Turquía en coche y cogí un vuelo en Bulgaria con nombre falso. Lo último que querría en el mundo sería que la prensa me siguiera hasta aquí y destapara tu paradero. He intentado ser lo más cuidadoso posible. —Ayla se fijó en que llevaba sus gafas de sol incluso a pesar de que ya era noche cerrada y que no se había desprendido ni un segundo de su gorra de béisbol—. Hace unos días..., estoy seguro de que te vi. No te reconocí a la primera por el nuevo peinado y, luego, cuando me di cuenta de que una mujer tan preciosa solo podías ser tú... ya te habías esfumado.

—Kamal...

Ayla iba a suplicarle que no dijera esas cosas, que no coqueteara, que no hablara de sentimientos, porque entonces quizás ella tendría que reconocer que aún lo quería, que nunca dejaría de hacerlo, pero que aquellas palabras tan horribles que él le había dirigido seguían clavadas en su corazón como una estaca. Y lo habría hecho si un trueno no hubiera roto la calma de la última hora de la tarde y las primeras gotas de lluvia hubieran empezado a mojarlos.

—¿Quieres venir a mi apartamento? —le preguntó ella sin pensarlo demasiado—. No es una propuesta de... nada. Es que no me atrevo aún a

entrar en locales públicos, mucho menos si están tan llenos de turistas, como en esta zona. Aún... Aún vivo con pánico a que alguien me reconozca.

—No tienes que darme explicaciones, Ayla. Si tú me pides que vaya a tu apartamento, yo iré a tu apartamento. Punto.

Ella asintió y, entre carreras apresuradas para evitar acabar empapados, llegaron a la estación de metro de Covent Garden. Los vagones iban atestados de trabajadores que regresaban a sus casas y de turistas que se batían en retirada hacia sus hoteles, así que Ayla y Kamal no pudieron hablar porque ni siquiera se sentaron juntos. Ella le indicó con un gesto que la siguiente parada era la suya y recorrieron, también en silencio, los pocos pasos que separaban la parada de Knightsbridge del apartamento de una sola habitación de Ayla.

—Qué sitio tan bonito —reconoció Kamal.

—Bueno..., un apartamento turístico más, como hay mil en la ciudad. —Ayla resopló—. ¿Qué es lo que has venido a hacer aquí, Kamal? Ya me he cansado de jueguecitos.

—Antes de nada y por encima de cualquier otra cosa..., a pedirte perdón. No sé qué me pasó aquella mañana para sospechar de ti sin plantearme otra opción. Supongo que el *shock* de que nuestra historia hubiera salido a la luz unido a...

—A viejos rencores que hacen imposible que vuelvas a confiar en mí algún día.

—No creo que... —Kamal resopló—. No lo sé, puede que sí. Puede que nos reconciliáramos demasiado rápido después de tu reaparición y dentro de mí quedaran rencores sin resolver, aunque te aseguro que jamás he sido consciente de ello. No lo sé, Ayla, no quiero jugar a psicoanalizarme. Solo sé que te quería, que... te quiero. Sé que tendría que habértelo dicho antes y en otro contexto, pero es la pura verdad. Te quiero y pensaba que nadie más tenía acceso a esas fotos aparte de ti y de mí y me sentí tan traicionado que... Supongo que sumé dos más dos y estaba convencido de que daban cuatro.

—¿Has descubierto ya de dónde salió la traición? —Ayla sentía curiosidad y, además, no quería pensar demasiado en aquella declaración de amor tan inesperada de Kamal—. Mi apuesta es por alguien de la productora. Con todo el escándalo que se ha montado, imagino que el estreno de la serie será un éxito infinitamente mayor de lo esperado.

—Pues... casi. Pero fue Murat, mi agente. Hace muchos años le di acceso a una carpeta compartida de fotos en mi portátil para que se encargara de publicar cosas en mis redes sociales y lo había olvidado por completo. Esa fue la carpeta en la que metí las fotos cuando tú me las

pasaste, él las vio y las utilizó para negociar una subida de salario de cara a la segunda temporada para mí.

—Joder...

—Soy muy consciente de que no tengo vida para conseguir que llegues a perdonarme, Ayla. —Kamal esbozó una sonrisa tan triste que ella tuvo que apartar la vista para no rendirse a la primera—. Pero he pensado que quizá los dulces ayuden.

Él le entregó aquella caja de color verde que llevaba portando desde que se habían encontrado y ella la recibió con una sonrisa. Dentro había toda una variedad de dulces turcos, sus favoritos, con tantas variedades de *baklava* que podría haber sufrido un coma diabético si se decidiera a probarlas todas a la vez.

—Esto es... —Ayla habló con la boca llena—. ¡Está buenísimo! ¿De dónde lo has sacado?

—Hay una pastelería turca a dos calles del hostel en el que me estoy alojando, al sur del río. Deben de pensar que estoy mal de la cabeza, porque cada día compro una caja como esta con la esperanza de encontrarte.

—¿Y qué has hecho con ellos todos los días que no me has encontrado? Porque, si esto es lo que has estado cenando, pronto no te abrocharán los vaqueros.

—No, no. —Kamal rompió en una carcajada que tenía más de nervios que de humor—. Se los entrego a algún sintecho que me encuentre por el camino. Yo... no he estado comiendo demasiado últimamente, no te creas.

Ayla asintió y no supo qué más decir. Aquella conversación, como tantas otras que habían tenido en el pasado, demostraba que Kamal y ella se entendían, que eran capaces de tener una conversación relajada, incluso divertida, hasta en los peores momentos de sus vidas. Y se dio cuenta de algo... De algo que habría puesto en palabras si no fuera porque Kamal se le adelantó.

—Ayla, yo... querría saber si hay alguna posibilidad de que llegues a perdonarme. No quiero presionarte, por supuesto que no. —Kamal estaba nervioso al hablar, algo que no era habitual en él; había ensayado ese discurso durante horas en su cutre habitación de hostel, pero ahora que se enfrentaba al momento de la verdad... estaba aterrorizado—. Justo por eso quiero saberlo. Porque, si tienes claro que jamás me perdonarás, desapareceré de tu vida sin dejar rastro. No volveré a molestarte, te lo juro. Te quiero, ya te lo he dicho, y daría cualquier cosa por pasar el resto de mi vida a tu lado, pero... no soy un acosador. No te voy a perseguir si tú no quieres saber nada de mí, pero, si tienes la menor duda, si hay un mínimo

resquicio de que quizá puedas llegar a perdonarme, me quedaré en Londres el resto de mi vida si es necesario.

—¿No tienes que volver al trabajo en Estambul? —Eso fue lo único que se atrevió a preguntarle, porque lo que él había dicho era tan rotundo que no supo reaccionar de otra manera.

—El único trabajo que me importa en este momento es lo que acabo de decirte. Todo lo demás es secundario.

—Sí. —Ayla lo miró a los ojos y decidió ser sincera; decidió dar voz a aquellos pensamientos que habían cruzado su cabeza un rato antes—. Sí creo que seré capaz de perdonarte. No sé si me hará falta tiempo o alguna otra cosa. No... No esperaba encontrarte hoy en Covent Garden y supongo que aún estoy demasiado impresionada como para pensar con claridad.

—Sí, claro, es lógico. —Kamal se paseaba de un lado a otro del salón; tenía los nervios a flor de piel—. Pero ¿estás segura de que podrás perdonarme? ¿O prefieres que te deje unos días para pensártelo?

—No, eso sí lo tengo claro.

—¿Y puedo preguntarte por qué?

—Porque tú me perdonaste a mí, Kamal. Yo te rompí el corazón cuando me amabas con toda tu alma, destrocé nuestro proyecto vital y... Fuiste un poco cabrón cuando regresé, pero, en cuanto me viste perdida y en problemas, me metiste en un coche y compartiste conmigo tu refugio del

mundo. Me perdonaste de forma automática y eso no hace más que confirmar que eres el hombre con mejor corazón que he conocido en toda mi vida.

—No deberías decir eso después de las cosas que te dije la última vez que nos vimos. Pienso en ello y... me muero de vergüenza.

—Los dos dijimos cosas muy feas. Tú más que yo, es cierto. —Los dos se rieron, aunque había un deje de tristeza en aquel gesto—. Pero no me gustaría que una mañana horrible, un malentendido provocado por la ambición de esa rata de representante que tienes...

—*Tenía.*

—Bueno, pues eso... Que no creo que una historia como la nuestra se merezca acabar tan mal solo por unas cuantas frases horribles dichas en el momento de mayor tensión de nuestras vidas. Y yo a ti también te quiero, Kamal, y también siento no habértelo dicho antes, pero es que...

—¿Qué?

—Que me costaba creer que, después de cómo te dejé en Los Ángeles, pudieras volver a quererme.

—Nunca he dejado de hacerlo, Ayla —susurró Kamal, que se había acercado tanto a ella que lo único que separaba sus labios era un acto de valor—. Y creo que lo mejor que podríamos hacer a partir de este momento es guardarnos los errores del pasado. No olvidarlos, pero sí aprender de

ellos. Yo te perdoné lo que ocurrió hace diez años; si tú puedes perdonarme el terrible error que he cometido...

—¿Qué?

Kamal la miró. La miró con tanta intensidad que Ayla sintió que se mareaba. Él parecía a punto de decir algo trascendental y, sin embargo, hizo el último comentario que ella esperaba.

—No te has comido la nube.

—¿Qué? —Ayla frunció el ceño.

—No te has comido la nube de azúcar cubierta de chocolate. —
Kamal señaló con la barbilla hacia la caja de dulces.

—Pues... no.

—Hazlo, por favor.

Ayla se dirigió hacia la caja aún con su entrecejo reflejando todas las dudas que sentía. Buscó aquel dulce en concreto en medio de todos los que lo rodeaban y, al tocarlo, no solo sintió la textura del chocolate crujiente y la esponjosidad de la nube de azúcar. Había algo duro en medio. Había un anillo allí.

—No prometo que mi declaración sea tan buena como las de nuestros personajes en la serie, porque siempre se me ha dado mejor actuar que crear yo mis propias palabras, pero... —Kamal resopló e hincó una rodilla en el suelo de tarima flotante de aquel estudio de aspecto moderno

—. Te quiero, Ayla. Te he querido desde que era un niño y estoy seguro de que te querré hasta que sea un anciano. Un día te pedí que te casaras conmigo y la vida nos lo impidió, pero no deberíamos dejar pasar esta segunda oportunidad. Es casi un milagro que hayamos podido reencontrarnos cuando aún somos jóvenes y nos quedan todos los años del mundo para tenernos. Para querernos. Tenemos algo que perdonarnos el uno al otro y lo hemos hecho, y creo que eso solo puede significar que el destino quiere que nos amemos para siempre. Por eso, Ayla, ¿me harías el enorme honor de convertirte en mi esposa?

Ayla quiso decirle que sí, pero las palabras se convirtieron en un nudo de emoción en su garganta y solo fue capaz de asentir, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos como una catarata. Por supuesto que se casaría con él. Por supuesto que no había un sueño mayor en su vida que pasarla entera junto a él.

—No te voy a pedir que hables, Ayla, pero... —Kamal esbozó aquella sonrisa canalla que era marca de la casa—. ¿Podrías al menos besarme?

Y ella lo hizo. Vaya si lo hizo. Sus labios chocaron, sus lenguas se enredaron y sus pieles les recordaron que había una manera mejor que ninguna otra de sellar su compromiso: desnudos, entrelazados y prometiéndose la vida eterna entre jadeos y gemidos.

Epílogo

Cuatro años después

La revista de corazón más popular de Turquía les había ofrecido un cheque en blanco a cambio de la exclusiva de su boda. Un canal de televisión les había hecho llegar, a través de su nuevo representante común, una oferta con tantos ceros que hasta les había provocado un vahído. La productora con la que Kamal había rodado sus seis últimas telenovelas les había propuesto que celebrasen la boda en uno de sus estudios, con barra libre para realizar todas las modificaciones que desearan en cuanto a decoración, música y libertad para elegir a los invitados.

Pero no. Ni Kamal ni Ayla querían nada de eso.

Habían pasado más de cuatro años desde el día en que Kamal Aydin, el galán de la televisión turca, el conquistador con miles de muescas en su cabecero, el supuesto rompecorazones que en realidad tenía el suyo partido en mil pedazos, había hincado su rodilla en tierra para suplicarle a Ayla que pasara el resto de su vida con él. Y ellos no se habían casado, en parte por el revuelo que se había armado en su país cuando confirmaron —en una rueda de prensa con la que intentaron, sin demasiado éxito, que cesara la persecución de los *paparazzi*— que estaban juntos y comprometidos. Tanto

los habían agobiado, tantas ofertas habían recibido para celebrar la boda que les parecía ideal a otras personas, que decidieron olvidarse del tema por un tiempo.

Pero no era esa la razón principal por la que Kamal y Ayla no se habían casado aún. Es que en los últimos cuatro años... habían estado muy ocupados. Después del estreno de la primera temporada de *Enamorada de mi enemigo*, con un éxito rotundo y un fenómeno fan como pocas veces antes se había visto, se convirtieron en las dos personas más populares de su país. Todo lo que hacían era carne de medios de comunicación y, durante algunos meses, el agobio los devoró. Hasta que un día decidieron sentarse y hablar de cómo podrían conseguir unas vidas lo más normales posibles, a pesar de su popularidad:

—Por mi parte —dijo Kamal—, se acabaron las exclusivas y todo lo que tenga que ver con entrar en el juego de los programas de corazón. Tengo más experiencia en esto que tú, Ayla, y te aseguro que igual que ahora estamos muy de moda... dentro de un mes nos habrán olvidado.

—¿Y si no es así?

—Si no es así, nos iremos una temporada fuera.

Ayla asintió. Y ya no tuvieron demasiado tiempo para preocuparse de ello porque llegaron muchas más cuestiones con las que distraerse. La productora no dejaba de presionar a Ayla para que volviera a la serie; el

éxito de la primera temporada estaba siendo tan rotundo que todos querían asegurarse una segunda. Al final, llegaron a un acuerdo: Ayla seguiría siendo la protagonista de la segunda parte, pero ninguno de los dos seguirían una tercera. Sería una situación algo anómala, poner punto final a una serie de éxito antes de que se hubiera resentido en audiencia, pero Ayla y Kamal hicieron frente común y lograron imponer sus condiciones: sería una temporada más corta y pondría punto final a la trama de Zehra y Ali, sin finales abiertos ni posibilidades de continuación.

Pero hubo un giro de guion, nunca mejor dicho. Los guionistas de *Enamorada de mi enemigo* tuvieron que trabajar duro para cambiar el final de la serie y justificar así que Ayla... hubiera cogido unos kilos.

Solo habían pasado seis meses desde aquella reconciliación preciosa en Londres cuando Ayla se desmayó dos veces en el *set* de rodaje. Y, sin razón aparente —aunque vaya si había una razón—, le cogió un asco insuperable al *baklava*, que había sido desde siempre su postre favorito. Las sospechas se confirmaron cuando un test de embarazo les anunció que sí, que estaban esperando un bebé.

Nehir nació una tarde de primavera en un hospital privado de Estambul, después de seis horas de parto natural y muchas lágrimas de sus padres. Lágrimas de felicidad. Ayla llevaba emocionada desde que había roto aguas y Kamal se rompió de dicha cuando le pusieron en brazos a

aquella bebé de tres kilos y medio que ya se veía que era un versión en miniatura de su madre. El rodaje de *Enamorada de mi enemigo* ya había terminado —precisamente con la imagen del nacimiento de la hija de Zehra y Ali— y Kamal y Ayla habían tomado la decisión de tomarse un año sabático. El dinero no era un problema y necesitaban salir de aquella fiebre de popularidad que no había hecho más que incrementarse con el embarazo de Ayla. De nuevo, como por su boda, les habían ofrecido una cantidad infame de dinero —les habían ofrecido un cheque en blanco, de hecho— por la primera foto de su hija recién nacida, y el único nubarrón sobre las cabezas de Kamal y Ayla era pensar que nunca podrían pasear con ella por las preciosas calles de Estambul sin que una bandada de *paparazzi* se cernieran sobre el carrito.

—Vámonos —le dijo Kamal aún en el propio hospital, en un momento de paz increíble, mientras Nehir se aferraba al pecho de su madre y ella sonreía embelesada por la indiscutible belleza de la imagen.

—¿Irnos? —Ayla se rio—. Habrá que esperar a que me den el alta, ¿no?

—Ya, ya, pero... no hablo solo de irnos del hospital. Vámonos de Turquía un tiempo.

—¿Lo dices en serio? —Ayla había pensado en ello alguna vez, pero no se había atrevido a proponérselo a Kamal, porque era una decisión

demasiado profunda como para tomarla por capricho—. ¿Has pensado en... a dónde?

—Vamos, Ayla... A ti te encantaría que nos fuéramos a Londres, ¿me equivoco?

—No. —Ella se acercó a Kamal, con cuidado de no interrumpir la alimentación de Nehir y lo besó lento, con calma y fuego a la vez—. No te equivocas.

Se trasladaron a Londres en cuanto los médicos les dieron permiso a madre e hija para viajar en avión. Unos minutos antes de salir del hospital, subieron a la cuenta de Instagram de Kamal —Ayla seguía sin tener redes sociales... ni las quería— una foto de la niña que acabara con aquel furor por conseguir la primera instantánea que invadía todos los medios. En Londres, alquilaron un apartamento en el barrio de Kensington y dedicaron muchas semanas a disfrutar del indiscutible placer de salir a la calle sin que nadie los reconociera. Los primeros meses de vida de Nehir fueron la calma absoluta. Fue una niña muy tranquila, que dormía bien desde los primeros días, comía con ansia y sonreía mucho. Solo algunos turistas turcos los pararon un par de veces cuando se acercaban a las zonas más frecuentadas por los visitantes, y a ellos ni siquiera les importó saludarlos y hacerse una foto con ellos. En Londres, sin ninguna duda, encontraron la paz.

La fiesta del primer cumpleaños de Nehir fue un poco convulsa. Kamal y Ayla la celebraron en su apartamento; siempre habían sido dos personas solitarias, al menos en lo referente a las relaciones profundas, y les gustaba la pequeña familia que habían creado. Pero, apenas dos minutos después de que la niña soplara —con mucha ayuda de sus padres— la solitaria vela de su tarta, Ayla perdió pie y se desvaneció sobre el sofá. Cuando se recuperó, intentó echar la culpa a la fuerza del soplado de aquella vela, pero tanto ella como Kamal sabían que había algo más. Algo precioso.

Ömer nació en medio de una tormenta de nieve que asoló Londres y estuvo a punto de impedir que Kamal y Ayla llegaran a la clínica privada donde iban a recibir a su segundo hijo. Fue un niño precioso, algo más inquieto que su hermana, que lo adoraba. A veces, mientras paseaban por Hyde Park o comían unos perritos calientes frente al televisor en el salón de su apartamento, a Kamal y a Ayla les parecía imposible creer que lo hubieran conseguido. Ninguno de los dos había tenido grandes lazos familiares, pero ahora que habían creado la suya propia... lo único que tenían claro era que lucharían todo lo que hiciera falta para que esa felicidad fuera eterna.

Por eso les costó tanto volver a Estambul. Los dos amaban esa ciudad, amaban su país, pero sabían que sus vidas serían muy diferentes allí. Pero querían que sus hijos se criaran en Turquía, que ese fuera su

primer idioma, que comieran *baklava* y bocadillos de caballa y bebieran zumo de granada. Regresaron cuando Ömer acababa de cumplir un año y Nehir ni siquiera tenía los tres. Era la primera vez que Ayla ponía los pies en la ciudad en casi tres años. Kamal sí había regresado, a hacer trabajos esporádicos y algún rodaje que se podía solucionar en un par de semanas.

Se instalaron en la gran mansión de Kamal, que había pasado dos años alquilada a una empresa de eventos. A Ayla siempre le había encantado aquella casa y la emocionaba la idea de que sus hijos se criaran jugando en aquel gran jardín con vistas al Bósforo. La presión de la prensa sobre ellos había disminuido; como decía Kamal, lo único que vende revistas son los escándalos, y ellos hacía ya años que eran una pareja estable, unos padres de familia, de los que no merecía la pena ni siquiera inventar rumores.

Kamal volvió a trabajar en series turcas. Aunque sabía que quizá tuviera talento para más, se sentía muy cómodo con aquella ocupación. No descartaba hacer algo de cine más adelante, pero durante unos años le parecía que nada podía ofrecerle lo que le daban las series: estabilidad, un buen salario, rodajes en la misma ciudad y un horario parecido al de cualquier padre normal. Ayla, por el contrario, prefirió mantenerse alejada de la popularidad... aunque no de la actuación. Se introdujo en los círculos teatrales de la ciudad y llevaba más de un año participando en una

producción consistente en una reinterpretación moderna de los clásicos de Shakespeare. Había vuelto a disfrutar del placer de interpretar un papel, de prepararlo, de estudiarlo, de sentir que era algo más que una cara bonita con un guion forzado y poco creíble. Además, los horarios de trabajo hacían que Kamal y ella pudieran turnarse en el cuidado de los niños y no tener que recurrir a niñeras, que era una opción que solo se planteaban alguna vez para salir solos a disfrutar de lo que eran: una pareja joven y locamente enamorada.

—¿Se han dormido ya? —preguntó Ayla desde la hamaca que colgaba entre dos palmeras del jardín. Aquel mes no tenía funciones y estaba disfrutando del comienzo de sus vacaciones al máximo.

—Los dos, KO.

—Qué bien. —Ayla le sonrió—. Ven aquí.

Kamal le entregó una taza de té de manzana helado y le sonrió.

—¿Preparada para el viaje de mañana? —Ayla asintió. Claro que lo estaba. Llevaba más de cuatro años preparada—. No he estado más segura de nada en toda mi vida.

—Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti, Kamal. Yo a ti también te quiero.

Al día siguiente, Kamal, Ayla y sus dos hijos se subieron a un avión privado con destino Londres. Habían conservado su apartamento de

Kensington y pagaban a una empresa para que lo mantuviera siempre abierto, por si les apetecía coger un avión de forma espontánea y pasar unos días en la capital británica. Claro que aquel viaje era cualquier cosa menos espontáneo... Llevaba tiempo, mucho tiempo, perfectamente planificado, a pesar de que nadie en el mundo, aparte de los dos protagonistas, sabía lo que iba a ocurrir al día siguiente.

Era una mañana clara de primavera. Hasta Londres había conspirado con ellos para que fuera un día inolvidable. Kamal no pudo evitar emocionarse cuando entró en el dormitorio y encontró a Ayla ataviada con un precioso vestido *midi* de estilo años cincuenta y de color blanco:

—Dios mío, estás preciosa.

—Gracias. —Ella le sonrió con algo parecido a la timidez pintado en su rostro—. ¿No dará mala suerte esto de que veas a la novia antes de la boda?

—Nosotros ya hemos tenido toda la mala suerte del mundo, Ayla. Pero desde hace cinco años, desde que nos reencontramos, sé que el destino solo nos tiene preparadas cosas buenas.

Ella asintió y, de la mano, salieron del apartamento. Kamal llevaba en brazos a su hijo pequeño y Ayla vigilaba el correteo juguetón de Nehir por las calles de Londres. Llegaron a la pequeña iglesia de Saint Nicholas cuando el sol incidía sobre el campanario. Era un lugar precioso y, lo mejor

de todo, era el que ellos habían elegido, sin que ninguna revista o programa de televisión hubiera tenido nada que decir sobre ello. Se dieron el «sí, quiero» delante de las únicas personas a las que querían más que a sí mismos y cruzaron los dedos para que sus pequeños tuvieran algún recuerdo en el futuro de un día tan bonito.

Y, cuando salieron de aquella iglesia convertidos en marido y mujer, Ayla y Kamal se miraron y, bajo el sol tibio de Londres, se besaron, entre las risas burlonas de su hija mayor y los balbuceos del pequeño. Y en aquel beso se dijeron todo lo que ya sabían: que se querían, que era para siempre y que ni en la mejor película que cualquiera de los dos pudiera rodar en su carrera encontrarían una historia de amor tan bonita, tan auténtica, como la que les había regalado, a pesar de las dificultades, la vida real.

~OLIVIA KISS~

Si quieres saber cuándo publico novela, puedes seguirme en Facebook, Instagram o Amazon (pincha sobre los iconos para ir a mis perfiles)



¡Todos mis libros están disponibles en Kindle Unlimited!

Novelas autoconclusivas

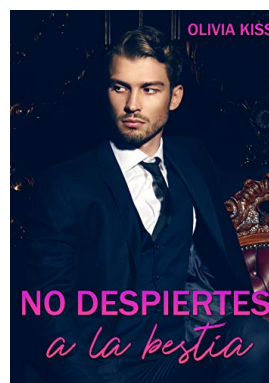
[Pincha sobre las portadas para acceder a su página]



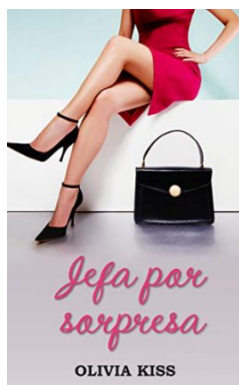




Serie Hermanos Lexington



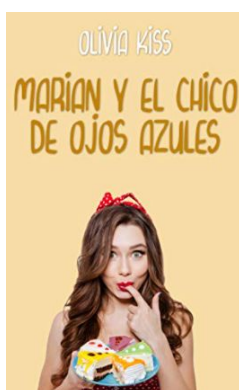
Serie California Beach



Serie Hollywood

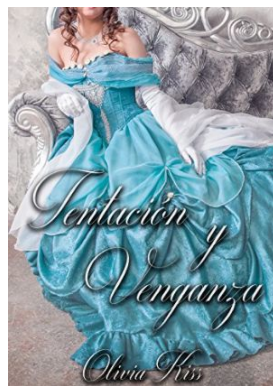


Serie Familia Reed





Serie Tentaciones



Serie Seduciendo





Serie Las chicas Magazine





Serie Besos



Índice

[Sinopsis](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

18

19

20

21

22

Epílogo

~OLIVIA KISS~